



DANIEL BELMAR

**DETRAS
DE LAS
MASCARAS**

ZIG-ZAG

DETRAS DE LAS MASCARAS

Por Daniel Belmar

Daniel Belmar publicó su primera novela, "Roble Huacho", en 1948. Al referirse a ella, el crítico Ricardo A. Latcham afirmó lo siguiente: "Daniel Belmar ha producido la mejor novela que en los diez últimos años se haya escrito en el terreno de una madura técnica descriptiva".

Dos años después apareció la segunda novela de Belmar, "Oleaje", a la que siguieron "El Alma y la Danza" y "Eupalinos o el Arquitecto".

En 1951, Belmar publicó, editada por Zig-Zag, una novela realmente extraordinaria: "Coirón, tierra de los horizontes sumergidos", que Mariano Latorre comparó, justificadamente, con "Don Segundo Sombra", de Ricardo Güiraldes.

Posteriormente aparecieron "Ciudad Brumosa", "Desembocadura", "Sonata" y "Los Túneles Morados", premiada esta última por el PEN Club de Chile, el año 1961, y calificada por un crítico argentino como "una obra maestra, por su urdimbre coreográfica y su precisión de relojería, así como por su desconcertante capacidad de alucinación".

A esa abundante y selecta producción, Daniel Belmar agrega ahora DETRÁS DE LAS MÁSCARAS, que empezó a escribir, según explica, después del terremoto de 1960, que asoló "tierras y ciudades del Sur de Chile continental y litoral, y de la Isla Grande de Chiloé".

Es ésta una novela de madurez, honda en su contenido, amena en el relato, cabal en la presentación de sus personajes, y, en el fondo, esencialmente humana.

DETRAS DE LAS MASCARAS

BIBLIOTECA DE NOVELISTAS

© Empresa Editora
Zig-Zag, S. A., 1965.
Derechos reservados
para todos los países.
Inscripción N.º 31.375.
Santiago de Chile.
1966.

EMPRESA EDITORA ZIG-ZAG, S. A.

DANIEL BELMAR

DETRAS
DE LAS
MASCARAS

Z I G - Z A G

P R E F A C I O

Pocos días después de los cataclismos del 21 y 22 de mayo de 1960 que asolaron y desolaron tierras y ciudades del sur de Chile continental y litoral y de la Isla Grande de Chiloé, empecé a escribir este libro.

Desde mucho antes tenía el propósito de trabajarlo. Propósito difuso, vagamente deportivo, tal vez una forma subconsciente de justificar una inactividad literaria que se prolongaba.

Más aún: busqué primero el nombre. Decisión peligrosa, pues en gran número de casos el bautizo prematuro no ha quedado sino en eso, en el nombre.

He mantenido aquel título, reviviendo el indeciso propósito inicial. Acaso una manera de preservar en parte y en alguna forma cierta inefable relación, la sutil amarra de una infancia a las raíces maternas de los paisajes y las gentes de una tierra sacudida y transformada.

D. B.

PRIMERA PARTE

El tiempo en agraz

El tiempo en agraz

LA GOTA de cola, gruesa, lenta y ambarada, se adhirió tenazmente al extremo superior del palillo de *curagiüilla* y allí pugnaba, combándose, por escurrirse hacia abajo. El muchacho la empujó entonces, diestramente, a lo largo de la flexible varilla con la espátula de laurel. Luego, sobre el cuadradito de papel de seda arqueó el palillo y lo retuvo allí, comprimiéndolo, hasta que el adhesivo enfriara.

Encima del hule, quebrado en las aristas de la mesa, se desperdigaban recortes de papel, ramas de escoba, un par de tijeras, el tarro ahumado de la cola.

En torno, el pequeño, cálido, densamente familiar universo hogareño. La lámpara tutelar, la vajilla brillando, los vasos pintados.

Por la alta ventana embarrotada entraba en olas el sol de esa fría y luminosa mañana de domingo de principios de septiembre.

Un leve crujido.

La perilla de loza giró lentamente y la puerta se abrió apenas. En el umbral apareció Panchito, los ojos inundados de asombro.

El niño, delgadito, pensativo, miraba profunda y misteriosamente.

—Hermano —dijo.

El muchacho lo observó, interrogante.

—Hermano —repitió—, los volantines...

La vocecilla se transformó en susurro:

—Mi papá dijo que volvería cuando encumbraran volantes. Ven, Camilo, allá afuera hay uno, arriba, volando...

El muchacho soltó los dedos. El arco permaneció adherido. Panchito se aproximó y los dos niños salieron hacia el extenso patio cogidos de la mano.

La escarcha se licuaba aprisa, formando barrizales. Junto a los muros, en los rincones sombríos, el hielo esmerilado duraba y refulgía. La escarcha intacta crujía y estallaba bajo las suelas presurosas.

Los manzanos en flor goteaban la helada.

El volantín. Verde y negro. En las alturas, bajo el profundo cielo de turquesa. Manejado por diestras manos invisibles se empinaba en impulsos latientes, partía el aire, luchaba con el viento, subía. El enemigo transparente eludía de pronto el combate. El volantín cabeceaba entonces, se torcía, picaba hacia abajo en airosa parábola, repetía el ascenso, como jadeando, en acompasadas pulsaciones.

Trepados en la cerca del gallinero, ajenos al frío que les amorataba manos y orejas, contemplaron sin cansancio los giros del volantín. Era un *pavo*, una gran ave prisionera y amaestrada, sin cauda flotante. El roce del viento empezaba a carcomer sus flancos. A intervalos cadenciosos escuchábase el seco y sostenido rasguño sobre los bordes crujientes del papel: ...raas... raas... raas...

Los rapaces contuvieron el aliento.

—¡Mira, Panchito, aguaita!

El volantín blanco surgió repentinamente, tal amenazante vilano. El *pavo* se replegó en temerosa, veloz, inútil recogida. El halcón blanco lo cogió desde abajo en tenue contacto de hilos. Un roce apenas, asesino, mortal. Un leve temblor. Y el derrumbe. La hoja muerta planeó por breves instantes, volteó, pareció elevarse, y fue tragada por el cercano horizonte de techos y de árboles.

—Lo mandaron cortado —dijo el niño, suspirando.

—Con hilo de vidrio no es gracia, Panchito.

Y al observar pesadumbre en la mirada misteriosa:

—Acabo de hacer una *ñecla*; ven, es para ti.

Regresaron al interior de la vivienda. Por la ventanilla de la oscura cocina atisbaron fugazmente, al pasar, las maniobras de doña Feli, que manipulaba ollas en el fogón humoso preparando el almuerzo, y canturreaba con voz desafinada y aguardentosa:

*En el fondo del mar nació la perla,
y en la alta roca..., ¡bip!..., la violeta azul...*

Doña Feli. Muy a menudo el mayor de los muchachos, el llamado Camilo, le ayudaba a trasladar el balde con agua que la vieja subía penosamente desde el fondo del pozo, la dura cuerda resbaladiza desollándole las palmas.

Ocultaba, ladina, su botella de aguardiente. Masticaba de continuo ciertos pellejos de ají seco untados en sal. Después decía:

—Ay, me duele tanto el estómago.

Y embuchaba el aguardiente cerrando los ojillos para ocultar el regodeo y la malicia rencorosa.

Por entre las maderas desajustadas del muro del fondo asomaba a veces la mirada zahorí del fino y melindroso Martín Lisboa, maligno y paciente cazador de jilgueros y chercanes. En alguna ocasión contó en la escuela:

—*Huachitos*, ¿saben?, vi a la cocinera del *Grillo* Neira comiendo flores de chilco.

—No te creo —dijo el *Verraco* Llanos.

—¡Por esta luz que me alumbra! ¿No es cierto, *Grillo*?

—No seas embustero —aclaró el aludido—. No son flores. Es ají.

—¡Flores de chilco son!

—¡Mentiroso!

—¡Bah!

—¡No te pego porque... tengo once años y tú tienes diez!

—¡Bah!

—¡Mójale la oreja! —azuzó vagamente el *Verraco*—. Y si no lo haces, ¡les pego a los dos!

Se formó una rueda de rapaces excitados. Vino corriendo Lucho Bascur.

—¡Aquí no pelea nadie!... ¡Y al que toque a Camilo le saco la *mugrienta*!

Los campanillazos que finalizaban el recreo disolvieron los arrestos. Pero en las pupilas del *Verraco* bailaban ciertas luces sardónicas.

Cuando los dos hermanos entraron en el comedor, la madre aseaba el cuarto. Amonestó al mayor con falsa severidad:

—Camilo, saca de aquí esa cola hedionda, recoge esos papeles, esas ramas de escoba. ¡Mira cómo has dejado las tijeras!

El muchacho encogió los hombros, impasible. Amarró sin premura tirantes al volantín diminuto, contrapesó, cortó cabos, anudó otros, ensayó un corto vuelo.

—Aquí tienes la *ñecla*, Panchito. Hazla volar en la vereda, en el sitio hay mucho barro.

Salió el niño, seriecito, mesurado. Pero muy pronto se escuchó su carrera jubilosa, en la calle, al otro lado del muro.

Alguien tendía camas en los cuartos vecinos. Restallaban sábanas, volaban ropas, rumores domésticos.

El muchacho recogió parsimoniosamente los papeles cortados, los palillos esparcidos, escondió el perol ahumado del adhesivo. La mujer seguía limpiando con amorosa solicitud la superficie de los muebles humildes, los vidrios,

desplazaba la lámpara, el frasco de cebollas en vinagre, so-
plaba, restregaba.

El muchachuelo se detuvo como embrujado, observan-
do con repentina curiosidad los movimientos de la mujer.
Miraba los cabellos pulcramente peinados, el rostro sin
arrugas, el ágil ir y venir. Reparaba, intuitivo, en la ju-
ventud aparente, en la tranquila emanación protectora, des-
cubriendo cierta melancolía impenetrable, algo que le era
difícil comprender. Se sintió desazonado, nervioso.

El rostro de la mujer clareó en una sonrisa.

—¿Qué me miras tanto?

—Mamá, ¿cuántos años tiene usted?

—No seas curioso. A una mujer no se pregunta eso.

—Dígame, pues.

La mujer, sorprendida, sonriente, pensó un instante co-
mo sacando cuentas.

—Treinta y cinco —dijo por fin.

—¿Y Aurora?

—Dieciocho. Y no preguntes más, tengo mucho que
hacer.

Trajinó por aquí y por allá, moviendo sillas, sacudien-
do, barriendo. Se asomó a la cocina. Después entró en su
dormitorio.

Salió a la calle el rapaz. Panchito corría por la acera
de maicillo, halando el volantín que no lograba elevar.

A poco salió la mujer, el negro manto de seda pren-
dido con alfileres ciñendo y enmarcando la cabeza y los
hombros.

Panchito. Los volantines. Al muchacho le rondaron las
imágenes y su relación recóndita. Cogió una mano de la
mujer.

—Mamá, ¿cuándo llegará mi papá?

—De un momento a otro; dijo que volvería sin falta
antes de Fiestas Patrias... No te pongas a callejear. Me
voy, no quiero atrasarme a la misa.

Del campanario próximo volaron los toques de la última *seña*.

Trac... trac... trac..., coreaban sordamente los zuecos de madera de la mujer. Al muchachillo lo invadió esa resonancia y con ella vago rubor. No le gustaban esos zuecos. Alguna vez se lo dijo.

—¡Miren que príncipe!... ¡Me crié con zuecos, y mi madre y mi abuela! No porque no te gusten voy a humedecer mis zapatos.

Trac... trac...

DURANTE LOS largos años de la infancia, lo absurdo, o aquello que para los adultos es lo absurdo, impone su secreta ley.

La magia coge el lugar de la razón, transforma una realidad que de analizarse resultaría intolerable. Pasa el tiempo, claro está, sobrevienen las dudas, saltan las preguntas que se responden a medias o simplemente no se contestan, y te quedas sumergido en la confusión y en el vago temor de nunca conocer lo que agudamente deseas.

—¿De dónde salen los ricos?

—¿Por qué la gente muere?

—¡Ob chiquillo estúpido, no molestes con preguntas tontas!

Ponte en el lugar de Camilo Neira, ¿qué hubieras hecho de vivir como él en el pueblo de Nueva Imperial, allá por el año 1916, con una madre silenciosa, una hermana preocupada ella misma de no sabía qué indescifrables pensamientos, un hermano muy pequeño y un padre a menudo ausente?

Intuía Camilo que en el curso de los años, al crecer su edad, saldrían a luz las respuestas a sus muchas interrogantes. Pero, mientras, ¿dónde encontrar el rastro de las verdades?

En los libros sale todo, apuntaba sentencioso don Sandalio Guzmán mientras descargaba de su carreta *chancha*

los nudosos troncos de *hualle* que después convertiría en astillas el hacha filuda del viejo Castillo. *Ay, quién supiera leer*, agregaba pesaroso. *Y escribir; la gente educada firma un cheque y en el Banco le pasan toda la plata que se le antoje.*

Camilo observaba las ojotas del hombre, los talones costrosos, los pantalones remendados. Y admiraba su aire de altiva dignidad.

En los libros sale todo. Libros. ¿Dónde estaban? Los pocos que conociera hasta entonces, el *Silabario Matte*, un *Antiguo Testamento*, *El Lector Americano*, *Genoveva de Brabante*, no lograban traspasar las fronteras entre el mundo mágico que le cercaba y aquel otro de las sensaciones hacia el cual tendía inconteniblemente.

No le parecía extraño que ese ratón agudo se expresara con tanto juicio. Pero no lograba concebir que a sabiendas, empujado por la gula, pereciera en la trampa de los palitos y el ladrillo.

Y esos sabios tan míseros... ¿Cómo era posible que, dueños de los secretos del mundo, uno se alimentara de hierbas deleznable, cardos, por ejemplo, o romaza, y el otro se aprovechase de los residuos que el primero *arrojaba*?

¡Qué asco! El no haría jamás algo semejante, aun cuando llegare a sabio.

—¿Qué harías tú, *Verraco*?

Los ojillos de cerdo se apretaban en grietas maliciosas. Y pellizcándose una espinilla delatora de la adolescencia incipiente:

—Psch..., con hambre yo como de todo. La romaza es rica, *Grillo*, en ensalada, con salcita, con vinagrillo.

Algunos episodios del *Libro Sagrado* lo hundían en cavilaciones intensas.

La zarza que ardía sin consumirse y hablaba al pa-

triarca prohibiéndole el sacrificio de Isaac lo conmovía hasta los huesos.

El diluvio lo aterrizzaba. A veces, en el transcurso del invierno inclemente, despertaba a medianoche con los golpes despiadados del aguacero sobre las chapas de zinc. Montañas de agua, en rachas iracundas, golpeaban y corrían interminablemente por canaletas y desagües... Glu... glu... glu... Lo helaba el pánico bajo las sábanas. Pánico de animalillo indefenso, pánico de salvaje, de rata. La construcción del Arca por Noé le parecía medida muy atinada. Sólo por ello perdonaba al santo varón el feo vicio de la embriaguez.

La lucha entre Jacob y el ángel, el viaje submarino de Jonás, los cabellos cortados del Sansón inerme, eran otros tantos motivos de conflicto. Nadie podía, o quería, darle luces. Debía interpretar a su manera tan maravillosos sucesos.

Pero la vida resonaba.

En los atardeceres, guardianes municipales de uniforme azul encendían en las esquinas las farolas del alumbrado público. Habitualmente los comandaba el sargento Rojas, rechoncho, coloradote, la guerrera casi estallando en las costuras bajo la presión de las grasas, en la nuca horrenas cicatrices como salchichas blanquecinas, la tizona descomunal colgando al lado.

El sargento saluda con aire de entendido, llevando un dedo a la visera de la gorrilla. Policarpo Navarrete, el más joven y flaco de los guardianes, contesta en igual forma, trepa la escalerilla portátil, desengancha el sistema de roldanas, y el foco desciende lentamente. Otro guardián lo sostiene antes de tocar tierra, y el sargento, parsimonioso, mesurado, enciende la mecha de kerosén con un fósforo litúrgico. Juegan de nuevo las roldanas. El farol asciende, titubeante, en medio de la expectación de los papanatas.

Guardianes y curiosos vanse a la otra esquina.

Salía un atardecer del almacén *El Cañonazo* ayudando a doña Feli en el transporte de un *laucho* de harina cruda. El *Verraco* miraba al parecer con inocencia el rito del farol. Trató Camilo de escurrirse sin ser visto. Pero el bellaco era un lince. De repente dióse vuelta, y espetó malignamente en las narices de doña Feli:

—¡*Vieja Chilca!*

—¡Mal nacido!

—¡*Vieja Chilca!*

—¡*Calato!*

La extraña palabreja provocó las risas de los presentes. El *Verraco* palideció. Luego lo encendió la ira. Pero no logró encontrar palabras nuevas, en fin, otras palabras apabullantes. No hizo sino repetir obstinado y enardecido:

—¡*Vieja Chilca!*... ¡*Vieja Chilca!*

—¡*Zupitinca!* —farfulló la mujer.

Las risotadas sacudieron la calle. El sargento mostraba el colmillo de oro y Policarpo los suyos de roedor. Asomaron rostros en las ventanas próximas.

El *Verraco* enmudeció y emprendió desatentada fuga, perseguido por risas inextinguibles. Doña Feli paseó por el contorno la mirada entre ofendida y altanera.

—¿Qué ha ocurrido, doña Feli? —preguntó la madre apenas llegaron, al ver el rostro mohíno de la vieja.

—El hijo del zapatero, pues, ese malcriado... Como si yo no tuviera nombre. Felipa Granados me llamo, hasta la muerte. Mi familia era de lo mejorcito de Lima. ¿Qué dirían mis mayores si me vieran de cocinera? ¡Bien merecido me lo tengo!... ¡Eso me pasa por casarme con chileno!

—El *Verraco* Llanos le gritó *Vieja Chilca*.

En los labios de la madre vagó indefinible sonrisa. Luego se plegaron severos.

—No lo repitas —conminó.

LA CASA les quedaba grande.

La madre entregó en arriendo el ala que no ocupaban. Eran dos cuartos espaciosos, oscuros, una puerta a la calle y otra hacia el fondo. Y dos ventanas, como de cárcel o de convento, altas, largas en sentido horizontal, guardadas de barrotes hoscos.

Don Lito Liendre fue el primer arrendatario. Hombre cillo repelente, bigotito altanero, ojo legañoso, costras de caspa adheridas al pellejo crinado. De seguro tendría mucho que ocultar, pues no miraba de frente: acaso malos pensamientos, o envidias, o fríos rencores.

—Señora —le dijo a la madre—. No soy ningún aparecido, soy funcionario, ¿entiende?, funcionario público.

Era en verdad notable el contraste entre el gesto huido, de rata, y la palabra tajante.

—Soy el primer escribiente del Juzgado y eso no es cualquier cosa. Pero vivo en la amargura. Estudiaba para profesor de francés en la Universidad, ¿entiende?, y obligado por las circunstancias debí contraer matrimonio. Perdí mi preciosa carrera. Tuve que aceptar el puestecito que ahora desempeño, eso sí, a satisfacción de cuantos me conocen.

—¿Tiene familia, señor... Liendre?

—La mujer, prima carnal del infrascrito, y el hijo de dos años. Pero no recibo visitas. No tengo amigos ni los

necesito. Soy orgulloso y muy delicado. No acepto la inmoralidad, ¿entiende?

—Hum, sí, voy entendiendo... El departamento cuesta quince pesos mensuales, anticipados.

—Acepto lo de anticipados... Doce. No puedo pagar más.

La madre meditó un instante:

—¿Cuándo quiere venirse?

—Ahora mismo traigo mis cosas.

Hasta la medianoche resonó el acomodo de los trastos.

Filtrada por los muros de madera llegaba la voz autoritaria y despreciativa de don Lito, empeñado en que su señora le diera lecciones de geografía.

(—Silvana, muestra a Venezuela en el mapa.)

Se escuchaba el roce del puntero sobre la tela.

(—Bien. Venezuela, capital...)

(—Caracas), decía la voz soñolienta y aburrida de la mujer.

(—Bien. Ecuador, capital...)

(—Quito), susurraba la voz.

(—Bien. Guatemala, capital...)

(—La Habana.)

(—¡Bruta!... Ay, Dios mío, eso me pasa por haberme casado contigo, mujer manchada, ignorante... Silvana, teteteteé... ¡Mira el Chincol, quítale esa aguja, ay, Dios mío, si es para volverse loco, loco, loco...)

La mujer callaba. Era una hembra gorda, risueña, joven, de grandes ojos tiernos.

El maniático insistía:

(—Guatemala, capital...)

Silencio.

(—Guatemala, capital...)

(—Lito, no me atormentes más. No lo recuerdo. Déjame acostar, tengo mucho sueño.)

Un puño iracundo golpeaba la mesa.

(—¡Qué tengo yo que ver con tu sueño! Lo único que quiero es educarte, y así me pagas. ¿Por qué no sabes cuál es la capital de Guatemala?)

(—No tuve tiempo de estudiar la lección, Lito. Toda la tarde estuve lavando tus calzoncillos. Es tiempo que vayas pensando en comprarte otro par.)

(—¡Teteteteé, ay, Silvana, atiende a ese niño que se cae de sueño.)

Ora divertidos, ora molestos, Camilo y los suyos escuchaban por las noches escenas semejantes. La lámpara derramaba sobre la mesa apacibles resplandores. La madre tejía gruesos ovillos de lana que ella misma hilaba. La hermana leía ansiosamente ciertos cuadernillos que le prestaba la señora Yolanda, dueña del almacén *El Cañonazo*.

Panchito dormía desde temprano en el cuarto vecino. Camilo dibujaba con diminuto cabo de lápiz fieras cabezas de tigre acechando por entre altos matorrales.

Doña Feli entrecruzaba en un bastidor cilíndrico infinitos hilos sostenidos por bosques de alfileres. Lentamente se formaba la cenefa de complicados arabescos.

—Miriñaques —decía la vieja, ufana de su pericia—. Mi madre, pues, ella me enseñó el tejido a bolillo, allá en Lima.

Alguna vez suspendía el intrincado juego de los hilos y escuchaba huraña y ladina el diálogo del otro lado del muro.

—Es el colmo —comentaba la vieja—. Pobre señora, no sé cómo le aguanta tanto enjuague a ese *calancho*. ¡Marido mío había de ser!

Y resoplaba, maligna, frunciendo las cejas.

En ocasiones el señor Liendre desarrollaba curiosas teorías:

(—Te he dicho tantas veces, mujer ignara, que no te

laves la cabeza. El pelo se cae si se le despoja de su aceite natural. ¿Qué importancia tiene un tanto de caspa, ah?)

A menudo el señor Liendre llegaba cansado y se acostaba sin ruido. La señora Silvana salía entonces por el fondo a conversar con doña Feli. Camilo no logró saber en cuál oportunidad trabaron conocimiento. Las miraba desde lejos. La vieja, gesticulante, sentenciosa, convincente. La señora Silvana, atenta, a veces sonriente, a veces llorosa.

Si el muchacho se acercaba demasiado, guardaban silenciosa compostura.

La cena finalizaba y doña Feli no aparecía.

—Camilo —dijo la madre—. Ve a la cocina y dile a esa señora que venga a retirar los platos.

Fue.

Nadie.

Se asomó por la ventana, y allá lejos, cerca del gallinero, conversaban con animación doña Feli y la vecina. De rato en rato empinaban una botella.

El muchacho regresó al comedor.

—Está en el fondo, conversando con la señora Silvana.

—Ah —dijo la madre—. Todavía no llega el hombre.

En ese mismo instante crujió el piso del cuarto vecino y se abrió una puerta.

(—Silvana, ayayay, ¿dónde te metes, mujer perversa? ¡Ven a ver a tu niño, todo mojado y maloliente!)

Apareció doña Feli, excitada, un sí es no es titubeante, y empezó a retirar los cubiertos.

En el cuarto del lado se inició un monólogo.

(—Yo soy quien manda, ¿entiendes? Yo, el que entrega todo su sueldecito. Yo, el tonto leso... Sírveme la cena. Eh, cuidado, no me vuelques la sopa encima. ¿Quieres decirme qué te pasa? ¿Estás sacando las patitas? ¡Claro, la gran dama, la pura, la limpia! No me hubiera enredado

con *vos*, ya estaría recibido de pedagogo, de pedagogo en francés. ¿Entiendes, granuja?)

Doña Feli entraba y salía tropezando en los desniveles del umbral. Sus ojos brillaban en el rostro moreno. Sus ojos, dos ascuas furibundas.

(—También dejé la pluma. Mi cuentecito *El entierro* fue el primero y el último. Ayayay. Dios mío, me anulaste para siempre con tu ignorancia... ¡Facinerosa!)

Se escuchó de pronto el nervioso ir y venir del homúnculo. Un crujido de llaves. Un hurgar febril. Y el golpe de un saco de papel restallando sobre una superficie.

(—Ahí están las pepas de zapallo. Prepárame la toma. Estos parásitos perversos, malditos sean, ya no me dejan vivir. Otra cosa, ¿quieres decirme dónde me has dejado el Colirio del Padre Constanzo? ¡Ya no aguanto el escozor de los lagrimales!)

Un instante de silencio.

Luego, otra vez el monólogo, en sordina, ofensivo y enconado.

(—Te ríes, ¿no?, la ignorancia, qué otra cosa, la madre de todos los vicios. Te quedas calladita, claro, qué me vas a decir. No acepto immoralidades, lo hice por mi hijo, tú me importas una nada. La risita, ¿no?, la risita. No importa. Ya llorarás. Caramba mi mala suerte, en dónde vine a caer. Tus hermanas, unas perdidas. Tu madre, una vieja celestina. El pobre tío aguanta la mecha... Ah, se enojó la señora. A ver, ¿quién fue Pascal?)

(—¿Pascual?... Te lo voy a decir: *tu abuela la tuer-ta.*)

(—¿Eh? Era lo que te faltaba: emborracharte.)

(—Sí, marica, me curé con aguardiente. ¡Marica! No me toques, mira que te rompo el alma con este martillo.)

(—Cálmate, Silvana, ayayay, no armes escándalo, ¿qué dirán los vecinos?)

(—¡Hipócrita! Te crees caballero, merecedor de un

todo, y no eres más que basura. ¡Pedagogo!... Claro que soy ignorante, pero te he dado un hijo y jamás te he faltado. Mañana mismo me voy con mi chiquillo. ¡Miserable! Conocías mi vida, y me torturas porque me ves indefensa. ¡Cobarde! ¡Cochino! En vez del Pascual y de la Guatemala debías más mejor sacarte las costras de la cabeza y lavarte las patas. ¡Hediondo!)

(—No me vengas a ofender, retostada.)

(—Ja, mi cuñado dijo que eras un masoquista. No sé qué significa eso. Pero yo te digo que eres un mojigato y un avaro. Todo tienes bajo llave, las agujas, los cominos, las pepas de zapallo. Ojalá te coman las lombrices. Ahora me acuesto y cuidadito con acercarte. ¿Entiendes, pelusa?)

Doña Feli se frotaba las manos y daba pasos de mazurca. La madre y la hermana se miraban entre temerosas y asombradas. Camilo hacía salir los tigres del matorral.

Al día siguiente:

—Señora, a fines de mes dejo la casa.

—Como mejor le parezca, señor... Liendre.

—Sí, me regreso a Santiago. Vuelvo a la Universidad, de alguna manera saldré adelante. Además, a mi señora y al niño les sienta mal el clima. Y no hay acá porvenir alguno. No nos acostumbramos en la provincia. Nos vamos.

Y así también los niños polacos.

Eran dos los niños. Aparecieron un día cualquiera en lo alto de la ventana que daba al fondo. Cabezas desgredñadas detrás de los barrotes. Flacos antebrazos anémicos asomando por entre los vanos. Manos expresivas, abriéndose y cerrándose. Mentones huidizos, narices de gerifalte.

Camilo daba vueltas por el patio masticando añeja *sopaipilla* cuando los niños lo llamaron con palabras que no logró entender. Extrañas palabras extranjeras. "Gringos", pensó.

Doña Feli lo informaba entre hipo y rezongos.

—Son polacos, llegaron ayer cuando usted andaba en el colegio, los trajo la madama, la madama del Alto, la que cuida el convento. Son huérfanos de madre, están de paso, el padre se fue hoy a Puerto Saavedra y parece que los dejó bajo llave. Al hombre nada se le entiende, habla en *mutro*... Su mamá les prestó un colchón, se irán mañana o pasado. Pobrecillos, deben estar muertos de hambre.

Camilo cogió dos *sopaipillas* y se las alcanzó por entre los barrotes. Las comieron vorazmente, sin perder migaja, gesticulantes pero silenciosos.

Brillaron de pronto las pupilas de uno de ellos. Desapareció por un instante y reapareció con un trompo de madera. Lo tendió desde lo alto, sonriendo, mascullando con apresuramiento esas palabras endiabladas. "*Markus*", decía, o algo así, señalándose el pecho. Camilo cogió el trompo y trajo más de esas tortas fritas. Le dieron otro, todavía, a cambio de algunas más, las últimas.

Luego se fue al colegio. A su regreso ya nadie asomaba en lo alto de la ventana.

Al día siguiente vino el hombre en busca de los niños.

PUEDE QUE el tiempo transcurrido no sea sino una sucesión de imágenes ordenadas en los rincones misteriosos de la memoria. Allí reposan, en la sombra, sin confundir perfiles, ángulos, resonancias. Pero el mucho vivir y su experiencia permanente colman esa al parecer inagotable capacidad de ordenación. Las imágenes se transfieren, se desplazan, saltan las etapas, y de pronto nos damos cuenta con desesperación que no sabemos si esto ocurrió antes, o después, o simultáneamente con aquello. Las referencias se han perdido, los recuerdos se trizan, el pasado refluye en estratos sobrepuestos, y las visiones tiemblan, indecisas, como aquellas que rondan a las piedras en el fondo de las aguas en fuga.

La fiebre cogió a Camilo en su delirio.

No aparecieron formas, ni rostros, sino sensaciones visuales. Venía la ola centelleante, rojo y oro, con destellos azules en la cresta de luz, rodaba, y junto al muchacho estallaba en explosiones silenciosas.

Un vacío fugaz.

Y otra ola.

Y otra.

Después, el descenso vertiginoso en una atmósfera enrarecida, girando y cayendo, cayendo y girando. Algo lo detenía entonces, lo mecía en desatentado vaivén y lo disparaba hacia la altura en llamas.

De ese naufragio deslumbrador lo salvaba a intermitencias un estremecimiento refrescante. Recuperaba la conciencia y el mundo alrededor cobraba sentido.

Caía una nube. Por entre sus jirones emergía la pelambarrera hirsuta del viejo Querubín, *meico y componedor*. La nariz roja del hombre, los mostachos canosos, los ojillos vivaces, relumbraban cerca de Camilo, tan cerca que parecían penetrarlo.

Allá, en un rincón lejano, la luz de la lámpara difundía resplandores cambiantes. Los objetos, las personas, los muros, semejaban moverse, reducirse, crecer.

—Páseme otra, señora.

La voz acatarrada del viejo sonaba profunda y convincente.

—No habiendo como las empaquetaduras para *estos* fiebres tan dañinas...

La madre sumergía la sábana en la jofaina con agua, la estrujaba torciéndola, y la cambiaba por aquella que el viejo cogía del cuerpo desnudo de Camilo.

Al cabo de un instante el envoltorio vaheaba.

—Páseme otra, señora. No habiendo, en la pulmonía, en el *tifo*, pero es cuchilla de dos filos, celosa.

Al cabo de una hora de repetir el tratamiento, el viejo tocó la frente del muchacho con los labios y luego le palpó las costillas.

—Como se pide —dijo—. Va bien por hoy, mañana veremos.

Arrojó al muchacho con una frazada y lo tendió en el lecho.

—Dejémoslo transpirar. Eso sí, que no se enfríe el sudor. Cuide al *coltro*, señora; de tanto en tanto hay que cambiarle la frazada.

—Hace tres noches que no duermo, don Querubín. Yo y mi marido —señaló vagamente hacia un rincón—. De

día lo cuida mi hija. Parece que se ha salvado —agregó suspirando.

Don Querubín movió la cabeza en señal de asentimiento mientras se endosaba el poncho. Doña Feli, una palmatoria en la mano, guió al viejo hacia la salida.

De agitada, la respiración de Camilo habíase vuelto cadenciosa. Dormía, ahora, pálido y desencajado, pero tranquilo.

El hombre del rincón permanecía inmóvil, el rostro impenetrable. Parecía pensar. Acaso no lo hiciera y sólo esperara, estoicamente, un desenlace.

La mujer observaba con ansiedad al muchacho, el ritmo normal de su sueño, la ausencia de fiebre. Algo empezó a aletear alegremente dentro del pecho, una confianza creciente, una fe inmortal.

El hombre se agitó imperceptiblemente.

—Martina —dijo—, están cantando los gallos.

Miró hacia la ventana.

Asomaban las primeras vislumbres del día.

LUCHO BASCUR y el *Verraco* Llanos aparecen en el vano de la puerta, tímidos, irresolutos.

—Pasen no más —dice la mujer—. Camilo está mucho mejor, no hallo con qué llenarlo; enfermo que come no muere.

Los muchachos se aproximan al lecho, sigilosos, con andares de gato.

—Toma —dice Lucho Bascur alargando un paquete—. Perdona lo poco.

Camilo palpa amorosamente el envoltorio con las palmas de las manos. Trasciende grato olor. "Tortillas", piensa el muchacho. Huele el paquete. Emanan la fragancia del pan nuevo, ese olor tibio y dulce, y tierno, inconfundible. Aparece una sonrisa de agradecimiento en el rostro convalciente, en los ojos brillantes, en los labios descoloridos.

—Llegó mi papá con un arreo para los Duhalde —dice Camilo—. Vacas finas. Vino desde Curarrehue, antes vivíamos allá, nos vinimos por las cartas que escribía el tío Eudocio ("No sean lesos, vénganse a Imperial, se van a pudrir en esas lejanías, los chiquillos van a quedar sin escuela, ignorantes como los abuelos, trabajando en terrenos fiscales que cualquier día les van a quitar los *tinterillos*"). Llegó, pues, mi papá. No lo sentí llegar. Yo estaba enfermo entonces, como muerto, pulmonía.

Lucho Bascur escucha muy serio, sin pestañear, en gra-

ve actitud. No tiene más de quince años. Pero nada en su faz revela adolescencia. Los rasgos acentuados, el rostro curtido, las manos fornidas, indican al niño transformado en adulto antes de tiempo.

El *Verraco* es movedizo, gesticulante, líquido. Adelanta cabeza y tórax, sin moverse del sitio, en bruscas arremetidas.

—Puchas que estás flaco, *Grillo*. Escapaste jabonado... Te perdiste todas las fiestas del Dieciocho, las banderas, los *cuetes*, los fuegos artificiales.

Ríe, malicioso.

—Y las ramadas en el Alto, *Grillo*. ¡Puchas que estaban buenas! Eran como veinte, todas particulares, en ninguna cobraban ni un real, entraban y salían los amigos, los conocidos, los parientes, tomaban, comían, sonaban las guitarras, las parejas dejaban no más la polvareda con el zapateo. Afuera, en la cancha, había carreras de caballos, palo encebado, gallinita ciega. Fíjate, el *Jeta de Causeo*, en vez de darle a la olleta de greda colgada del alambre, dio el garrotazo en la cabeza del *Cayena*. Lo hizo parar las patas. Se levantó el *Cayena*, ¡puchas!, y ahí se armó la grande. El *Jeta de Causeo* no podía defenderse, ¿no ven que estaba con los ojos vendados? Quedó *sangriando*. Y los *pacos* miraban como lesos. Y se reían. Al ratito, el *Jeta de Causeo* y el *Cayena* estaban tomando juntos en la ramada de la *Pierna de Yegua*, esa cabro...

—¡No seas grosero! —interrumpe Lucho Bascur.

—... esa señora, esa señora bigotuda, la del diente de oro, esa señora dueña de la casa de remolienda. Y póngale cueca, y empanadas, y *chacolo*, y aguardiente. Ah, fíjate...

El *Verraco* se corta. Doña Feli ha entrado arrastrando sus chancletas y huronea por el cuarto. Lanza furtivas, venenosas miradas. Sale. El *Verraco* toma aliento. La risa le asoma en los ojos, en los pómulos alzados, en los hombros inquietos.

—... Hubo también una pelea, una pelea a puños *guatazos*, entre el guatón Pérez y el guatón Zúñiga. Se sacaron hasta las camisas. Las guatas sonaban como bombos. ¡Plaf... plaf... plaf! Avemaría las guatas grandes. Parecía que estuvieran *empreñados*.

Camilo Neira y Lucho Bascur ríen suavemente al escuchar la cháchara alborozada del *Verraco*. Este se da repentina palmada en la frente.

—¡Eso! Parecían guatas de mujeres gordas.

—¿Has visto alguna, acaso?

—Pues, claro. Una vez fui a *Molco* con mi papá a comprar una borrega para su santo, y vimos una india bañándose en un estero. ¡Qué asco!... ¡El gobernador!, gritó alguien de repente. Los guatones se vistieron a la carrera, entre las carcajadas de risa del gentío. Llegaron los futres. El gobernador y el *Siete-ternos*, de *tarro colero y leva*, pisando como maricas, con mucho cuidado para no enterrar los *calamorros* de charol. Venían también el alcalde y el secretario, el director de la escuela y el sobrino del cura, todos medio *cufifos*.

Lucho Bascur se asombra.

—Di, *Verraco*, ¿dónde has conocido tanta gente principal?

—Bah, en la entrega de las hechuras y de las composuras. Yo andaba *rechute*, con traje nuevo, mi linda chupalla, cuello de goma y una gran cinta de seda, blanca. El *Siete-ternos* me miró de un repente. "Te chorreaste con la *doble*", me dijo, y soltó una carcajada de risa. "No es cerveza —es que le dijo yo—, es el jugo de las empanadas"... Miraron los futres, comieron empanadas, tomaron la chicha en cacho. La *Pierna de Yegua* cantó *Los turuntunes*. ¡Puchas que cantó bien! La aplaudieron. Pero yo me aburría. Salí a ver los ejercicios de los bomberos. ¡Puchas el Dieciocho bueno!

Por el rostro de Lucho Bascur cruzan destellos de fugaz ironía.

—La función —dice—. La función en la iglesia que se construye frente a la plaza estuvo de primera. Los profesores de las dos escuelas representaron un drama de la Patria Vieja. El señor Paredes salió de San Bruno, Fachoso, cara de huaso, grandes botas de oficial y un chafarote de este porte. La gente lo pifió, pero él como si nada. En cambio aplaudieron a O'Higgins, a San Martín, a Manuel Rodríguez. El señor Mardones pintó los indios que figuraban en el marco del proscenio. Yo le ayudé. Caupolicán y Lautaro, Galvarino y Michimalonco, con nombre y todo, y cachiporras y copihues... ¡Qué lástima, Camilo, tu enfermedad; yo venía todos los días a preguntar por ti!

—Lucho —dice entonces el convaleciente—, por favor, dame un vaso de esa toma que hay en el jarro.

Fluye un líquido de color de topacio, translúcido. Flo-
ta en el aire un olor vegetal, un aroma seco, típico.

—¿Qué porquería estás tomando? —pregunta el *Verraco*.

—No es porquería —murmura gravemente Camilo—. Es agua de saúco. Rica. Fragante. Allá en el fondo del sitio tenemos un arbolito, con sus lindas hojas de borde amarillo y el corazón verde. Mi mamá cosecha las flores y las seca a la sombra para que no pierdan su virtud. Muy buenas para la tos.

Y bebe el líquido con delectación, a pequeños sorbos, chasqueando los labios.

El tiempo en agraz

LENTA, FIRMEMENTE, algo iba cambiando en el muchacho después de la enfermedad. Los elementos de esas transformaciones preexistían soterrados, latentes. La fiebre, el reposo obligado, la convalecencia, desencadenaron el proceso, lo condujeron, lo aceleraron.

Cierta hurañez, el malhumor, el descontento, fueron las manifestaciones primeras. A veces permanecía ensimismado, ausente de la resonancia circundante, vacío. El más leve rumor entonces, un grito lejano, un ladrido, lo volcaban bruscamente hacia la realidad.

Una tarde de noviembre, fría, neblinosa, dibujaba Camilo sus cabezas de tigre atisbando por detrás de hirsutos matorrales.

La puerta del cuarto se abrió en silencio y en el umbral apareció la madre envuelta en su manto. El muchacho, abstraído en el quehacer, no advirtió la presencia.

—Camilo...

No hubo respuesta.

—¡Camilo!

—¿Ah?

—¿Qué te ocurre? Cada día estás más *volado*. Péinate. Vamos a casa de tu tío Eudocio. Está muy enfermo.

El muchacho vaciló un instante.

—Mamá —dijo—, yo no quiero ir. ¿Por qué no va sola?

—Vamos, he dicho.

El tono de la voz no era duro, pero sí trascendido de imperioso, inapelable mandato. Camilo se sintió dominado. No encontrando otra manera de expresar la rebelión que ardía adentro, desgarró el dibujo, lo estrujó entre las manos y lo metió con violencia en un bolsillo.

El aire frío de la calle aplacó su malestar, sin esfumarlo.

La sola presencia de tía Odila, esposa de tío Eudocio, le producía dolores en el estómago, deseos de huir, confusos sentimientos en que el odio y el temor se desplazaban mutuamente en inatrapable vaivén.

—Anda donde Villarroel —le había dicho aquella vez la madre, pasándole algunas monedas—. Anda y que te corte esas *chascas*, una buena pelada, cortita, que te dure. Y cómprate ese lápiz que necesitas.

Genovevo Villarroel ("Peluquería y Sastrería La Perfecta") cortaba como de costumbre, con sus grandes tijeras, ciertas telas extendidas sobre el ancho mesón. Camilo, sentado en el sillón peluquero, esperó pacientemente, observando con renovada curiosidad el espectáculo pueril tantas veces visto, el lavatorio desportillado, frascos de agua de Colonia sobre una repisa, el gran espejo mosqueado y turbio, los hisopos, las navajas, las máquinas de cortar el pelo.

En los muros, una percha, un retrato del Presidente Balmaceda, un cuadro en que unos cazadores muy atildados y circunspectos disparaban sus fusiles contra unos osos. Del pecho de una de las fieras manaba la sangre.

Era el verano.

Por la ventana asomaban las copas de las encinas que bordeaban la plaza. Una mariposa amarilla cruzó fugaz, en nerviosos giros, por el trozo de cielo que enmarcaba la ventana. Luego, el aire soltó una abeja errabunda que se adhirió penosamente a la superficie exterior de un vidrio. Camilo contemplaba tenso y penetrado por cierta vaga an-

gustia las alas inmóviles del insecto, los magnéticos ojos facetados, el curvo abdomen acezoso.

De pronto, la abeja, incapaz de sostenerse en la superficie pulida, se desplomó en forma vertiginosa y desapareció.

Camilo experimentó una suerte de vacío. Pero no era precisamente esa muerte trivial la causa de su desgana, sino el silencio que impregnaba el aire y las cosas, ese silencio espeso y opresor, esa quietud que no lograba rasgar el ruido opaco de las tijeras, ese sonido esponjoso, afranelado, como de daga tajando blandas vísceras.

Vino por fin el peluquero. Camilo sentía a ras del cráneo el rápido desplazamiento de los dentezuelos metálicos. Las manos y el cuerpo del hombre, más la inclinación obligada de la cabeza, no le permitían contemplarse en el espejo. Y la maquinita cortaba y cortaba, sin cansancio, volcando hacia los lados minúsculas olas de cabellos sueltos.

Cuando terminada la operación logró enderezar la cabeza, el espejo le devolvió una imagen grotesca que observó con asombro rencoroso. En lugar de la densa cabellera aparecía una calabaza deforme, lustrosa, casi monda, con un extravagante mechoncito en el frontal.

Nada pudo decir el muchacho. Quiso esbozar una protesta, decir algo hiriente, un insulto. No encontró las palabras adecuadas ni el impulso necesario. Sentíase ofendido, mortificado, aplastado por una oprimente sensación de ridículo. Salió a la calle lamentando no tener allí su gorra para cubrir la cabeza afrentada.

Cruzó la plaza a pasos lentos, vagamente satisfecho de las calles desiertas, de esa plúmbea somnolencia del pueblo oprimido por la canícula.

Lo distrajo a medias el alocado movimiento giratorio de una tromba de viento que saltaba por encima de los arriates marchitos arrastrando polvo, briznas, papeles sueltos, para deshacerse metros más allá. "El diablo", pensó,

y tuvo la intención de persignarse. No lo hizo, pues ya pasaba frente al quiosco de don Pascual Salazar, quien acomodaba diarios, revistas y cigarrillos detrás del estrecho mostrador.

El hombre levantó los ojos al sentir los pasos que se aproximaban.

Camilo creyó ver, o intuyó, una sonrisa de burla. Le ardieron las orejas, pero se sobrepuso y pasó digno y mesurado, ahogando los deseos de correr.

Por allá, lejos, cruzaba una carreta *chancha*, de ejes y ruedas rechinantes. Amarrados al palenque del Correo, tres o cuatro pacientes caballejos espantaban las moscas pertinaces con sus largas colas. "Caballos mapuches", se dijo el muchacho. Una vieja se asomaba a una puerta, atisbaba la calle a rápidas miradas y desaparecía velozmente.

Por la esquina cercana asomó el tuerto Bonifacio empujando el carrito de los helados. A ratos soplaba un cuerno. Los sones desapacibles se difundían en el aire calmo. Pese a su estridencia, no lograban atraer clientes.

Camilo se aproximó.

—¿A cuánto la copa?

El ojo sano vibró en rápido pestañeo. Camilo, olvidado momentáneamente del resquemor que lo embargaba, sintió deseos de reír. "Parece ojo de gallina", pensó. Mas de inmediato lo reinvasió la opresión y observó con desconfianza el rostro del heladero. Los rasgos curtidos y enjutos del hombre permanecían hieráticos, inescrutables.

—A cinco —respondió por fin.

Camilo palpó su moneda de diez centavos. Dudaba. Vendían lápices de cinco centavos. "Son malos —se dijo—; prefiero uno bueno". Y rechazando la apetencia quiso alejarse de la tentación.

Lo detuvo la voz incolora del hombre.

—¿Te gustan los helados?

—Sí, son ricos, pero no tengo dinero.

—Ah... ¿Y tienes hermanas?

—Una tengo. Se llama Aurora.

—Te la cambio por una copa. ¿Qué te parece?

Sin vacilaciones, huérfano de cargas en la conciencia, Camilo aceptó prestamente el cambalache. Y paladeó con delectación la golosina bajo la mirada impassible del tuerto.

Después, atravesó la calle y entró en la botica del Negro Gómez.

Allí, una india joven, pulcramente peinada, de rostro agraciado y sonriente, comprobaba la calidad de algunos tintes escupiéndose los dedos y restregando entre las yemas los colores así disueltos.

Mientras tanto el Negro Gómez, boticario horro de estudios y de títulos, pero sagaz y convincente, atendía a una mujeruca que sostenía entre los brazos solícitos a un crío exangüe, de facciones transparentes y cerosas. Bostezó de repente la criatura. Por el rostro le corrió un oleaje de veloces arruguitas, semejando un viejecillo inerme.

La voz de la mujer sonaba opaca pero implorante:

—Patrón Gómez, el *corrimiento* está secando en vida a mi hijito, tan enfermo que está; le he dado de un todo, matico, hojas de nogal, hasta *azúcar de perro* le he dado, y nada... Para mí que lo *ojaron*; por si acaso lo hice sanguijar, lo llevó mi comadre Felina.

El Negro Gómez escucha con aire de entendido.

—¿Y vómitos? ¿Ha tenido vómitos el niño?

La respuesta es plañidera.

—No. Vómitos no. Puro *corrimiento*. Para mí que es *mal de ojo*.

—No pierda el tiempo, señora. Su niño está *empachado*. Espere un momentito, con unos papelillos desinfectantes, bien buenos, se va a mejorar.

—Y... ¿cuánto cuestan?

—Mmm..., cuarenta centavos, no más.

La mujer alza penosamente con una mano el ruedo de

la falda y hurga en oculta faltriguera. Extrae un atadito de monedas. Coloca dos de ellas sobre el mesón.

El hombre desaparece tras el revuelto mundillo de la trasbotica. Suenan frascos, roza el pilón sobre el vientre cóncavo del mortero, crujen papeles.

Camilo contempla absorto la gran ánfora de cristal en donde hierve un nudo repulsivo de sanguijuelas. Ni la india ni la mujeruca han reparado en él. Adquiere confianza, mira de frente, con aplomo.

Por detrás del mesón surge un rapaz, un plumero en las manos, sacudiendo el polvo de las repisas. Con hábil esguince escamotea un cartucho de caramelos desde una caja de cartón, y, al sentirse espiado por Camilo, sonrío descaradamente guiñando un ojo. Camilo se sobresalta, extiende una mano y se rasca mohíno la nuca.

Adquiere después el lápiz. Y perseguido por la mueca irónica del boticario se escurre sigiloso por las calles desiertas, arrimado a los muros de las casas, a las cercas molidas que apenas contienen el desborde de las malezas invasoras, medroso y torpe como un ladrón sorprendido antes de cometer un delito.

DEPRIMIDO y rabioso a la vez, Camilo se confinó en el comedor.

Su madre le había mirado risueña, mas con gesto aprobatorio. Aurora simplemente soltó la risotada. Panchito y doña Feli no se dieron por enterados.

Empezó por aguzar concienzudamente la punta del lápiz. Tiraba a intervalos líneas locas para probar la finura del trazo. Y luego, sobre una hoja en blanco, surgieron tenues, casi mágicos, los rasgos de fieras cabezas de tigre.

Acosado por idea súbita, suspendió el dibujo y dióse a dividir el lápiz en trozos de a pulgada. Se atribuló ante la dificultad para labrar la punta de cada uno de los pedazos. Se le escurrían diabólicos, inatrapables. Lo invadió el desaliento, sintiéndose vagamente arrepentido, culpable de indefinible pecado.

Un grito iracundo lo sacó del asiento.

—¡Malvado!

Congestionada por la indignación, el gesto ceñudo, los ojos fulgurantes, la madre barbotaba los reproches y las amenazas.

A sus espaldas, tía Odila volteaba los brillantes ojillos de lechuza meneando la cabeza de arriba abajo y hacia los lados, alternativamente, en actitud de sospechosa severidad. Los gordos mofletes tiritaban gelatinosos. En las arrugas de la papada colgante, el *solimán* desparramado a la diablo se acumulaba en gruesas estrías pastosas por el sudor.

Camilo, acostumbrado a las rabietas de la madre, se refugió en una suerte de impavidez, de afectada indiferencia. La ira de la mujer llegaba al paroxismo.

—Contesta, maldito, ¿por qué lo hiciste?

“Porque me dio la gana, porque el lápiz es mío. Porque... así me dura más; si se me pierde un pedazo, me quedan los otros”. Todo eso hubiera querido decir el muchacho. No logró expresarlo. Acaso no tuvo tiempo. Vino la mano de la mujer, extendida, en actitud de propinar afrentoso palmetazo. Camilo esperó la agresión, inmóvil, tenso, desafiante y sumiso a la vez. No alcanzó a restallar el azote. Se movieron los dedos en el aire, la mano de la mujer cogió el mechón y abatió la rebelde cabeza en corto, violento y cómico saludo.

El muchacho enderezó la testa con altivez. No dejó traslucir el enojo, ni siquiera al observar la risa triscando en los labios de la madre. Pero había tal odiosa y maligna expresión de burla en el rostro mofletudo de tía Odila, tan despiadada y grosera befa, que el muchacho no pudo contenerse. Huyó a saltos por los cuartos oscuros, maldiciendo a la horrible vieja, tropezando en los desniveles, y se precipitó de cabeza en la gran canasta cilíndrica donde se guardaban las ropas sucias. Ovillado allí adentro, temblando, corroído por el rencor, sin reparar en los olores fungosos que emanaban las prendas, esperó largos instantes. El golpe seco, lejano, de la puerta de salida cerrándose, lo sacó del escondite.

Días después, el pelo ya crecido, olvidadas las alegres cuchufletas de los compañeros, el aplomo recuperado, tropezó en la calle, a boca de jarro, con tía Odila. En los brillantes ojos de búho resplandeció la malicia. Cogiéndose un mechón de la cabellera cana, la burlesca mujer remedó aquel saludo de odioso recuerdo.

Ahora, mientras caminaba junto a la madre, Camilo trajo a la memoria esas ingratas incidencias. Pronto las

olvidó, atraída su atención por los anodinos espectáculos que la calle ofrecía a su curiosidad ávida e insaciable.

Pasaron tres mujerucas enlutadas de pies a cabeza. Una lloraba, dejando escurrir libremente las lágrimas. Los rostros de las otras se crispaban en muecas de aflicción. En la neblina tenue los rasgos aparecían cenicientos, envejecidos.

Más allá, y por ahí, en alguna parte, dos albañiles embaldosaban un trecho de acera. Manejadas por manos expertas, las planas revolvían la mezcla, la racionaban, alisaban aquí, completaban allá. Las baldosas caían blandamente en la argamasa y eran ajustadas de modo que los arabescos de unas y otras enlazaban con exactitud.

Camilo nunca vio antes nada parecido. Ahí permaneció largos instantes, mirando, junto a otros rapaces también boquiabiertos. Hubo de correr para alcanzar a la madre que lo esperaba en esa esquina donde la calle subía hacia el puente.

Tirada por una yunta de novillos cerriles, una carreta bajaba por el plano inclinado. Una carreta. De altísimas barandillas arqueadas hacia afuera, soportando una carga descomunal en volumen, leve en peso, de atados de *cochayuyo* seco.

Un boyero andrajoso retrocedía delante de los novillos. Con la garrocha a plomo y pegada al yugo, contenía el impulso de las bestias que pugnaban por acelerar el tranco, reprimiendo con suavidad las arremetidas.

—¡Teza, teza!...

Una vez en el plan, el paso de los animales adquirió la lentitud acostumbrada. Sólo entonces la voz del hombre se difundió agreste, rotunda:

—¡Coyoique! ¡Coyoique!... ¡Coyoique del Budi!

Desde los primeros tramos del pretil, Camilo tuvo ante los ojos el panorama familiar del río, su caudal lento y poderoso, sus raudales girantes.

Una copia de gente se agitaba en el muelle de la Com-

pañía Molinera. Un vaporcillo fluvial se acercaba al espigón. Las turbinas laterales rodaban sus paletas dejando en pos rastros de espuma.

El paisaje, gris y desvaído, se quebraba en los perfiles duros del puente ferroviario. Leves cendales de bruma ondeaban en las vigas punteadas de oscuros remaches.

La chimenea enana del barquito soltó de repente rápida nubecilla de vapor. Un pitazo desapacible rompió la quietud de los ámbitos y unos cuervos al otro lado del río se echaron a volar, graznando.

Camilo rechinó los dientes cuando tía Odila abrió la puerta. Se aprestó, con altiva resignación, a la burla perversa. Pero el asombro le soltó las mandíbulas. Esa infeliz vieja desgredada, llorosa, opaca y marchita, y doliente, no era ni la sombra de la arpía que lo atormentaba hasta en el sueño.

—Comadre —sollozó la vieja—, Eudocio se muere sin remedio. Pase a verlo, el pobre está ya sin habla...

Ni siquiera reparó en Camilo. El muchacho experimentó una suerte de decepción, un asco sin encono, una lástima fría y despreciativa.

Y luego, mientras avanzaban por el pasillo penumbroso, vio cómo una gata nerviosa y erizada iba y venía, sin destino, se asomaba a los vanos de las puertas, y maullaba premiosa y lastimera.

—Gata maldita —explicó tía Odila abandonando el aire de angustia que hasta entonces pareciera derrumbarla—. No deja dormir al enfermo, hace tres días que no cesa de gritar, busca los gatos, se los eché al río, no quiero suciedades en mi casa...

Y descalzándose con agilidad y destreza una de sus chancletas, golpeó en la cabeza al animal, que escapó despavorido.

El tiempo en agraz

ES EL verano. Y su alto y maduro corazón caliginoso.

La mariposa, blanca y negra, es una flor de haba que vuela. Pliega y despliega las alas en sacudidas espasmódicas por entre las melgas rectilíneas de las solanáceas domésticas cuyas corolas, moradas y esteroidales, ábrense al sol y al viento cargado de aromas.

La huerta, circuida de frutales, es una alfombra esponjosa y movediza. El cebollino yergue sus finos tallos temblorosos. Las láminas crespas de las lechugas brillan con reflejos sesgados. Las hojas de las coles, aleteantes, maternas, envuelven amorosamente el duro y redondo riñón del repollo.

En el fondo del sitio las cicutas levantan las nudosas cañas rematadas en umbelas blancas.

Un relámpago de color de azafrán hiende, zumbando, el aire capitoso y se apaga en la tulipa sedosa de una amapola. El mástil flexible se tuerce, parabólico. Al cabo de un instante, tras lentas vibraciones, el tallo se endereza. El grueso abejorro zumba de nuevo. Y vuela. Y busca sus azúcares, encogiendo y estirando el curvo abdomen con indolente sensualidad.

Tendido de bruces sobre un tapiz indígena, bajo la sombra intermitente de un ciruelo, Camilo en nada repara. Llora. Sin sollozos. Mastica mecánicamente una hogaza. Por las mejillas del niño escurren hilillos de lágrimas que

mojan el pan y salpican las páginas del libro. El sabor a sal se diluye en la miga tierna y tibia.

El pérfido Golo huelga de su triunfo. Genoveva, la dulce, la bella, acurrucada y aterida, cuida a su infante en la soledad de la selva nevada. El duque de Brabante, altanero e implacable como gran señor que es, no perdona la ofensa de la aparente culpable.

Camilo llora.

Sin consuelo.

Algo cae de pronto sobre el libro, algo blando, vivo. Es una oruga de ojos tumefactos y anillos peludos que echa a andar con meticulosa cadencia. Camilo cierra de golpe las compuertas de las lágrimas, y los personajes se desvanecen como aventados por un soplo mágico.

La oruga desaparece entre el pasto. Camilo mira hacia las ramas altas. Las ciruelas de pulpa turgente se hinchan en óvalos morados. Grietas en la corteza resudan translúcidas excrecencias de gomas ambaradas. Las hormigas ascienden en hileras misteriosas por el tronco rugoso, mientras en los cruces de las ramas burbujan amenazantes nudos de orugas.

Arriba, por entre los claros del ramaje, el profundo y caliente cielo de enero.

Abajo, en la tierra de Camilo, las vacaciones asombrosas.

La memoria del muchacho revive recientes circunstancias.

Tío Eudocio ha muerto. Ahora lo velan. Tía Odila, asistida por sus comadres, no se deja ver.

Un corro de mujeres, la madre de Camilo entre ellas, reza al difunto. Olores mordientes y fungosos, a sudor, a cera, a flores marchitas, circulan en oleadas por rincones y pasillos.

El ciego Bernabé salmodia en voz alta los padrenuestros. Las cuentas del rosario entrechocan lúgubrementemente. El

responso de las mujeres es un mosconeo pertinaz y de mortal monotonía. Camilo observa temeroso y asombrado la bocaza salivosa del ciego, el cráneo rapado y lustroso, los ojos, dos huevillos opacos, que giran en remolinos alucinantes. Del cuello del rezador cuelga una estampa descolorida con rebordes de estaño. El resplandor de los cirios mueve cambiantes vislumbres en el vidrio que protege la efigie.

Una suerte de angustia solapada se desliza en el ánimo del muchacho. Sorteando trastos y personas, sale a la calle. La noche de diciembre, fría y transparente, las estrellas de fulgor parpadeante, el rumor rítmico del río, calman apenas su ansiedad. El turbión negro se encrespa a cada instante en fugaces rizos de luz.

El pueblo, al otro lado del agua, es un siniestro animal agazapado.

Los cascos acompasados de un caballo que viene golpean de pronto los tablones del puente.

Camilo no logra precisar contornos. Se atemoriza y entra de nuevo en la casa, ahora hacia cuartos interiores desde donde escapan ruidos apagados. Ahí están los hombres, diez o doce, beben vino, unos parsimoniosamente, otros con diligencia. Nadie repara en Camilo. El muchacho se escurre sigilosamente hacia un rincón en penumbras que la luz humosa del lamparín no consigue ahuyentar. Del grupo sólo reconoce al tuerto Bonifacio y a *Mayita* Valenzuela.

El rezongo pertinaz de los rezos llega tenue, filtrado por las maderas de los muros, y promueve una especie de unción silenciosa en los circunstantes.

Camilo intuye que ese recogimiento es taimado, postizo. En las bocas fruncidas pugnan risotadas contenidas a duras penas. Unos bajan hipócritamente los párpados. Otros cogen las copas con sigilo y beben en fingida actitud pesarosa.

Una puerta se abre a medias. El mosconeo del rezo crece instantáneamente. Por los batientes entreabiertos asoma una cabeza ceñuda, abultada, que observa en redondo con desprecio inquisitivo, y desaparece.

“Es el jinete del puente”, piensa Camilo.

Una ráfaga de temor rencoroso oprime los gestos. El tuerto Bonifacio quiebra la tensión. La vocecilla es incolora pero resuelta. El ojo sano pestañea velozmente.

—¿Conocen a ese caballero?

Mayita Valenzuela se adelanta:

—¿Quién no conoce al *Chancho* Labraña? ¿Y desde cuándo los chanchos son caballeros?

—¿Y qué andará buscando por aquí?

—Bah, a la viuda. El finado, por los gastos de la enfermedad, no pudo pagarle dos corderos que le debía. ¡Es muy capaz de quitarle hasta el *refajo* a la pobre señora!

—Sí —asiente el tuerto, vacilando—. Dicen que es muy rico, muy rico, y muy avaricioso. Un caballero malo, para decirlo de una vez.

Todos escuchan con curiosidad. El tuerto es un ser taciturno, inhibido, y su repentina locuacidad provoca el asombro.

—Sí, malo... Mi cuñado le servía de campero, muchos años, le faltaba una pierna, le decían el cojo Eusebio. Por más que la pierna menos, era travieso Eusebio, alegre, refranero, hombre de verso y guitarra. El rico le pasó un caballo para los trajines... Pero un día el rico se enojó por una nada. Y le quitó el caballo. Había que ver al triste, cerro arriba, cerro abajo, muleteando detrás de los corderos. Perdió la alegría el triste, enflaqueció, se llenó de piojos. Lo agarró el sentimiento. Fue muy *gallina*. No tuvo ñeque para aguantar la ofensa. Se ahorcó. Mi hermana y los huérfanos viven conmigo, yo los mantengo.

Nadie dice nada. Camilo escruta los rostros. Aparecen impenetrables, inexpresivos. Pareciese que el relato del

tuerto les dejase indiferentes. Pero una mano cordial tiene una copa que el tuerto apura sin pestañeos.

Uno pregunta:

—¿Trajeron el estandarte?

Otro hurguetea un rincón y despliega una enseña de color rubí en que destellan gordas letras bordadas en oro: PARTIDO DEMOCRATA DE CHILE. Amarrado a las patas del brillante cóndor de bronce que corona el asta, ondula un crespón negro.

Mayita Valenzuela carraspea y concita de inmediato la atención de los concurrentes. Es dueño de una cantina a la salida del pueblo, una taberna en donde los mapuches, hombres y mujeres, se emborrachan, se insultan, pelean, se reconcilian lloran, y duermen. *Mayita* los ha observado con ojo atento, tierno y risueño. Sus historias sobre la peculiar sicología de los indígenas hacen reír a la gente.

Ahora permanece serio, los ojos entrecerrados, como meditando. Mas un leve balanceo de cejas denuncia la picardía.

Se anima repentinamente.

—Sí. El que nace chancho muere chancho. Pierde su tiempo el que ara con burros. Sí, pero a veces a estos ricos les pasa chasco... ¿Alguno de ustedes conoció a don Cantalicio Celedón? Digo *conoció*, porque hace ya muchos años que es muerto. ¿No? No importa. Yo tampoco lo conocí, sólo me contaron el cuento... Era dueño de cuatrocientas hectáreas cerca de Cholguán, un pueblo del norte. Le decían *Campana de Palo* por lo embustero y alabancioso. Pero un día un chiquillo enojado le cambió el sobrenombre por otro muy feo, *feazo*, un sobrenombre que han heredado hijos e hijas, nietos y nietas... Pásenme un trago.

El mosconeo del rosario ha cesado. *Mayita* bebe a pausas calculadas, en medio de un silencio expectante.

—DICEN QUE era hombre muy hermoso, grandote, barbado, zarco, vejancón... Cada sábado, montado en su preciosa yegua, bajaba al pueblo y se largaba a tomar en la cantina del club con los amigos, otros ricos ociosos y borrachines. Jugaban a la brisca, y entre trago y trago pelaban al alcalde, al cura, al director de la escuela. Por una gran ventana miraban pasar la poca gente del pueblo... Ya lo dije, don Cantalicio era alabancioso y presumido de la mujer. Pasaba una hembra cualquiera, joven o vieja. Alguno, haciéndose el inocente, preguntaba con zorrería:

"—¿Y ésa, don Cantalicio?

"Don Cantalicio cabeceaba como gallo giro.

"—¿Esa?... Bu, mucho tiempo... Muy buena.

"Y se rascaba las barbas. Los amigos no le creían cosa. Se reían.

Mayita guarda silencio, al parecer atando cabos.

—En el pueblo vivían unos tales Quiroga, tres hermanos, muy diablos, cuatreros finos, no le trabajaban un cinco a nadie, maniabiertos, remoledores. Tenían un orgullo, una hermanita a la que cuidaban como si fuera perla. Se miraban en ella...

"Y ahí está don Cantalicio, brisqueando con los amigos. Son las vísperas de la Pascua. En el mesón de la cantina, Nemesio, el menor de los Quiroga, toma un tinto con frutillas. Los ricos lo miran a huevo. Por la calle pasa la

gente, con paquetes, con gallinas, con damajuanas. Y pasa también una chicuelita donosa, gordita, de rajarla con la uña...

"—¿Y ésa, don Cantalicio?

"—Bu, mucho tiempo... Muy rica...

"Nemesio se atora con las frutillas. Y se manda a cambiar sin mirar a nadie, hecho un quique.

No vuela ni una mosca. Todos están pendientes de los labios del narrador. Se abre una puerta, asoma el rostro sorprendido de una mujer que secretea con voz confidencial:

—Debajo del mostrador de la carnicería hay otro cántaro, compadre.

Y desaparece.

Circula rápida la ronda de vasos.

—La yegua conoce el camino. Por más el hocico duro, no mañosea ni así. Está oscureciendo, es casi de noche; don Cantalicio, atontado con los tragos, afloja la rienda y deja que la yegua lo lleve, paso a paso... Debe ir medio asustado el viejo; los amigos le metieron cuco: es la hermanita de los Quiroga, don Cantalicio, ¿lo acompañamos al fondo? No, no, ni a palos, por algo me llamo Hidalgo y aquí está mi "mitigüeso".

"Al pie de las mismas trancas un relincho, más o menos no muy lejos, para de golpe a la yegua. Don Cantalicio no tiene tiempo de ninguna cosa. Por encima de las zarzamoras vuela un lazo, un lazo maestro, y el viejo sale elevado de la montura... Por Dios la pateadura fea, de punta y taco, le trillan las costillas, le botan las muelas, lo hacen bolsa. Avemaría los bribones malos...

El tono plañidero de Mayita no engaña a nadie. Le brillan demasiado los ojos.

—Y eso no es nada. El viejo pierde el sentido, lo empebotan, lo arrastran por allá lejos, lo amarran con el lazo mismamente como si fuera un arrollado de chancho... Y eso no es nada. Matan la yegua, la abren en canal, le sacan

el menudo y le meten adentro el arrollado. Sólo dejan afuera, Dios mío, la cabeza de don Cantalicio asomando por entre las verijas de la bestia. Y cosen los malditos el tremendo tajo con aguja de coser sacos... Al alba el viejo despierta, no puede moverse, no sabe qué le pasa, pero se siente fresqucito y vuelve a dormirse. Mucho después una clavadura le corta de un repente el sueño. Son las moscas, las jodidas moscas, rabiosas con el olor de la sangraza, le chupan los machucones, se le meten en la nariz, en las orejas, le pican el cogote, le andan por las barbas. El viejo empieza a soplar, para arriba, para abajo, para los lados, sopla y sopla hasta perder el resuello. Nada. Mientras sopla para arriba, las moscas pican abajo. Es el infierno. Y ahora entra a tallar el sol. El viejo se queja, sopla, lagrimea. No puede valerse, es un puro catuto... Le pasa por encima un aleteo, no tan áspero que digamos, más bien suave. Con harto trabajo el viejo tuerce el cogote. Desde no más de tres metros, parado en un boldo seco, un tiuque mal agestado lo mira con mucha fijeza. Es desconfiado el tiuque, pero al ver que el bulto no se mueve, da otro volido y se para con insolencia en la panza de la yegua. Tiene ojos de verdugo el tiuque. El viejo se asusta y se le escapa qué manso grito:

"—¡Ah, pájaro!

"El tiuque vuela otra vez al boldo. Debe ser más de mediodía. Las moscas parecen fieras, el sol es una fogata. Poniéndose bizco, el viejo mira de lado. Ahora son dos los tiuques. Luego son cuatro. Don Cantalicio suda y resuda de puro miedo. Y se larga a gritar como un condenado:

"—¡Ah, pájaros!... ¡Socorro!... ¡Ah, pájaros!

"Ligerito queda ronco, se le seca la saliva, la lengua, bab, es una lengua de zapato, ah, pájaros, y ahí están los tiuques, mirando.

"Por fin, a los gritos viene un chiquillo, mira desde le-

jitos y arranca. Baja corriendo una lomita, corriendo y gritando muy asustado.

"—¡Mamita!... ¡Mamita!

"—¿Qué te pasa, demonio?

"—¡Una yegua está pariendo a un hombre!

"—¡Ave Maria Purisima! Se persigna. ¡Avisale a tu padre!

"Se junta una cuadrilla de inquilinos.

"—¡Pero si es don Cantalicio!

"El viejo pone ojos de carnero degollado. Y se desmaya. Queda la pura bediondez.

Mayita suspira.

—Don Cantalicio, achunchado hasta las tripas, estuvo como un año sin bajar al pueblo. Regaló una borrega a cada uno de sus salvadores para que no hablaran, pero, hum, quién sabe...

"Después de tanto tiempo, ahí viene don Cantalicio, montado en un tordillo percherón, entrando al pueblo, traje y apero todo nuevo, meneando el látigo, muy orgulloso.

"En medio de la calle un grupo de chiquillos juega con una lagartija. Por un lado pudiera pasar el viejo, pero no, quiere la calle libre. Frena al tordillo y vocea:

"—¡Háganse a un lado!

"Los chiquillos, entretenidos con la jugarreta, no le oyen. El viejo suelta un buascazo. Uno de los chiquillos da vueltas por el polvo, y al reconocer al jinete grita muy enojado:

"—¡Viejo "Culo de la yegua"!

—CUANDO ÉL está en casa, él manda... Habla con él.

—Pero si no pido dinero, mamá. Yo tengo. Estuve juntando.

—¡Habla con él!

Despechado y medroso, Camilo penetró en el dormitorio sumergido en penumbras. El hombre, recostado sobre el lecho, lo miró con torpes ojos hinchados por la borrachera. El muchacho sintió el deseo de escaparse, repelido por el odioso espectáculo. No era aquélla la primera vez que viera beodo al padre. En sus cortas y espaciadas permanencias, el hombre bebía, adusto, solitario. La casa se hundía entonces en hosco silencio, en postiza tranquilidad, apenas frotada por cuchicheos sordos o andares en puntillas. Hasta Panchito, sin tener definida conciencia de las causas, reprimía sumisamente las jubilosas expansiones.

Camilo frenó el impulso de fuga que lo acosaba, interesado en conseguir el permiso. Presenciar ese partido de fútbol entre los equipos de Carahue y de Nueva Imperial era en él más que un simple deseo, era ya un anhelo obsesionante. Desde hacía semanas, en el Correo, en el quiosco de don Pascual, en la botica del Negro Gómez, en la estación, en la zapatería de don Eduardo Flores, en fin, en todos aquellos lugares adonde concurriera gente, no se hablaba de otra cosa. El fervor y el entusiasmo hervían en

el pueblo. Los rapaces llegaban al delirio. Y Camilo no escapaba al contagio.

Ahora, súbita timidez lo paralizaba. Ahí permanecía, en el vano de la puerta, desamparado, irresoluto. No recordaba haber recibido ni la más leve caricia de ese hombre que era su padre, de ese hombre al cual debía respeto, obediencia y amor. Así al menos se lo predicaban en la escuela, en la iglesia, en el corazón del hogar. No era precisamente esa falta de ternura lo que a veces contristaba a Camilo, sino la indiferencia del trato. Tal vez el espíritu del niño no rozara el conflicto si la actitud del hombre hubiera corrido a parejas frente a Panchito y Aurora. Pero éstos disfrutaban de una preferencia tan evidente, que Camilo, desorientado y perdido, se replegaba sobre sí mismo buscando respuesta a oscuras interrogaciones.

Sentóse el hombre sobre el lecho.

—¿Qué...?

La penumbra del cuarto parecía espesar el olor agrio del vino. El hilo de la voz no pudo ser más delgado, ni más implorante.

—Déme permiso, papá.

—¿Qué?

—Hay un partido en la cancha del Alto.

Camilo creyó observar fugaz destello de ira en las pupilas turbias. Guardó silencio, un silencio obstinado. Acaso el hombre decidiera consentir. Pero, adivinando la resistencia interior del muchacho, cerró ese impulso.

—¡No!... ¡Váyase para afuera!

Camilo salió de inmediato. No defraudado. No herido. Iracundo. Dominado por súbita decisión, no reparó en los sonidos rechinantes que doña Feli arrancaba a las ollas, ni en los olores pegajosos del almuerzo reciente, ni en el picoteo rítmico y veloz de la maquinilla de coser que Aurora manipulaba por ahí, en alguna parte.

Hubiera podido escaparse por el ancho y destartado portón de las caballerías. Pero deseando expresar acaso cierta vaga rebelión, trepó la cerca ante los ojos asombrados de Panchito y se dejó deslizar hacia la calle.

Al regresar, horas más tarde, divisó desde lejos a Aurora, que lo esperaba en la puerta. El entusiasmo que atorara en la cancha, el ondulante y multicolor espectáculo, el chivateo frenético de la multitud, todo ello se le derritió adentro, algo se desinfló, una suerte de difusa confianza, dejando en su lugar un frío, tenaz desconsuelo. Después, la apatía, el estoicismo, la derrota anticipada.

En las palabras de la hermana tembló reticente advertencia.

—Mi papá te está esperando...

El hombre parecía dormir. Camilo se detuvo en el hueco de la puerta. Miraba intensamente los ojos cerrados del padre, procurando adivinar el oscuro designio que se ocultaba tras la evidente artimaña. Repentinamente, el hombre abrió los ojos. Y sin mirar al muchacho, señalando vagamente hacia un lugar de la pared:

—Pásame el cinturón.

Cogió Camilo la ancha lonja de cuero y la dejó sobre el lecho.

Retrocedió.

—Acércate.

El muchacho adelantó dos pasos.

—¡Más cerca!

Camilo no intentó defenderse. Ni siquiera alzó las manos. La lluvia de latigazos le agravó la piel y los huesos, el alma y la carne. Pero aguantó el dolor y la violencia sin soltar ni una lágrima, ni una queja.

La actitud del muchacho exasperó al hombre. Hubiera deseado tal vez el gesto contrito, arrepentido. Nada. Súbitamente, y acaso por lo mismo, cesó el castigo.

—¡Vete!

La madre y los hermanos, pesarosos, lo vieron encaminarse hacia el fondo del sitio. Allí, bajo la sombra fragante del saúco, se tendió de bruces y largó el llanto tan penosamente contenido.

EL VERANO se apagó bruscamente.

En los últimos días de febrero aparecieron las primeras nubes, blancas, redondas, grandes copos de algodón amontonados en el horizonte por el frío aletazo del viento sur.

Acostumbrado a la holganza estival, Camilo volvió a la escuela con pesadumbre. Pronto, sin embargo, desechó los pensamientos oscuros, atraído por el siempre renovado espectáculo que la calle le ofrecía. Todo era mínimo, descolorido, aplastado por el tedio y la lentitud de la vida del pueblo. Pero le bastaba encontrar a un mapuche vendiendo gallinas o a un pescador con sendas canastas pregonando a grandes y roncadas voces los salmones *fresquecitos*, para que la curiosidad lo clavara agudamente.

Durante muchos días, después del castigo, el muchacho se encerró en los confines del hogar. Sólo comía y dormía en la casa. Dejaba el resto del tiempo bajo los árboles de la huerta, leyendo y relejendo; o dibujando cabezas de tigre; o en quehaceres minúsculos, horquillas para honda, ruedecillas de madera; o tendido de espaldas, mirando en las alturas allá muy lejos el vuelo de los pájaros, o acá muy cerca la fuga desordenada de los vilanos.

Sus pensamientos eran confusos entonces. Acaso hubiera deseado odiar al padre. Pero no lograba alcanzar ese límite. Tampoco existía el amor. Sólo un desasosiego tenaz,

el anhelo de irse tras las vagabundas plumillas de los cardos.

Alguna vez el hombre, vagamente arrepentido o impresionado por la hurañez temerosa del muchacho y su silencio obstinado, intentó de modo astuto la reconciliación.

—Tráeme —le dijo— un tallo de cicuta, grueso, seco.

El tono era paternal.

Asombrado y precavido vino el muchacho con la caña. El hombre la examinó con misterioso aire de entendimiento. Luego, sin mirar a Camilo, sacó una faca de las llamadas *Albacete*, y haciéndose el desentendido apretó el resorte. La hoja se abrió con sordos chasquidos de engranaje.

Fugaz aleteo de pestañas delataba apenas la curiosidad del muchacho. Tragó saliva y, esforzándose, logró mantener postiza indiferencia. El hombre desbastó la caña con veloz habilidad. Penetró luego en la cocina y regresó con un punzón metálico calentado al rojo. Y perforó a lo largo la caña en una hilera de orificios quemados. Cada abertura era una fumarola diminuta.

—¿Sabes qué es esto?

Camilo sí lo sabía, pero nada dijo.

—Es una flauta.

Y soplando por un agujero mientras sus diez dedos jugaban en otros tantos de aquéllos, arrancó a la caña un trino sostenido y melodioso.

—Tómala. Es tuya.

El muchacho la cogió sin apremio, con cierta lenta e indecisa apatía. La observó un instante, como dudando. Luego, en impulso repentino, la dejó en manos de Panchito y se alejó hacia el fondo del sitio con pasos ofensivamente calculados.

Días después, cumpliendo un encargo de la madre, se encontró con Lucho Bascur en una esquina de la plaza; el muchacho tenía el gesto grave, casi solemne.

—¿Andas muy apurado? Quiero que veas algo.

—Vamos —dijo Camilo. Y mientras se encaminaban cogidos de la mano—: Dime, ¿alguna vez te ha castigado tu papá?... ¿Injustamente?

—Oh, no. Yo tenía diez años cuando murió mi padre. Ahora tengo quince. Fui su hijo único. Me quería mucho. No, nunca me castigó.

La actitud contrita se esfumó cuando al pasar frente a una puerta vieron tras el banco zapatero al *Verraco Llanos* machacando alegremente un trozo de suela. Ahí se detuvieron un instante, mirando, sin hablar, la sonrisa en los labios.

Dos cuadras más allá, y empezaban a ralea las casas. La campiña penetraba en el pueblo, invasora y tenaz, desdibujando la forma de las calles, rompiendo su fisonomía, disolviendo las fronteras.

Cercas de maderas desajustadas y roñosas contenían difícilmente la marea inmóvil de las malezas resacas que pugnaba por volcarse hacia la calle. En medio de ese mar quemado emergían frutales enfermos, melancólicos, acentuando tercamente la sensación de abandono que emanaba del lugar.

Hasta los muchachos llegaron de pronto, nítidas, las cadencias de una guitarra ahogadas luego por una risotada grosera.

El ceño de Lucho Bascur se apretó, duro. Aparecía como envejecido, como si de repente la ira le hiciera saltar los años.

—El ladrón miserable —dijo.

Camilo miró por las grietas de la cerca. Allá en el fondo del amplio solar, bajo la verde sombra de un parrón, unos cuantos hombres y mujeres gesticulantes y excitados sentábanse alrededor de una rústica mesa acopiada de comistrajos y jarras de vino. Hablaban y reían. Los muchachos no alcanzaban a distinguir las palabras, sólo un rumor confuso, inexplicable. Súbitamente se puso de pie un

individuo en mangas de camisa que tendía las manos imponiendo silencio. Las pretinas del pantalón ceñían la panza enorme que se desbordaba en dos rollos repulsivos. Se callaron las voces. Pero un regüeldo estrepitoso desató un torrente de risotadas. El hombre reía también. A cada explosión de risa replicaban los rollos con temblores espasmódicos.

—¿Conoces a ese canalla?

La voz de Lucho Bascur era ronca.

—¿A ese bigotudo grande? No lo conozco.

—Le dicen *Juan y Medio*... Esta propiedad era mía. Me la dejó mi padre. Pero ese *tinterillo* malvado engañó a mi madre, la hizo firmar no sé qué escrituras, y nos dejó en la calle. Si pudiera, lo mataría como a una sabandija.

Cuando las risas cesaron, *Juan y Medio* inclinó la cabeza, meditabundo. Luego la irguió en apostura de orador. Señores, dijo, *el infrascrito que habla, yo, don Juan de Dios Zarigüeya, señaló el pecho y se inclinó, podrá tener muchos defectos, los defectos de los hombres de corazón bien puesto, la franqueza, la honradez, la sinceridad misma... pero que no se diga que no es el amigo de los amigos... Dura lex sed lex, tal como me lo enseñaron en los estudios de Derecho, que por razones de pobreza no pude terminar. Pero no me quejo, los abogados me odian, también me tiemblan. Dejando a los débiles, a las viudas, a los huérfanos. Otrosí, desempeño, como se dice hoy en día, una función social... Ahora sólo me resta pedir a la buena voluntad de ustedes, mis amigos, un brindis muy sentido por, señaló a la mujer de la guitarra, la dueña de casa, mujer señora y señera que si bien no me ha dado descendencia, me ha prodigado en cambio las atenciones más exquisitas...*

Lucho Bascur enrojeció.

—Vamos, *Grillo*, no puedo tolerar a ese inmundo.

Rápidamente llegaron a la esquina y torcieron hacia la próxima.

—Espérame aquí, un momento no más, vuelvo *al tiritito*.

Y se introdujo velozmente en una casa muy humilde.

Camilo aguardó pacientemente, mirando la vegetación esponjosa de una acequia que corría a lo largo de la calle. Ciertas raras cucarachas acuáticas ascendían desde el fondo, tocaban la superficie con ágiles antenas y se sumergían pataleando a pavorosa prisa.

Los matapiojos, excitados por el sol, volaban incansables a ras del agua, cortando el aire con la rapidísima vibración de las alas de gasa.

Absorto en su contemplación, Camilo no sintió los pasos que se aproximaban. El músico indígena se le apareció al lado tan de repente como si brotara del viento. Viejo, ciego, remendado, la mano sobre el hombro del lazaretero, el indio semejava una pella de greda reseca. Se detuvo en la esquina y requirió el instrumento. El ladrido agudo, monocorde y desapacible de la *trutruca* pareció fustigar la soledad polvorienta de la calle. El indiecillo púsose en actitud de recibir las limosnas imposibles. Soplaba la caña el indio, inflando las mejillas sudorosas. El son se cortaba a ratos en hipos estertorosos. El niño tendía la mano de piedra implorante. Nada. Ni un transeúnte, ni un perro, sólo Camilo, mirando, asombrado y confuso y sin hallar qué hacer.

Vino por fin Lucho Bascur, una canasta al brazo. Cogió una tortilla todavía caliente y la introdujo con rapidez en uno de los bolsillos de Camilo.

—Ahora, cada uno por su lado. No conviene que te vean con un *tortillero*.

Y al pasar dejó otra en la mano del lazaretero. Una sonrisa casi imperceptible cruzó por esa faz inescrutable.

Camilo regresó por las calles desiertas masticando con deleitosa fruición la dura corteza restallante.

Al llegar a la casa, en los ojos de Aurora asomó leve destello de burla.

—Ahí está la *Ojito de Chaquira*... Parece que tiene muchos deseos de verte.

El muchacho agachó la cabeza mascullando una terca protesta que no logró o no quiso expresar en palabras, al igual que en todas aquellas ocasiones en que fuera lastimada cierta secreta y pudorosa dignidad.

A veces, llamada por la madre, venía la vieja Isoria a lavar ropas. Cuando éstas eran muchas, la ayudaba en el menester una hija suya, una enana rechoncha, bizca, el ojo desviado cubierto por una película blanquecina, causa del sobrenombre.

Aurora descubrió las molestias que sufría el muchacho cuando le mencionaban la posibilidad de que la *Ojito de Chaquira* estuviera de él prendada. Y cada vez que la enana asomaba por la casa su estampa deforme, los guiños de ojos o las mofas sutiles y solapadas ponían a Camilo al borde de la histeria. No encontraba una manera eficaz para terminar con esas odiosas burlas que lo abrumaban de ridículo. Y los demás, observando la muda pasividad de la resistencia, ignorantes del daño que inferían al orgullo del muchacho, arreciaban con las, para ellos, inofensivas alusiones.

—Dice la *Ojito de Chaquira* que te quiere mucho.

—Dice la *Ojito de Chaquira* que se quiere casar contigo.

—Dice la *Ojito de Chaquira*...

ADVIENE EL tiempo en que maduran las bellotas.

De espaldas a la ventana, el señor Paredes explica una lección de Historia de Chile. Los rapaces escuchan embo-bados las peripecias del Desastre de Rancagua. El maestro se entusiasma. Pondera el valor de O'Higgins, la traición de los Carrera. Los gruesos pómulos indígenas, el cabello tieso y corto, la gran boca cordial, y el rostro curtido, revelan su origen campesino.

La imaginación de Camilo viene y va. Puebla el aire de humo y de fulgores de batalla. Las espadas centellean, los fusiles escupen sus relámpagos. Pero las imágenes son exclusivamente visuales. No existe el fragor. Sólo la voz ronca y lenta del señor Paredes rompe ese silencio luminoso.

De pronto, ciertos comedidos nudillos golpean con discreción la puerta de la sala. A continuación gira la manilla y por las hojas entreabiertas asoma y desaparece el rostro vivaracho del señor Ojeda, director de la escuela.

Sale el señor Paredes. Se inicia de inmediato sigilosa trifulca. Los muchachuelos se dan de puñetazos, se agarran de las pelambreras, se tiran de las orejas. Todo ocurre en un como previamente concertado silencio. Sólo Camilo y Lucho Bascur no intervienen. Pero el humo y los resplandores han desaparecido de la mente de Camilo. Por momentos se distrae mirando cómo más allá de la ventana el viento

agita las ramas de las encinas, que bordean la calle. Por entre el follaje verde sombrío resaltan las lustrosas bellotas bruñidas en ocre, tiernamente adheridas a sus gorgueras escamosas.

Abrese con lentitud la puerta. Los enardecidos rapaces asumen instantáneamente hipócritas actitudes de estatua. El señor Paredes se hace el desentendido. Tras él penetra tímidamente un niño flaco, rubio, de grandes orejas y perfil de ave rapaz.

El asombro trasciende a Camilo. "El gringo de los trompos", piensa. Se produce en la sala un instante de angustiosa tensión. Sólo un instante. El señor Paredes empieza a hablar.

—Aquí está Markus Samuel, un nuevo compañero de ustedes; trátenlo con cariño, es huérfano de madre; ha venido desde Polonia con su padre, huyendo de la guerra... Polonia, un país muy lejano, al otro lado del mar. Markus Samuel todavía no aprende bien nuestro idioma; no importa, ya aprenderá. Siéntate ahí, Markus Samuel. Bien. Sigamos. Cuando O'Higgins...

Pero el relato del profesor se adelgaza, pierde prestigio. La atención de los muchachos se vuelca ahora hacia esa nuca anémica, hacia los ralos y delgados cabellos, hacia esas orejas descomunales.

El tañido premioso de una campana arranca de sus bancos a los rapaces. Es hora de recreo. En el patio se arma un corro en torno al recién llegado.

—¿Cómo te llamas?

—Mar-kus Sa-muel.

—¿Y tu apellido?

—Mar-kus Sa-muel.

Los muchachos ríen. En las pupilas de Martín Lisboa aparece una gota de misteriosa asechanza.

—¿Saben, cabros? Es el hijo del judío que vende ropa

a la gente pobre, de casa en casa, al semanal. Yo lo he visto, con su maleta y su libretita, yo lo he visto.

Y remeda, saludando cómicamente:

—¡*Bunos días, señora!*

El *Pato* Cárdenas, que oficia de monaguillo en las misas dominicales, crisca los labios con rencor despreciativo, mientras busca afanosamente una injuria alevosa. No logra encontrarla. Sólo se le ocurre gritar:

—¡El judío!... ¡El judío!

El extranjero se encoge temeroso, en vaga actitud defensiva. Mira en rededor con aires de perro apaleado, acaso en procura de alguna protección. Nada. Los inconscientes verdugos acosan al indefenso con mirada brillante y cruel.

Alguien propone:

—¡Hagámosle la *peladilla!*

Un ágil demonio se inclina detrás del niño judío, otro lo empuja volteándolo de espaldas. Veloces manos inmovilizan brazos y piernas del caído y escarban frenéticamente los botones de la bragueta.

Pero el infantil atentado no alcanza a consumarse. Un puño diestro y vigoroso, el de Lucho Bascur, golpea en todas direcciones y dispersa al agresivo enjambre, mientras Camilo y el *Verraco* Llanos levantan y sostienen al afrentado, que, pálido y mudo, tiembla en rápidos espasmos.

Los agresores miran desde lejos, entre amoscados y risueños. Lucho Bascur se mantiene silencioso. Y como para afirmar la actitud protectora, tiende al pequeño judío un trozo de pan que éste coge con gestos de autómatas.

Camilo se aproxima.

—¿Me conoces?

—Sí, los trom-pos.

—¿Y tu hermano?

—Es-tá a-ho-ga-do. Se ca-yó del..., ¿có-mo se di-ce?..., mu-e-lle, Pu-er-to Saavedra...

Suena de nuevo la campana. Se produce por instantes una confusión indescriptible. Los muchachos corren al parecer sin rumbo. Mas, luego, cada curso se ordena en filas que marchan disciplinadamente hacia sus salas.

De regreso de la escuela, Camilo encuentra a un desconocido que golpea con ademanes atildados la puerta de su casa. Se aproxima cauteloso. Es un hombre pequeñito, remendado, de largas melenas y atuendo singular. Huele a vino. Posada en uno de sus hombros, grave, solemne, los redondos ojos lastimados por la luz cruda de la tarde, una lechuza cabecea como estornudando.

El espectáculo, por lo insólito, se vuelve para Camilo muy confuso. Se hunde en cavilaciones, busca en la memoria alguna semejanza, alguna relación. Nada encuentra. Resume las reflexiones en una conclusión que lo tranquiliza: "Debe ser andarín".

Doña Feli aparece de repente en el umbral y observa estupefacta al individuo que sonríe tímidamente. Pese a la timidez de la expresión, algo, un parpadeo solapado, el esguince veloz de las comisuras, le trasciende el rostro de cierta vivaz ironía.

Doña Feli lanza miradas escrutadoras, relajando y contrayendo alternativamente el ceño. El temblor imperceptible de las manos denuncia el sobresalto íntimo. Pero la mujer domina los nervios, y pregunta con voz meliflua y proterva a la vez:

—¿Qué se le *frunce* al caballerito?

No hay respuesta. Sólo unos hombros que se encogen. Aletea el avechucho. La vieja se enfurece.

—¡Sinvergüenza, después de diez años te acuerdas de tu mujer; a ver, mírame, claro, el ojo chueco, borracho asqueroso!

El hombre asiente dócilmente con la cabeza. Pero la sonrisa ha perdido la timidez del comienzo. Ahora es bur-

lona, acaso cínica. Su silencio resulta ofensivo, incomprensible. La vieja pierde el tino.

—¡Mándate a cambiar, desgraciadito, tú y tu pájaro, no quiero verte nunca más, nunca, renunca!

El hombre no se inmuta. La sonrisa obstinada y el ojo torcido conforman una expresión satánica. Y sin embargo algo flota por encima de lo diabólico, una ternura desvalida, algo que induce a la piedad.

—¡Nunca más! ¿Entiendes?

El hombre vuelve las espaldas y se aleja con lentitud. Cojea. La lechuza oscila rítmicamente siguiendo el vaivén.

La vieja parece derrumbarse. De la ira cae al asombro. Del asombro a la congoja. Después de grandes esfuerzos logra controlar el temblor convulsivo de los labios, y grita, premiosa:

—¡Manuel, espera!

Y parte al trote hacia la esquina. Las chancletas resueñan alegremente.

Camilo, desorientado, entra en la casa.

CAMILO MADURÓ la fuga como una consecuencia natural e irremediable del fluctuante y envolvente conflicto que trascendió su infancia.

Hasta el día en que se produjo el estallido, su vida transcurrió un poco al soslayo. A veces notaba fija en él la mirada de la madre, una mirada inquisitiva y sospechosa, y perpleja, como al acecho de una misteriosa semejanza. Camilo sentíase entonces incómodo, cambiaba de lugar, salía.

Sin tener de ello una exacta conciencia, ese conflicto empezó como una enfermedad solapada, creciendo con lentitud, difundida sin prisa, relegando los sentimientos verdaderos al fondo del subconsciente y trocándolos por una suerte de engañosos sustitutos. El muchacho se detuvo en una conclusión que le pareció valedera. "Mi papá no me quiere". No disponía de elementos de juicio para investigar las causas, para llegar a la verdad de esa situación que lo colocaba al margen de los afectos y de los cuidados. Se acostumbró a no pedir. En contraste con la apariencia esmerada de Panchito, Camilo se mostraba a menudo raído, casi andrajoso. El muchacho no reparaba en los remiendos. Pero las suelas estropeadas de los zapatos le producían una vaga vergüenza y una impresión muy honda de soledad. Durante los meses de verano correteaba descalzo. En el

tiempo de las lluvias el agua invadía sus plantas provocándole sañudos tiritones.

Mientras doña Feli conversaba en la esquina con el hombre de la lechuga, Camilo, ya dentro de la casa, escuchó voces que venían del dormitorio de los padres. Se aproximó cauteloso. Las discusiones, aun cuando frecuentes, siempre asumían un tono casi confidencial, casi de secreto susurro. Pero ahora las resonancias eran duras, a ratos acusatorias, a ratos de protesta.

La puerta tras la cual chocaban las voces, una ronca y enconada, otra aguda, segura, desafiante y solemne, parecía cerrada con firmeza. Y sin embargo, resquicios invisibles soltaban frases aparentemente sin coherencia, pero cargadas de tal significado que el muchacho las absorbía con todo el cuerpo, como si de repente la piel se le hubiera sembrado de membranas auditivas.

"Esperabas a Panchito cuando me lo dijeron; nunca te perdonaré. El primito, ¿no?, el primito, y la yegua pariendo..." "No te permito que me insultes; tengo la frente muy alta: Camilo es tu hijo y debías preocuparte un poco más de ese pobre tan abandonado." "Ese huacho..." "Mi Dios es mi testigo y El me sabrá castigar si te he faltado." "Mojigata..." "Canalla, esa perra que me *cuenteó*, no se lo deseo, estará ardiendo en los infiernos; ah, pero tu hijo crecerá y te llamará a *puebla*." "Psch..., el huacho infeliz, cualquier día lo voy a echar con *pito y caja*." "Atrévete, malvado; antes tendrás que matarme, no te hago caso, siempre el mismo repique, el maldito vino te hace hablar disparates..."

Camilo se alejó de allí sin inmutarse en apariencia, frío, impasible. Pero al encauzar los pensamientos tuvo la sensación de ir descendiendo por una escalera interminable, apenas iluminada por una luz pavorosa, fantasmal, brotada no sabía desde dónde. Una capa de ceniza sobre los peldaños ahogaba el rumor de los pasos. Allá en el fondo,

muy abajo, ciertas grandes larvas pataleaban, inermes, en un fango fosforescente.

Desaparecieron las imágenes de pesadilla y el muchacho se encontró de repente en un mundo nuevo y sombrío, separado del tiempo en agraz, claro, diáfano, por una grieta insalvable.

Un día cualquiera, Camilo, enjuto y sigiloso, se fugó hacia el norte en un tren de carga, escondido entre los sacos de trigo que atiborraban el vagón.

SEGUNDA PARTE

Un rastro en las dunas
Detrás de las máscaras

Un rastro en las dunas

LA BRUTAL frenada levanta de los taburetes a los dos noctámbulos que alargan la noche en el café de esa esquina, a media cuadra de la estación de ferrocarriles, frente a un paradero de taxis en aquel instante desierto.

Angulos y planos de los edificios que flanquean la avenida se desdibujan esfumados en la niebla. Los focos del alumbrado, inmersos en la marea opalescente, pugnan inútilmente por difundir su resplandor más allá del halo inmutable.

La torre de la estación emerge como un bloque de bruma. El reloj en lo alto es una estrella fantasmal.

Los trasnochadores alcanzan a ver un largo reflejo aleante sobre el pavimento mojado: las luces traseras de los frenos.

—Es un Impala —dice el de la barbita rubia.

—No —dice el gordo canoso—. Es un Oldsmobile. Y conozco a su dueño.

—¿Quién es?

La pregunta flota y se deshace en el aire neblinoso que de repente se preña de vibraciones. El reloj suelta lentamente la primera de las diez campanadas. El teléfono del paradero inicia un terco, un isócrono y angustioso repiqueteo. Ronca enconado y rabioso el motor del automóvil. El carro se desvía apenas, cabecea levemente, y acelerado

a fondo se pierde a gran velocidad tras el muro ondulante de la bruma.

Los dos hombres, estupefactos y perplejos, observan al atropellado que reptaba como un gusano trágico, dejando en pos un rastro de fango sanguinolento. La mísera oruga se arrastra dos metros y se detiene. Alza la cabeza en actitud de escuchar algo tal vez sorprendente. Acaso el trino obstinado del teléfono. Quizás las campanadas del reloj que se difunden en ondas solemnes, en cierto vago tono funeral.

El desdichado abate de pronto la cabeza, y se inmoviliza.

Los dos hombres corren.

Detrás de las máscaras

EN CUALQUIER momento de los días maduros, o de esa frontera turbia y opaca y melancólica que es a veces la vejez, descubres sin mayor sobresalto el temblor involuntario de tu mano derecha. No concedes al hecho importancia alguna. Es el café, presumes. Dejas el café. El temblor continúa. Debe ser el cigarrillo, insistes. Dejas el cigarrillo. El temblor no cesa. Empiezas a preocuparte. Estoy muy gordo, debo bajar de peso. Y como todo lo exageras, te sometes a un régimen de hambre. A poco, la ropa te baila, las camisas te sobran, los pantalones se te abolsan.

Te alejas también del vinito.

El temblor prosigue.

Aún no te deprimes. Como vives cerca del mar, paseas con tu nieto, cogido de la mano, por los muelles. Miras las gaviotas, los piqueros, la trompa reluciente de un lobo que aparece y desaparece junto a las chalupas balleneras. De pronto, el niño te observa, riendo. Sin darte cuenta le transmitiste ese temblor ingobernable. El infante cree que es un juego y sacude a su vez tu brazo. Ensombreces. Debo ver a un médico, esto no puede continuar. Pero, temeroso de un diagnóstico horrendo, dejas para mañana, y para pasado mañana, la consulta.

En verdad, no te atreves a enfrentar un destino oscuro.

Un día. Otro. Pasan las semanas. Hasta el instante de-

cisivo en que ya no puedes escribir. Aún logras coger la pluma, pero no consigues ordenar los perfiles y el encañamiento de las letras. Tu escritura resulta trágica y risible, confusa, indescifrable.

Un abejorro siniestro zumba dentro de tus sienas. No puedes concretar el miedo. Pero intuyes que un peligro devorante amenaza, no tu vida ciertamente, sino tu condición de creatura con sangre y huesos y esa maravillosa urdimbre de músculos largamente adiestrados jugando armoniosos y sabios y justos en la caricia, en el trabajo, en la defensa y en la huida al más leve de los misteriosos mandatos del cerebro.

Te decides por fin. El especialista, un neurólogo de fama, es amigo tuyo. Te registra acuciosamente el fondo de los ojos. Te golpea las articulaciones con un martillo de caucho. Te hace girar como aspas las manos y los brazos. Dice, no hay duda, esto es nervioso, has venido a tiempo. "¿Puedo seguir fumando, Eduardo?" "Por supuesto, y unos tragos de vino no te caerían mal". "Pero ¿qué tengo?" "Ah, es largo de explicar, el colesterol, ¿sabes?, un enemigo insidioso, obstruye las arterias; no te asustes, ya mejorarás; aquí tienes una receta, vuelve dentro de quince días para controlarte".

En el folleto del medicamento encuentras el nombre de la enfermedad.

Parálisis agitante.

Desfalleces. Luego, trascendido por una curiosidad verdaderamente morbosa, buscas y rebuscas datos e informaciones acerca de ese mal.

Empieza tu lucha en la sombra. Eres profesor, o periodista, o empleado en notaría, o en tienda, o en Banco, o en cualquier parte. Nadie hasta ahora observó tu quebranto. Ni los familiares. Ni los compañeros. Aún más, si dijeras que estás enfermo se te reirían en las barbas. Es que

nada o casi nada en tu exterior revela algún trastorno. Sólo tú conoces el esfuerzo heroico que significa dominar esa mano porfiada que tiembla. Sólo tú, esa mueca crispada detrás de la máscara.

Sacas cuentas. Te faltan dos años para jubilar. Temes perder tu ocupación. No tienes ahorros. Nunca ganaste mucho. Sólo lo suficiente para vivir con estrechez y educar a tu hijo.

Y esa mano que tiembla.

El medicamento te produce molestias, mareos, sequedad en la boca y una apatía destructora. Algo, un engranaje fino y sensible, ciertas bielas de juego perfecto, pierden de pronto el sincronismo y se disparan sin el contrapeso correspondiente.

Vives días miserables. Las imágenes rondan sin tregua. Te obsesiona el recuerdo de aquella mendiga que aterrizaba a las buenas gentes en los paseos públicos. Toda ella era un temblor furioso y desatentado, la saliva colgando en largos hilos viscosos, la lengua un trémulo pez moribundo dando veloces coletazos contra los labios aleteantes, la pobre mano pedigüeña bailoteando en el vacío.

Identificas tu porvenir con la actualidad de la desdichada.

El terror te sopla hielo en los huesos.

Sobreviene, lentamente, el reflujo. Te acostumbras al medicamento y, más que a la enfermedad, a la idea de la enfermedad. Vuelves al cigarrillo, al cafecito, a la copa cordial. El médico te estimula: "Estás mejor, ¿qué te crees?, no seas aprensivo, échate esas ideas a la espalda".

Un día cualquiera descubres con asombro infantil que tu escritura adquiere seguridad, no la de antes, es cierto, pero sí la suficiente para darte un vago atisbo de recuperación.

Y sin embargo no consigues alegrarte. Algo te muer-

de adentro, un dolor difuso y porfiado, tenaz, recóndito, un dolor sin edad, un dolor como de remordimientos, como de soledad, como de nada, un dolor que te cansa y te hastía porque no sabes en realidad dónde te quema.

A veces quisieras huir. No te decides.

No podrías regresar.

Detrás de las máscaras

ADENTRO DE la señorita Purísima, en una frontera muy lejana, muy imprecisa, bosteza y ruge la leoparda. El bostezo emerge en una lenta, en una felina dejadez bajo la cual arden los deseos. El rugido se escurre en sonrisas tipográficas, metálicas, de antimonio forjado. Ella, la señorita Purísima, parece ser, y lo es, una muchacha muy hermosa, fina, de ojos claros y cabellos del color de la miel. Pero es también una leoparda. Sensual. Melancólica. Feroz.

Ahora, encerrada en su cabina de vidrio, registra atentamente los trinos del reloj de control. Uno, ocho, catorce, veinte... ¡Veinte! Se sobresalta. Han entrado todas las mujeres, hasta esa descarada de la Amelia. Hoy es miércoles y recién aparece; ya verás, conmigo no se juega, no tolero inmundicias, raza inferior, detrás de los machos como perras. Buenos días, don Marcos, cómo amaneció la señora, no, no hay novedades, conviene despedir a la Amelia, es elemento pernicioso, de malas costumbres, el domingo la vi con un individuo en el parque, adherida al hombre como una ventosa, faltó lunes y martes, ¿la botamos?

—¡Bótela!

Dos bestias se agazapan en ciertos misteriosos cubiles dentro de don Marcos. Un vampiro que aletea famélico detrás de las pupilas. Una sanguijuela que se retuerce en la garganta. El hombre, sonriente y meloso cuando algo desea conseguir, frío y despótico cuando algo le piden, ig-

nora la existencia de las alimañas. Se asombraría hasta la muerte si alguien le gritara ¡vampiro! o ¡sanguijuela! No, él es un caballero, un sujeto emprendedor. Pero... elude los impuestos, estruja a las obreras, estafa a los empleados. Hasta la incondicional leoparda, que también desconoce su fiera al acecho, es ordeñada por el vampiro astuta y metódicamente.

—Hágame el favor, don Nazareno, estos giros, éste y éste, y este otro, y aquél, cárguelos a gastos generales, fletes, o viáticos, o comisiones, lo mismo da. No podemos permitir que el fisco se lleve nuestro sudor, que esos burócratas nos desuellen vivos. Debemos defendernos de alguna manera, sí, sí, de alguna manera.

Don Nazareno, el cajero de la oficina (alma de zorro, cara de grajo), asiente moviendo las cejas en bruscos desplazamientos. El grajo emite en sordina graznidos aprobatorios. El zorro se dispara en enconado soliloquio. ("¿Qué es eso de no podemos, y debemos, sí, sí, debemos?... Ah, solapado ladrón, a mí no me engañas; ten mucho cuidado, desangras a medio mundo, ya te llegará la hora... No podemos, debemos..., ¿es acaso también mía tu fábrica? Nuestro sudor, ¿has sudado alguna vez?, sí, has sudado, pura avaricia, y sarna, y roña...")

El viejo pronuncia una sola palabra:

—¡Correcto!

Y al escuchar un toque de nudillos:

—¡Adelante!

Alguien empuja tímidamente la puerta. En el vano se asoma la figura esmirriada de Plutarco. Su mano derecha aparece envuelta en una venda ensangrentada. Don Marcos se encoge, tenso, presto a defenderse de no sabe qué oscuro peligro.

—¿Qué pasa?

—El resumidero que me ordenó limpiar estaba lleno

de vidrios rotos y barro podrido. Me corté el dedo del corazón, una herida profunda.

—¡Torpe! ¡Vete a que te hagan una curación en la farmacia de la esquina!

—La herida es grande, patrón. Mándeme al hospital más mejor.

—No tengo seguros contra accidentes. No quiero que me saquen multas. Que te curen en la farmacia.

Plutarco no contesta. Ni se mueve. Sólo un fugaz relámpago en las pupilas llamea la rebelión. Don Marcos intuye la irreverencia. El vampiro aletea.

—¿No entiendes? ¡Vete a la farmacia!

Plutarco abandona silenciosamente la oficina.

—¿Se da cuenta, don Nazareno, la insolencia de estos *verdejos*? A poco más y se me sientan encima. No, no... El *roto* es hijo del rigor. Veamos, ¿qué antigüedad tiene este individuo en la firma?

El viejo revuelve papeles, verifica datos, fechas.

—Correcto, sí, veinticinco años.

—¿Cómo?

—Cuando su padre de usted, que en paz descansa, compró esta fábrica, hace ya esos tantos años, tomó a Plutarco de repartidor. Era apenas un niño, no tenía un pelo de lesa, pero como yo, como tantos, nació para ser mandado.

Acaso por primera vez don Marcos observa con curiosidad al cajero. Canoso, pulcramente rasuradas las mejillas rugosas, los hombros estrechos, el pecho hundido, don Nazareno se proyecta en una pancilla grotesca que pareciera no pertenecerle. Don Marcos lo heredó junto con la fábrica. Una máquina más. Un mecanismo en apariencias sin voluntad y sin anhelos, de sentimientos subyacentes, atomizados. En apariencia tan sólo. Junto a la apatía disolvente fermentan vagos rencores, un odio soterrado, vigilante.

—¿Cómo está su familia, don Nazareno?

El viejo antes de contestar mira nostálgicamente hacia la calle, a través de los grandes ventanales. La mirada añorante se endurece al chocar contra el lujoso automóvil estacionado a la salida. Unos hombros se encogen.

—No tengo familia.

—Oh, qué sensible. ¿Vive solo, entonces?

—Sí. Vivo solo.

El viejo coge unos papeles y los revuelve con obstinación. Don Marcos se arrellana en el sillón del enorme escritorio y revisa con gran cuidado al parecer un cartapacio preñado de documentos. Pero no logra fijar la atención en las columnas de guarismos. Acostumbrado a dominar sin contrapeso, le molesta la actitud taimada del viejo. Disimula el malestar y procura no forzar la confidencia.

—Ahora recuerdo, han pasado tantos años; cuando mi padre compró la fábrica venía en busca suya por las tardes un niño de más o menos mi edad. Siempre creí que era su hijo. Yo por entonces estudiaba; de repente dejé de verlo, lo olvidé.

—Vivo solo.

—(“¡Y a mí qué me importa, viejo idiota!”) Ah, es una pena. Aunque a veces, sí, a veces, casi es preferible esa soledad.

El vampiro se adormece, la sanguijuela retrocede. Don Marcos de pronto se inunda de piedad por sí mismo; cuánto sacrificio para mantener y acrecentar la herencia, cuántas privaciones estériles, ¿de qué sirve llegar a rico si tu hijo único salió malo de la cabeza? Si tan sólo hubieras estudiado leyes, Darío. Un picapleitos siquiera. No. Prefieres la trasnochada, la cerveza plebeya, con tus poetas y tus pintorzuelos. Malditos chascones. Se bañaran siquiera.

Desde ciertas zonas interiores llega filtrado por los muros el traqueteo de los telares. En la oficinilla próxima,

la del contador, el picoteo de las máquinas de escribir, terco, monorrímo, resalta fastidiosamente.

Don Marcos suspira. Se recupera. "Soy un empresario, un hombre de acción, no soy un sentimental. El que nace tarado, aunque sea mi hijo, que se joda". Procura ahondar en los sentimientos del cajero. Lo que el viejo pudiera decir, o sentir, o pensar, no encierra para él valor alguno. Y sin embargo insiste, apremiado por una impaciencia de piel adentro, por un afán de dominio casi infantil.

—Y usted, don Nazareno, ¿cuál es su antigüedad?

—("¿Y qué te puede interesar, granuja?") Desde mil novecientos catorce, yo tenía entonces veintidós, hasta mil novecientos cincuenta y cuatro van cuarenta años. Sí, correcto, cuarenta.

—¿Cuarenta?

—Correcto. Cuarenta. Desde que se instaló la fábrica.

—¿Cómo pasan los años? Don Nazareno, ya es tiempo de que jubile, de que descanse.

El viejo nada contesta. Suspira. ("Un rayo te parta, mal bribón. Jubilar. Sí. Cuando me aumentes el sueldo".)

—Tengo que estudiar el asunto. —Y ante otro toque de nudillos—: ¡Adelante!

Un rastro en las dunas

(“¡HE PERDIDO mis ojos! ¡Mis ojos! ¡Qué espanto, he perdido mis ojos! ¡Hace un momento estaban ahí, detrás, en ese espejo turbio, y me miraban, me miraban fijamente! ¡Ahora nada veo, hundido en estas tinieblas horribles! ¡He perdido mis ojos! ¡He perdido...!”

El porfiado repiqueteo del despertador me extrae bruscamente de la pesadilla. La mano de Rufino sale de la sombra y oprime el botón. Cesa el tañido. El reloj marca las cinco de la mañana.

La ventanilla difunde la claridad opalescente del amanecer. El lecho, los trastos míseros, los muros pringosos, aparecen como esfumados en esa vislumbre espantable. Un escalofrío me sacude desde el pelo hasta los zapatos. Con mano temblorosa me echo al coleteo un gran vaso de vino. Y vuelvo a acomodarme en el sillón desvencijado donde pasé la noche.

Emergiendo del rincón oscuro asoman las piernas desnudas de Rufino. Un ágil impulso lo sienta en el borde del lecho. “No bebas en ayunas, te vas a emborrachar; espera, vamos a comer algo”. “¿Comer, a estas horas, y dónde?” “Cómo se ve que no conoces la ciudad; ya me levanto, vamos al Matadero; existe por ahí en los alrededores un figón que abre de madrugada”.

Antes que el hombre se ponga de pie, la *Giganta* lo

coge desde atrás por el cuello y le susurra tiernamente con voz atiplada y estropajosa: "¿No es cierto, mi hijito, que yo soy una *señorita*?"

Brillan en la penumbra los dientes de Rufino. Con ágil esguince se desprende de la mujer, y guiñándome el ojo la tranquiliza con una muy sentenciosa para ser convincente gravedad:

—Eso yo lo he dicho toda la vida, toda la vida y diez años más, Benedicta. Una dama verdadera, puedes creerlo.

La *Giganta*, vencida por el sueño y el alcohol, pestañea con gran esfuerzo. La cruza fugazmente el esbozo de una sonrisa. Le blanquean por último los ojos y se desploma sobre las almohadas. Al cabo de un instante sus ronquidos alternan rítmicamente con los rezongos del somier.

Bajamos por la calle lodosa hacia una lejana hondonada en donde brillan luces. Rufino mete un pie en el barro, y maldice. Yo voy muy precavido por la solera resbaladiza. ¿En qué mes estamos, en qué día? Es octubre, sí, es octubre. Lo advierto en el aroma tibio de las acacias y de las madreselvas. Ha llovido, ciertamente. Pero la primavera es a veces, o casi siempre, veleidosa en el sur. Algo me preocupa, sin embargo, una opresión tenaz y solapada, y taciturna.

En algún lugar cruzamos una línea férrea. Los rieles bruñidos por el roce innumerable relucen tensos y amenazantes.

Orillamos una charca de aguas pútridas, unas casas siniestras, y entramos al merendero. A lo largo de un mesón siéntanse a lo menos una docena de individuos, comiendo asaduras, bebiendo vino en grandes jarras. Hay humo en el aire, un humo denso pero no asfixiante. Y un olor plural que incita, un olor agridulce, verdiseco, a cebollas partidas, a vinagre, a orégano, a tabaco, a carne tostada, a sangre fresca.

La llegada de Rufino promueve ruidosas manifesta-

ciones. Lo llaman desde todas partes, y en todas esas partes bebe con los amigos. Me ha olvidado al parecer. Registro de repente la causa de mi inquietud. En el cuarto de la *Giganta* dejé la carpeta con los cartones y los lápices.

Rufino me descubre por segunda vez en esa noche que termina. ¿Quién es Rufino? ¿Y qué sé yo? ¿Por qué no le preguntan a otro? Apenas si hace algunas horas que lo conozco, desde ayer por la tarde, en ese bar frente a la estación. Ofrecía mis destrezas (soy dibujante al minuto, así me gano por ahora el sustento) a los parroquianos, cuando Rufino me llamó. Busqué el ángulo adecuado y sobre el cartón tiré velozmente los trazos de sanguina. Rufino, a medias embriagado, contempló con morosa atención el bosquejo.

—Parezco tigre —dijo por fin, y pasándome su copa—: mándate un *cañonazo*...

Iniciamos un largo peregrinaje por bares y tabernas. Pasada la medianoche Rufino me llevó a casa de la *Giganta*. Ahora, mientras el sol del nuevo día se quiebra en ciertos ángulos, en ciertas cornisas y voladizos, y su reflejo diluye en tonos lívidos los rostros de los trasnochadores, Rufino me presenta con grandes aspavientos: "Camaradas, tengo el honor de anunciar la presencia entre nosotros de..., vaya, cosa curiosa, ignoro tu nombre, ¿cómo te llamas?" Digo lo primero que se me viene a la cabeza:

—*Bucéfalo*.

—Ah, Búfalo... Buffalo Bill, un gran artista, un muchacho excelente.

Doy la mano a los más próximos. El flaco de anteojos rehúye ostensiblemente el saludo. Usa bigote, un bigote corto, ancho, insolente, un bigote dictatorial. Y espeta a ladridos entrecortados:

—¡Me cargan los artistas! ¡Y sépase bien, no soy camarada de nadie!

Pese al tono beligerante, las palabras se amortiguan en el corro soñoliento. Rufino coge la provocación.

—¿Eh?... ¿Y qué demonios es usted? ¡No lo conozco!

—No me interesa. No, no es eso, es mejor que lo vaya sabiendo; soy jefe de Departamento en la Caja de Previsión. Un funcionario. ¿Entiende? Un funcionario.

El ceño de Rufino se suelta en gesto socarrón.

—Yo crío chanchos. Y se adivina a la legua que usted es radical.

—¡No, señor! ¡No soy radical! ¡Qué se imagina! Pertenezco, y a mucha honra, al Partido Liberal, al partido de la gente decente, al único partido que en este país tiene las soluciones para todos los problemas.

—Ah, ¿y qué me puede decir de las putas?

—¿Las putas? Pues, son necesarias, es un mal necesario, ¿qué haríamos sin ellas nosotros los jóvenes? La pureza de nuestras novias correría serio peligro. Sí, un mal necesario...

—Pongamos por caso que su hermana fuera puta...

El corro se agita. Muchos miran con enfado. Mástico lentamente mi pedazo de carne. El bigotudo chilla:

—¡No me toque a mi hermana! ¡No me la ensucie!

Rufino suelta un eructo estrepitoso. Los presentes ríen. Se quiebra la tensión. "Apura, Bisonte, come luego tu asado, son las ocho y el sol tan alto; vamos a la casa de mi prima, apura".)

POR EL batiente entreabierto aparece la pelambreira llameante de la Juana *Calcopirita*. Flaca, pecosa, rojiza, la aplasta un aire de zorra acosada. No levanta los ojos. Los labios le tiemblan al musitar el ruego:

—Patrón, adelánteme la semana, estoy tan *encalillada*.

El vampiro suelta un aletazo.

—Contigo quería hablar. Me dijeron que ayer, a la salida, llevabas un paquete bajo la blusa. No quisiste mostrarlo a la señorita Purísima. Es más, te arrancaste corriendo. ¿Cuántas madejas eran?

—¡Cómo se le ocurre, patrón!

Don Marcos se enfurece. El tono se alza iracundo.

—¿Cuántas eran?

La mujeruca, dominada por el pánico, no acierta a expresarse. Traga saliva a grandes espasmos. El cajero, precavido, se distancia ante el vómito que parece inminente.

Don Marcos sube al paroxismo.

—¡Ladrones! ¡Todos son unos ladrones! ¡Nadie vigila! ¡Nadie cuida, sólo yo, yo no más! ¡Terminarán por arruinarme!... ¿Llevabas o no llevabas ese paquete? ¡Contesta, maldita!

En la oficina contingua cesa el tecleo de las máquinas de escribir. Don Marcos rompe el repentino silencio con

una frase que se le antoja solemne, con una sentencia que se le ocurre magnánima e inapelable a la vez.

—¡Quedas despedida! ¡Y agradece que no te denuncie!

La mujer trueca sin transición la angustia temblorosa por una humilde aunque terca voluntad defensiva.

—Usted es el dueño y está en su mano hacerlo. Sería una injusticia. Sí, es cierto, llevaba un paquete, pero no con lo que usted cree. Eran, me da vergüenza decirlo, por eso me arranqué, eran... chicharrones de chancho.

—¿De dónde los sacaste?

—Doña María Gamonal, ella trae a veces y los vende muy baratos... No me quite el pan, patroncito.

Don Marcos medita. La mujer espera, anhelosa.

—Veremos. Vuelve a tu puesto.

Don Marcos revisa papeles. Luego, abre la gran caja de caudales. Coge un estuche de raso y extrae un anillo que desliza en un meñique. Voltea la mano una y otra vez. La luz del día se rompe en resplandores mágicos, en centelleos vivísimos, en un chisperío deslumbrante y multicolor.

—Vea, don Nazareno.

El cajero observa con atención la joya y la mano, esa mano fofa, blanquecina, sembrada de pecas. De las cejas enarcadas del viejo cuelga hosco interrogante. Don Marcos explica con deleite:

—Dos brillantes en engaste de platino. ¡Carísimo! Mañana es el cumpleaños de la señora, las joyas la enloquecen.

—(“¿Quién roba a quién, chinche insaciable?”) Muy lindo el anillito. Y ¿qué hacemos con esa obrera?

—Ah, no puedo dejarla, hay que cortar de raíz el mal ejemplo. ¡Líquídela!

—¿Y si hubiera dicho la verdad? Se corre el riesgo de cometer una injusticia...

—Mire, don Nazareno, por experiencia creo que el obrero es díscolo y malintencionado, y encima azuzado

por la prédica de tanto demagogo. Prefiero ser injusto antes de permitir que se burlen de mi buena fe.

El cajero se encoge de hombros en gesto de resignación.

—Si usted lo dispone así... Pero yo interrogaría a la Gamonal.

—No sea inocente, don Nazareno. Ya se habrán puesto de acuerdo para meterme el gol. En fin, para tranquilidad de su espíritu, llámela.

La María Gamonal es la más diestra tejedora de la fábrica. Ello le ha significado el respeto de las compañeras y una altiva conciencia en la dignidad de su artesanía. Chata, robusta, treintañera, desplaza una estampa imperturbable, vagamente irónica.

Don Marcos pregunta con discreción, apuntalando el interrogatorio con un aire de reproche y de asombro a todas luces postizo:

—¿Es verdad que usted trae chicharrones de chanco y los vende al personal?

La mujer mira directamente a los ojos y contesta con calma:

—Traigo, sí. A veces los vendo. Otras, los regalo.

El tono reposado de la mujer despierta en el hombre punzante malestar. Inquieta con acritud.

—¿Y quién la autorizó?

—Nadie. Pero nadie me lo había privado.

—¡Yo se lo prohíbo! ¡No me traiga más tales porque-rías! ¿Cómo era el paquete que le vendió a su compañera?

—¿Cómo? No entiendo.

—Quiero decir, ¿de qué tamaño?

—¡Así!

Y en actitud de profunda candidez estira la mano, la palma hacia arriba, ahuecada, y le imprime acompasado vaivén como sopesando cierta prodigiosa fruta obscena.

La firme, la dura seguridad de don Marcos, cruje y se

agrieta. No logra ajustar la impudicia de esa mano procaz y el aire de límpida inocencia que trasciende el rostro de la mujer. No concibe que una obrera infeliz se permita la insolencia de colocarlo al borde del ridículo. Pero también se da cuenta de que no dispone de argumentos valederos para asumir el papel olímpico que le corresponde. Y de pronto siente un calor incontenible que le sollama la cara desde la papada hasta la nuca.

—¡Basta! ¡Retírese!

Por dentro de don Nazareno, el grajo y el zorro ríen a grandes carcajadas silenciosas. Por fuera, los ojos taimados miran al sesgo.

Los mofletes de don Marcos pasan del rojo de beta-rraga al verdoso de hongo. Necesita hacer algo. Marca nerviosamente un número en el teléfono. Ocupado. El auricular cae con violencia sobre la horquilla. La vibración se prolonga en un temblor opaco.

La voz del viejo suena descolorida.

—¿Y qué hacemos con esa obrera?

Don Marcos atisba la brecha por donde escapar con la frente limpia. Deliberadamente demora la respuesta. La decisión será magnánima, como corresponde a un empresario con *sensibilidad social*. Pero debe causar la impresión de un fallo madurado en la pugna prolija de antecedentes contradictorios. Sólo así podrá sosegar el orgullo herido, y dar y tener, sobre todo dar, la sensación de una victoria aplastante.

—No acostumbro volver sobre mis pasos. Esa mujer está despedida. Pero tampoco soy hombre capaz de quitar el pan a nadie... ¡Converse con ella y díglele, como cosa suya, que venga a pedirme perdón! Sería la única manera de conservar el puesto.

Sale con paso altanero, cruza el hall y penetra en la jaula de la leoparda. El ruido de los telares ensordece. A través de los ventanales se abarcan el amplio taller y el

revuelo de brazos que llevan y traen los carros dentados mientras las bobinas giran vertiginosamente. El polvillo de lana flota en el aire como una bruma translúcida. Las mujeres tosen.

—Parece que tendremos conflicto —dice la señorita Purísima—. Hace un momento despedí a la Amelia. Me faltó el respeto, soltó una cantidad de barbaridades; por último amenazó con una queja ante la Inspección del Trabajo.

—¿Faltó dos días sin aviso? ¡Más que suficiente para echarla! Las imposiciones están dentro de la ley, no hay temor. ¡Corte no más!... ¿Qué le parece el regalito que le compré a la señora?

Los diamantes estallan otra vez sus fríos fulgores. La leoparda lanza chillidos de entusiasmo.

—¡Pero qué maravilla! ¡Qué buen gusto! ¿Lo sabe la señora? ¿No? ¡Cómo va a estar de feliz!

—¡Ya lo creo! ¡Con lo que me costó!... Otra cosa, Purísima. Don Nazareno lleva cuarenta años en la fábrica. No ha hecho gran cosa, pero vamos a organizarle un homenaje para estimular al personal, una buena comida con invitados especiales; lo que cueste, el gasto lo cargaremos al rubro "propaganda".

Por entre el mujerío que se afana en la tarea bajo la mirada fulminante de la leoparda, cruza un mancebo de brazos desnudos. Va cogiendo en cada telar las piezas terminadas. Sus movimientos son rítmicos, felinos. Bajo la piel levemente tostada los bíceps poderosos juegan armoniosamente en suertes sucesivas de relajamiento y de tensión.

La leoparda lo mira, hipnotizada. Suspira. Y siente en el bajo vientre algo así como un desmayo doloroso.

(“DE ENTRE el pedregal cuarzoso y azulenco que lastra los durmientes cojo el trozo de hulla. La luz del sol cae oblicua sobre la piedra oscura y se rompe en los planos lustrosos, en los filos crueles, en los ángulos múltiples que deforman la obstinada simetría.

Pero ¿dónde estoy? ¿Quién toca esa campana? El tiempo ha perdido su cadencia. Todo se confunde y se oscurece. ¿Soy un viejo? ¿Soy un niño? Debo ser un niño, porque ahí viene el tren carbonero, trepidando, volcando sobre la barriada ribereña un hollín apestoso que el viento del río disgrega con rapidez.

Acostumbrado a la pasada veloz del convoy, logro ver nítidamente las ágiles maniobras del *Birraña* y del *Gaviota* lanzando por la borda de uno de los carros granizadas de carbón de piedra. A lo largo de la vía negrea el reguero.

Aguardo pacientemente. Algo más allá, al doblar la curva, el tren disminuye la marcha. En el instante preciso mis camaradas saltan. Es ejercicio en extremo peligroso. A menudo ruedan en volteretas increíbles. Se levantan magullados, enterrados. A veces, sangrando. Cuando no, riendo.

Corren ahora hacia mi encuentro. El *Birraña* dice con jadeante alborozo: “Tuvimos suerte, *Ratón*, les hicimos el quite a los guardias; ¿dónde dejaste los sacos?”.

—Donde el *Paja* están, detrás de las cubas.

Vamos en busca de las bolsas. El *Gaviota* camina, y así siempre, taciturno. Va como si aleteara, moviendo los brazos en cierto cómico descompás con el resto del cuerpo. Como si las piernas se le fueran por delante, andando solas.

Así es el *Gaviota*.

Recostado contra el muro de la bodega, cerca de la puerta, Judas *Palote*, un vagabundo de enmarañadas barbas rojas, duerme la borrachera. Cada uno de sus pelos es un hirsuto estambrillo de cobre. Por la bastilla deshilachada del pantalón asoma terca y amenazante la pata de palo. Alrededor se esparcen algunas cebollas cubiertas de tierra.

Judas nos ayuda en el acarreo de los sacos llenos. Ahora no podemos contar con él. El *Gaviota* recoge las cebollas y las amontona junto al borracho. Luego, espanta las moscas que bullen por ese rostro encendido. El *Birraña* dice: "Otra vez curado este cojo del diablo". Y larga un salivazo.

Somos *perreros*. Robamos carbón. A veces nos sorprenden los guardianes y nos apalean con brutalidad. Un oficio detestable. Pero es peor el hambre que muerde quemando la boca del estómago.

De cuando en cuando, las mismas gentes que compran a precio de estafa el carbón robado nos encargan quehaceres menudos. "Saquen aquel pasto." "Quemen esas basuras." "Laven estas pipas." Pagan una miseria. El dinero se gasta de inmediato. Una merluza, un cuarto de chicharrones, un kilo de pan. A las perdidas nos alcanza también para un algo de queso, o de longaniza, o una lata de sardinas. Pero nosotros no comemos tales finuras. Las reservamos para el viejo. ¿Quién es ese viejo? Don Octavio, pues, el padre de mis amigos, el hombre que perdió la memoria. Con él vivimos, en esa casa remendada que asienta sus cuatro altas patas temblequeantes en el lecho del río y se une al cantil arenoso de la ribera por un puentecillo de tabloncillos sueltos. Ahí está, desde hace más de dos años, en su cuarto oscuro, la mente oscura, los recuerdos perdidos. Ha clausurado con parches de papel cuanta rendija pudiera

traslucir alguna vislumbre. Sólo enciende la vela de sebo cuando los muchachos le llevan comida o le asean el cuarto. El resto del tiempo permanece en tinieblas. Y en silencio. Un silencio de sepulcro, roto a veces por una palabra, una sola, repetida hasta la desesperación: "Hermana, hermana"...

El *Birraña* es irritable. "Por borracho le entró la loquera", dice. El *Gaviota* arquea las cejas en gesto de duda: "Quizás, en parte pudiera ser, no te olvides de la muerte de la mamá, y de cuando lo cortaron en la fábrica; el viejo ha sido bueno, nos hizo la casa".

—¡Así será! ¡Jamás me arrimaré al vino!

—¡Ni yo!

—¡Ni yo!

Tales afirmaciones no significan que no conozcamos la mayoría de las bodegas y clandestinos que infestan el arrabal. El *Paja*, la *Vieja Negra*, la *Buenamoza*, la *Pajarito*, el *Paso Hondo*, el *Huaso de las Peras*. Este último es un enano pardo, motudo. Bajo el mismo techo vive con dos mujeres y un sartal de críos. Cuando el pigmeo se emborracha, se transforma en un demonio agresivo y porfiado. Las dos mujeres se confabulan entonces y lo tranquilizan a punta de garrotazos.

Así corre la vida, dura y envolvente, arisca, miserable. No me fue concedido elegir otra.

Pero también existe alguna claridad. Al lado de nuestra habitación, parada en sus patas de grulla sobre la cuenca arenosa del río, la casa del vecino Almendras se sostiene apenas. El viento la hace crujir. Y la lluvia. El vecino vive solo. Es uno de los testigos de Jehová. Compra y vende ropa usada. Va y viene, con su maletita ventruda. Recibe con mansedumbre las pullas de los borrachos. "¿A cómo el kilo de piojos, maestro?" En las tardes apacibles predica por las esquinas, una Biblia en la mano, en un monólogo de grandes aspavientos y tonos gangosos cargados de

sentencias y admoniciones. Nadie le atiende, sólo yo, y a veces me aburre.

Judas *Palote* se detiene en cierta oportunidad a escuchar el sermón, la mirada gacha, el gesto contrito. El vecino Almendras, sin abandonar el severo vigor del discurso, lo observa atentamente con el rabillo del ojo. Corta de repente la prédica y se le aproxima compasivo. El cojo no alza los párpados. Está llorando. Algo viscoso le chorrea por las barbas, mocos, y lágrimas, y sudor, todo junto, algo que atrae a las moscas y a los tábanos. El predicador saca el pañuelo y enjuga la pelambarrera enmarañada. Un contento íntimo le trasciende el pensamiento. Un cordero más para el Señor. Un arrepentido. Un bienaventurado. De ellos es el Reino de los Cielos.

El *Palote* se deja estar. Permanece clavado en el sitio, firme como una estaca. Como si la pata de palo hubiera echado milagrosamente raíces. Cesa el llanto. La palabra del predicador es ahora un susurro confidencial, un secreto convincente. "El Señor te ha tocado con su Gracia, hermano Judas. Vamos al Culto."

Los dos hombres echan a andar cogidos del brazo. La contera metálica de la pata de palo levanta a cada tranco leves ráfagas de polvo. Me les pongo a la zaga y los tres penetramos en el templo humilde.

Una sala escueta. Muros desnudos, sin figuras ni sentencias. Hacia el fondo, la plataforma del pastor. Las bancas para los fieles se disponen paralelas, dejando un pasillo central. Hay ya mucha gente sentada, grave, solemne. Pero aún no empieza el oficio. El pastor, quieto en su silla, los ojos entrecerrados, medita. O dormita. O ambas cosas a la vez. Afuera, un sol en ascuas. Adentro, una frescura que parece ahondar la devoción de los asistentes, a los cuales en su mayoría conozco.

Nos sentamos en la última fila. El vecino Almendras no abandona el aire de iluminado. Judas *Palote*, asombrado, confuso, mira el alrededor con ojos de pasmo.

El pastor empieza a hablar. Comenta el sacrificio de Isaac, celebra la obediencia del patriarca implacable, exalta el milagro de la zarza en llamas y su voz de fuego. El tiempo se detiene, vuelve sobre su rastro, refluye. Pero el reflujó llega hasta cierta grieta, hasta cierto hosco acantilado, y allí revienta, desmenuzándose. Nada logra fraguar. Las imágenes se fugan o se disuelven. El pasado se me aparece muy remoto, casi inexistente. Sólo como una gran mancha gris en donde estallan fugaces puntos de luz.

El pastor termina. Vuelvo de golpe a la realidad. La multitud se agita. Muchos extraen de sus bolsillos libretas de tapas negras. "Ahora, amados, vamos a cantar. Abran los himnarios en la página..." Pónense de pie los asistentes. Crujen las hojas de las libretas. Una voz repentina paraliza los movimientos, una voz quebrada, pringosa:

—¡Un momento!

Es Judas *Palote*. Lo miran con asombro. El pastor inquiere, cauteloso:

—¿Qué desea el hermano?

Judas, los ojos puestos en el cielo, el gesto extático, el aire devoto, farfulla la petición mordiéndose los pelos de la barba:

—Yo podría dirigir el coro...

El pastor accede tras brevísima perplejidad, apoyado al parecer por las miradas de asentimiento de la concurrencia.

Judas cambia bruscamente de expresión. La dulcedumbre piadosa de las pupilas se trueca en fulgores diabólicos. Una racha de pánico cruza por la sala. Judas levanta los brazos. Un suspenso angustioso corta los resuellos. El cojo abate de golpe los brazos y rompe a cantar:

*¡Adiós, muchachos, compañeros de mi vida,
barra querida de aquellos tiempos!...*

La pata de palo golpea con suavidad el piso y acom-

pañá rítmicamente a ese canto desafinado y trapajoso. La consternación cunde entre los feligreses. Muchos ojos llamean. Muchos puños se crispan. Sólo Judas aparece inmutable.

*¡Se terminaron para mí todas las farras,
mi cuerpo enfermo no resiste más!...*

Un mandato imperioso impone súbito sosiego: "¡Silencio!" Es el pastor. Judas calla, desconcertado. Y la voz, admonitiva, resonante:

—Un pecador contumaz, amados, ha querido profanar nuestro templo. Tiene ojos y no ve. Tiene orejas y no escucha. ¡Sáquenlo para afuera!

Sin rudeza pero con vigor, Judas es empujado hacia la salida. El vecino Almendras lo compadece: "Que el Señor te ilumine..."

Ya en la calle, Judas vuelve a llorar. Acaso sea el sol que injuria las conjuntivas irritadas. La soledad o el desamparo que ronda, acaso. Existe un consuelo. Muy próximo. Las cubas del *Paja*, esos toneles de amorosos vientres curvos.

Pero las luces son otras. Otras las tinieblas.

Cuando nuestros harapos adquieren ofensiva impudicia y los pellejos se muestran sin recato posible, el vecino Almendras escarba en su ropavejería y nos regala cual chaquetilla, cual pantalón. Hasta zapatos. Nosotros retribuimos con hulla menuda, de esa que no nos compran, de esa que usamos para cocer nuestro alimento.

A veces el vecino abandona las correrías y permanece en su habitación, en silencio, puerta y ventana cerradas. Sólo delata su presencia el pertinaz penacho de humo que escapa por el tubo de lata del fogón. Lo acompaña entonces. Y observo, maravilla de maravillas, cómo el viejo desgasta con el pincel mojado los lingotes de acuarela. Sobre el boceto que apenas se insinúa cae el color, vivo, caliente, lumi-

noso. Se encienden las mariposas, los pavos reales, ciertos extraños pájaros de plumaje dorado. Algo inefable me trasciende, una añoranza tierna y melancólica, unos vagos recuerdos que se despedazan y se reconstruyen en incesante pulsación.

El vecino Almendras no me permite tocar las pinturas. "Las acuarelas son muy celosas, deben estar limpiécitas, las unas con las otras se manchan. Hay que cuidarlas como si fueran doncellas." Y alguna vez, mientras dibuja: "La cabeza tiene la séptima mitad de la largura completa del cuerpo, o sea, desde la coronilla hasta los calcañares. Las piernas, la media mitad entre las verijas y los calcañares. Los brazos, otra media mitad entre el hombro y la punta de las uñas. Esas son las proporciones. No hay por dónde perderse. Caso contrario, te sale un mamarracho".

Prefiero las mariposas, los pájaros de oro. Los hombres del vecino se acomodan con tiesura, no respiran, son figuras de madera. No logran el gesto libre, el escorzo palpitante, la sensación de espacio. Son entes rígidos, petrificados. No me inspiran respeto ni entusiasmo. Yo los dibujo con mayor soltura.

El vecino Almendras posee otros tesoros, "El castillo maldito" y "María el hada del bosque", dos novelas larguísimas, descosidas, a las que faltan los cuadernillos finales. Las leo. Las vuelvo a leer. Ignoraré para siempre el desenlace. Podría imaginarlo, es cierto. Mas ¿para qué? No conseguiría modificar esas sendas truncas, esos caminos inconclusos, esa escalera en descenso que lleva al pie del muro donde agoniza la esperanza.

Ahora llueve. Desde hace tres días. Sin cesar.

Tirados en el camastro, mordidos por la fiebre, trémulos, delirantes, mis dos amigos se defienden malamente de la gripe. No tenemos ni un centavo. Pero ahí, en ese rincón, guardo medio saco de hulla. Apenas escampe, o el aguacero aminore la furia, saldré a vender el carbón para comprar algún alimento y alguna medicina.

Por la vereda lodosa subo penosamente hacia la avenida con mi carga a cuestas. Muy pronto la llovizna se difunde a través de las ropas que se me adhieren desagradablemente a la piel. Voy descalzo, chapoteando en el barro. Un fino velo de agua cubre las perspectivas. Las calles aparecen desiertas. Arriba, en el plan, los automóviles corren a velocidad fulgurante disparando en rachas compactas el agua de las cunetas.

La llovizna fluye sin tregua, sin violencia. Invasora.

Al doblar la esquina me atrapa el policía.

El tirón me hace trastabillar. Suelto el saco.

—¿Qué llevas ahí?

El pánico me cierra los labios. Quisiera explicar algunas cosas, la enfermedad de mis amigos, la vida miserable, los días sin pan. Nada. No puedo articular ni una sola palabra. Debo contraer los músculos para retener los orines que pugnan por escurrirse. El hombre, inquisitivo, fija en mí la mirada de buitre. Ante mi silencio, se inclina y revisa el contenido del saco. Suelta un silbido lánguido y protervo.

—¡Agarra el bulto y sígueme!

Detiene un bus. Muestra una placa y trepamos sin pagar. Descendemos en alguna parte, vamos por ciertas calles, doblamos en cierta esquina. Y entramos a una casona que ostenta lúgubre plancha de bronce: "Prefectura de Investigaciones".

Dejo sobre el piso el saco chorreante. El hombre del pupitre abre un cartapacio y se dispone a escribir.

—*Perrero* —informa el policía—. Lo agarré con las manos en la masa.

—¿Nombre?

Un vago instinto de defensa me induce al embaucamiento. Suelto un nombre cualquiera.

—Martín Lisboa.

—¿Edad?

—Catorce años.

—¿Domicilio?

—Población Costanera. La calle no tiene nombre.

El escribiente garrapatea aprisa. No se escuchan sino los arañazos de la pluma sobre el papel y el rumor lejano de la lluvia que arrecia. El hombre termina el parte y lo relee en silencio, con regodeo, moviendo los labios. Después me observa. Creo atisbar en su mirada un destello de compasión. Habla despaciosamente: "¿Qué vamos a hacer con este *pelusa*? Hoy es sábado. Sólo el lunes lo verá el juez. Cabrito, te vas a morir de hambre. Deja el saco en ese rincón". Y se encoge de hombros.

Otro policía, hosco, rudo, me encierra en el calabozo. El agrio deslizamiento de los metales del cerrojo me hunde en la zozobra. Desde el cielo raso cae la luz precaria de la bombilla encerrada en su cesta de alambre. Me habitúo pronto a la penumbra. Estoy solo en esa cuadra inhóspita. Diviso por los rincones cantidades de paja suelta. Calculo la hora. Deben ser las cinco de la tarde.

Esponjo un montón de cañas y me tiendo sobre el lecho improvisado. Mis ropas vahean y los escalofríos me recorren a rápidos espasmos. Tengo hambre. El olor de la paja despierta en mis sentidos una resonancia muy lejana, el olor del pan tierno, el aroma tibio y dulzaino de las tortillas y su corteza sabrosa y crujiente. Mis tripas rezongan.

Me duermo, atontado por la fatiga y la falta de alimento.

Me despierta un fragor inusitado, un estruendo que pone en vibración la luz y el aire, un ruido pavoroso que oprime la piel y las pupilas. Parece salir de todas partes, de los muros, de los ángulos, del piso de cemento. Pero viene desde arriba, desde el techo cuyas chapas de zinc reciben las descargas torrenciales del temporal que a ratos amaina y luego acrecienta la furia en intermitencias espantables.

Inmóvil sobre la paja, escucho sobrecogido. Me envuelve, sí, una vaga sensación de seguridad. No advierto

en cuál momento se descorre el cerrojo. Sólo veo a un sujeto que entra impulsado por rudo empujón.

Lo observo con temor. Es un viejo andrajoso, hinchado, de barbas crecidas y mejillas rojas. Chorrea como una esponja. Me hace una gran reverencia. Y se sienta a mi lado, sobre la paja.

—Me nombran Isidoro Oyanedel Santa María. Así me nombran. Y así me llamo. ¿Qué le parecen los *apelliditos*? Soy hermano del ministro y tengo mi cuarto año de humanidades y la cabeza mala. *Oveja negra*, dice la familia. Así será... Vagancia. Me agarran por vago. Me sueltan, me agarran, me sueltan. Parece juego de chiquillos. A veces es mejor no ser... ¡Carápi! ¡Me meé!

Largo la risa. El vagabundo despide olores apestosos. Luego, sin moverse del sitio, trajina torpemente los bolsillos y saca una cebolla en escabeche y una marraqueta inundada. Masculla palabras que no entiendo mientras divide en raciones iguales ambos comestibles. Y me invita a yantar con gesto condescendiente de gran señor. Acepto alborozado. No estoy para melindres. Mastico con fruición mi trozo de cebolla y el pedazo de hogaza.

Afuera, no decae la embestida salvaje del temporal.

Don Isidoro, engullido el magro alimento, se despoja de la camisa e inicia tenaz cacería. Los parásitos estallan entre las uñas diestras.

—¡Insectos malditos! No lo dejan tranquilo a uno. Menos mal que ahora los pillé mansitos, casi ahogados... No hay comodidades aquí, pero se está mejor que a la intemperie, es mucha la lluvia; y a usted, colega, ¿por qué lo agarraron?

El viejo me inspira respeto, gratitud, confianza. Le cuento los detalles de mi aventura. Escucha atentamente, y una vez que termino me aconseja con aire sentencioso y paternal:

—Cuidado con los usías jóvenes, son duros, *rigorosos*. Por una nada te parten en la cabeza la tabla de la ley. Mi-

da las palabras, colega, no suelte la lengua. Para que no lo acorralen diga la verdad, pero a medias. Diga, por ejemplo, que encontró en la calle el saquito con carbón. O, mejor todavía, que recogió las pellas de entre los durmientes de la línea. Usía lo retará, le meterá *cuco*; no se asuste, no lo van a fusilar... Me caigo de sueño.

Le ayudo a endosarse la camisa y el viejísimo capote cruzado por tajos y costurones. Luego, se tiende de espaldas sobre la paja y al minuto está roncando.

Pasan las horas. Pierdo la noción del tiempo. Miro vagamente los muros, ciegos, compactos, en la vana búsqueda de una vislumbre que pudiera orientarme. Nada. La luz macilenta de la bombilla se absorbe sin reflejos en la argamasa rugosa. Duermo a ratos. Y a ratos me despiertan el frío y la furia infernal de la tormenta.

El chasquido del cerrojo, descorriéndose, me espanta la somnolencia. Veo una sombra sigilosa como brotando del muro. Es un hombre joven, flaco, de andares felinos. Se aproxima cauteloso tal si olfateara el aire. Finjo dormir. El hombre, tranquilizado al parecer, se afirma en la muralla y silba en sordina.

De nuevo el cerrojo. Y otra sombra furtiva, agazapada, al acecho. La tensión se afloja de inmediato. Se inicia un diálogo inaudito.

—¿Vienes pesado, Longaniza?

—¡Nalcas, ganchito! En la caleta del Paco Veintiuno choreé un canario a un gil más mamado que una vaca. En ese momento llegaron los tiras. Alcancé a botar la punta, pero el canario me le quedó enredado. Y a vos, ¿qué te pasó, Masca Rieles?

—Psch... Vengo palomo. Me agarraron por sospechas, nada cosa, mañana me largan; ¿qué hora será?

Abro los ojos. El llamado Masca Rieles caza al vuelo el gesto, me atrapa de un brazo y me alza con violencia. El tono es amenazante.

—¿Eres sapo, vos?

El tipo no me intimida. Es un descamisado lo mismo que yo, un pelagatos lo mismo que yo, un paria lo mismo que yo. Vahea tal un perro mojado. Los labios se le escurren por entre las encías huérfanas. El apodo me parece cruel.

—No soy *sapo*. No. Sólo me gustaría saber la hora.

—¿Es la primera vez que te *encanan*? ¿Sí? Cuidado con la cárcel, ojalá no te condenen. Allí sí que te *causean* los *choros* y te desgracian para siempre... Deben ser las nueve de la noche.

Y ante mis ojos incrédulos:

—Las nueve de la noche, pues, de hoy domingo. Mañana muy temprano nos llevan donde el *mañoso*.

Nos hundimos bruscamente en un silencio sobrecogedor. La vibración del aire cesa. Resuenan pasos más allá de los muros.

Ha pasado el temporal.

Pero esa campana. ¿Dónde tañen esa campana?

Ahora corro por las calles.

Tenía razón don Isidoro. El juez, joven, severo, me exprimió la verdad, me aconsejó, me conminó, me hizo jurar. Después me dejó libre.

Por las cunetas escurren aguas fangosas en que sobrenadan residuos vegetales, hojas, tallos. Y flores despachurradas, crisantemos o algo así. Los muros rezuman humedad. Un cielo bajo, grisáceo, esfuma las perspectivas.

Es el invierno.

Llego por fin. Desde la planicie miro con espanto la inundación. El apacible río del verano ha desbordado las riberas transformándose en una inmensa masa de agua, turbia, arrolladora, devorante. En los primeros planos las casas del arrabal aparecen sumergidas a medias. Hombres casi desnudos tripulan balsas improvisadas y rescatan por las ventanas toda suerte de cosas, ropas, ollas, muebles. El agua llega al borde del terraplén en que se asienta la línea del ferrocarril. Una larga fila de naufragos, viejos, mujeres,

chiquillos, perros, hasta gatos, observan impotentes y pesarosos la crecida. La orilla opuesta, perdida en la neblina, no alcanza a divisarse.

Piquetes de carabineros patrullan vigilantes.

Por allá, en el lugar de esos remolinos, estaban la casa de mis amigos y la del vecino Almendras. No quedan rastros.

—Se los llevó el río —dice una voz a mis espaldas.

Es Judas *Palote*. "La correntada vino de golpe, anoche, la gente dormía, quizás cuántos se han ahogado." El pelirrojo llora. Por ahí, un hombre provisto de una garrocha atrapa maderas, troncos, objetos flotantes.

Aparece una cuba, girando a bandazos, tentadora. El hombre de la garrocha fracasa en el intento de cogerla. El juego de las aguas la aparta pronto de la orilla y la arrastra, flotando, apareciendo, desapareciendo, hacia el mar cercano.

—¡Aguaita, *Ratón*, aguaita!

La voz del cojo es jubilosa. Miro. Viene una mesa navegando, las patas hacia arriba, cabeceando tal una balsa, con un gallo grotesco, inestable, de plumaje empapado, que se menea rítmicamente a fin de no perder el equilibrio. El hombre de la garrocha logra enganchar una pata del mueble y lo atrae hacia la orilla. Coge el gallo, que se entrega mansamente. "Una buena cazuela, barata —comenta Judas—. Vamos, en la escuela de niñas están dando comida y alojamiento."

Antes de irme con el cojo miro por vez postrera ese panorama desolado.

¿Cómo era tu rostro, *Birraña*? ¿Y el tuyo, *Gaviota*? ¿Y el de usted, vecino Almendras? Uno por uno, no logro recordarlos. Los perfiles se pierden, las formas se desdibujan. Pero algo crece en mi memoria, un rostro alegre, triste, confuso, cambiante, un rostro potente de multitud que espera en las horas últimas de la noche la salida del sol.

¡Ay! Esa campana...")

Detrás de las máscaras

SE ABRE a medias la puerta. Asoman la nariz picuda y los espejuelos remendados de don Nazareno.

—Ahí está el hombre —dice.

Don Marcos se revuelve furiosamente detrás del escritorio.

—¿Y qué desea ese coimero desvergonzado? ¡Plata, de seguro! ¡Plata! ¡Plata! ¡Todos piden plata! ¡No se llenan nunca! ¿Por qué no le dijo que yo había salido?

—Es que... su automóvil está en la calle.

—Hágalo pasar, entonces. Y vea cuánto compró la Cooperativa en el último semestre.

Don Marcos cambia de careta a la velocidad del pestañeo.

—Adelante, don Urraco, tanto gusto de verlo, tome asiento, cómo están la señora, los niños, qué de bueno lo trae por acá. (“¿Cuánto querrá sacarme este granuja?”)

El señor Urraco, traje negro, calcetines blancos, cara de bebedor, perla en la corbata, patojo, perfumado, crinado, casposo, respira con fuerza, como bufando.

—La señora mía, enferma. Médicos y remedios, un platal. Los niños, bien. Exacto, un platal. Pasaba por aquí y entré a verlo, a saludarlo. (“¿Por dónde te pego el sablazo, chanchito ladrón?”)

—Es una pena. Le deseo pronta mejoría. (“No te creo ni media palabra. Sácate la máscara, bellaco, suda un poco

antes de pedir; debía escupirte tu asquerosa cara de borracho".)

—Exacto, cuesta mucho vivir, los precios suben a diario, el alimento, la ropa, el arriendo, el sueldecito no alcanza para nada. ("Ahora llamas por teléfono, te conozco la maña, me quieres humillar, eso quieres; este individuo me está poniendo nervioso".)

Don Marcos deja el auricular sobre la mesa y revuelve papeles.

—Un momento, amigo, debo entregar un dato urgente.

—Oh, por mí no hay apuro. ("El tres por ciento de cinco millones son ciento cincuenta mil. Exacto. Ciento cincuenta mil pesos. Exacto. Ni un centavo menos".)

Entra don Nazareno y deja sobre el escritorio una planilla con cifras.

Don Marcos reinicia el diálogo telefónico. A ratos grita, luego contemporiza, vuelve a enojarse, se relaja, se contrae, enrojece. Cuelga con violencia el auricular. Los ojos iracundos se vuelven hacia don Urraco.

("Pierdes el tiempo, buitre, a mí no me asustas; mal que te pese, tendrás que soltar la mosca".)

—¿Se da cuenta, amigo, las molestias que uno pasa? Un cheque sin fondos, un cheque grande, y haga usted favores al prójimo. ("Y tú, verdejo inmundo, ¿qué te imaginas?, ¿que soy Beneficencia Pública?") Los negocios andan muy flojos, don Urraco, los clientes no pagan, todo el capital está en la calle, mis cuentas bancarias ya no resisten más sobregiros, no sé qué hacer.

—("Llora no más, llorón, no te creo ni el rezo; que te compre el que no te conozca".) Es raro, exacto, muy raro. En la Cooperativa hemos vendido algo así como cinco millones, los muchachos se mueven, trabajan con entusiasmo. Ah, a propósito ("Aquí te meto la broca"), casi se me olvida, qué cabeza la mía; esos jóvenes me están pidiendo con todo respeto, sí, exacto, los dineritos de las comisiones.

Don Marcos es un tigre al acecho. Don Urraco baja los párpados con hipócrita inocencia y acaricia la perla de la corbata como quien sobajea el lomo de un gato.

Don Marcos mira y remira la planilla. Luego garabatea rápidas cuentas. Después, ostensiblemente, extiende un cheque.

—Tenga, don Urraco. Me es imposible mantener el tres por ciento acordado. Sólo el dos. Le juro por mi mujer y mi chiquillo, créamelo, que no puedo darle más. De todos modos no es poca cosa.

Don Urraco coge el documento, lo estudia, lo huele, lo dobla, lo guarda.

—Todo para esos jóvenes —dice con aire de pesadumbre—. Nada para mí, exacto, nada. (“Me cazaste, traro; en fin, no importa, me quedan siempre cincuenta mil; espera, ¡agarra este trompo en la uña!”) Don Marcos, debo informarle con todo respeto que estoy preparando un pedido *caballo* de grande, muy interesante. Pero, de acuerdo con las últimas instrucciones de la Dirección General, me veo en la necesidad de pedir cotizaciones a varias firmas, exacto, a varias, y elegir la más conveniente; buenas tardes.

El estupor, la ira, la zozobra, paralizan por un instante a don Marcos. La Cooperativa es un cliente que se debe conservar a cualquier costo. Y mientras hunde un dedo furioso en el ombligo de un timbre:

—(“¡Chantajista piojoso, ratero, me ganaste por ahora la mano, ya verás el desquite; el que ríe últimò...!”). Don Nazareno, alcance a ese sujeto y dígame que venga mañana a buscar el saldo.

—Correcto.

Sale el viejo, y vuelve. “Alguien desea hablar con usted.” “Que pase.” Entra un desconocido que saluda fríamente. De su estampa, maciza, madura, emana cierta digna altivez, cierto aire de autoridad por el que corren no obstante veloces relumbres de burla. Antes de abrir la boca revisa una carpeta con documentos.

Tenso, alerta, con un difuso temor intuitivo helándole el ánimo, don Marcos se dispone a protegerse de esa amenaza solapada. Algo aparece de pronto, otro elemento, una circunstancia no prevista. Las facciones del hombre le resultan vagamente familiares. Es un recuerdo furtivo que va y viene sin concretarse, una semejanza huidiza, molesta, torturante.

—¿Don Marcos Samuel?

—El mismo. Y yo, ¿con quién tengo el gusto de hablar?

—No tendrá tanto cuando sepa con quien habla. Abrevio, soy el secretario provincial de la Central Obrera. Traigo varios asuntos que le conciernen. Primero, organización del sindicato. Segundo, situación del obrero Plutarco Echeverría. Tercero, situación de la obrera Amelia Parra.

—¡Esto es un atropello! ¡Yo no permito sindicato en mi fábrica!

—Una verdadera lástima. Quiéralo usted o no, el sindicato fue fundado anoche con todas las de la ley.

—¡Una puñalada por la espalda! No había necesidad de sindicato. Yo siempre mantuve relaciones cordiales con mis obreros, buen entendimiento. Ellos me quieren y me respetan como a un padre.

—No sea mentiroso. Usted paga muy mal a su gente, salarios de hambre, míseros, y despidos frecuentes, sin razón.

—No tengo por qué entrar en explicaciones; no quiero decir eso, la fábrica es pequeña, las ventas flojas, la gente roba...

—¿Y de dónde salió este enorme edificio? ¿De dónde sus dos automóviles de lujo? ¿De dónde el palacio en que vive y el chalet de veraneo? ¿De la miga del pan? Su personal es muy pasivo, muy tímido: encima de la explotación, tolera la injuria.

—¡Basta! ¡Yo sabré entenderme con ese famoso sindicato! ¡Un sindicato de traidores! ¡Puede retirarse!

—Todavía no. Al obrero Plutarco Echeverría, por falta de atención médica oportuna, le amputaron un dedo de la mano derecha. Además de la multa por burlar las leyes de accidentes del trabajo, de los derechos hospitalarios y médicos, debe usted pagar una indemnización de cincuenta mil pesos.

Una garra se clava en el corazón de don Marcos. Permanece en silencio. Dos pensamientos pugnan por cuajarse en los sesos caldeados. ("¿Dónde he conocido a este hombre, cuándo, quién es?... ¿Me conviene o no me conviene preguntarle?... El tal Plutarco se quedará con las ganas de sacarme medio lado".) Desearía tomar una actitud arrogante, despreciativa, pero muy en contra de su voluntad se siente dominado, demolido por la fuerza compacta, avasallante, sin grietas venales que representa ese hombre.

—Veamos el otro caso, es más sencillo, más indoloro. Su jefa de personal despidió la semana pasada a doña Amelia Parra. Legalmente no puede hacerlo. Esa operaria tiene cinco meses de embarazo, aquí está el certificado médico... Yo no lo obligo a nada, usted es dueño de hacer lo que le venga en gana, pero, se lo advierto, ¡cuidado con las leyes del trabajo!

Don Marcos no tiene la conciencia muy tranquila. Absorbe el escarmiento sin otras protestas. Algo se le derrumba adentro, una confianza que le parecía indestructible, una fe soberana en el poder del dinero. Le roza el magín una idea descabellada: "Si yo fuera mujer, sería puta".

—Respeto las leyes del país y las cumplo. No tengo temor. Acláreme una duda, yo lo conozco, lo he visto en alguna parte, no sé dónde.

—¿Me conoce? Nada de raro. Me conoce mucha gente. Desde hace casi treinta años cada gobierno me encarcela sistemáticamente. Agitador, dicen. No hay tal. Sólo organizo, informo, alecciono. Esa es la tarea que me he dado. Hasta pronto.

Don Marcos no contesta. Se inmoviliza, cabizbajo, la mente vacía, en la muelle poltrona tras el escritorio señorial. Luego, empieza el acoso de imágenes e ideas, una sensación de soledad, de angustioso desamparo. Recuerda los comienzos duros, los días perdidos, el peregrinaje de casa en casa, de conventillo en conventillo, vendiendo y cobrando *al semanal*, a veces solo, otras en compañía del padre meloso, embaucador, llorón, engañando a las mujercas cándidas con esas telas horribles, percalas de paco-tilla, lienzos transparentes, creas no más espesas que tegumento de cebolla. Pese a los coqueteos socialistas de la adolescencia, le parecía entonces hasta hoy de lo más natural comprar en uno y vender en cinco a la pobrería que se dejaba estafar encandilada por las cuotas semanales. ("Sería puta"). Ahora esa pobrería, incauta, inocente, ávida, se une para exigir. ("Darío, hijo, siquiera un picapleitos. No tienes talento, nunca serás un pintor de fama. Estoy con el gobierno, soy extranjero, no me podrán quitar el fruto de mi trabajo. ¿Y si me lo quitaran?")

Un escalofrío le engrifa el espinazo. Sobrevienen dudas. No es respeto lo que por él sienten los obreros. Es temor, un miedo rencoroso. Se sorprende temblando. Ahora es él quien tiene miedo. Sí. Subirá un algo los jornales. Ganan poco estos pobres diablos. Nunca reclamaron. Hay que adelantarse al sindicato. El sindicato, la bestia negra. Con la mano abierta golpea sobre el escritorio. Asoma don Nazareno.

—¿Hasta cuándo dura la licencia médica de ese Plutarco?

—Venció ayer. El hombre volvió al trabajo.

—¡Hágalo venir!

Coge el teléfono. Marca un número. "¿Quién habla, Georgina? ¡Llame a la señora!... Aló, mi amor, ¿tiene todo listo para mañana? Bien..."

Plutarco entra sin ruido. Don Marcos lo envuelve

con ojeada rápida y furtiva... "No hay caviar, agotado en todas partes; anchoas, lo reemplazaremos con anchoas; por si acaso pide otras dos botellas de *chabanó* y otras seis de *balantain*; ¿caro?, todo está caro, en algo hay que darse gusto, además la casta de gerentes tenemos el hocico fino; chao, mi amor..."

Plutarco dispone las manos de manera que resalte el vendaje. Don Marcos adivina la intención y se *tuesta* por dentro.

—¿Puedes trabajar?

—Harta falta me hace mi dedo, patrón. Me cuesta agarrar el martillo.

—Comprendo. Tienes una semana de permiso, pagada, para que te mejores completamente, y una garantía de veinte mil pesos por el accidente.

Plutarco contiene la respiración. Don Marcos se enfurece.

—¿No aceptas?

—No, patrón.

—¿Por qué no aceptas?

—El compañero Lucho me dijo que eran cincuenta mil, ni un diez menos, eso es por ley.

—¿Quién es ese compañero Lucho?

—El compañero Lucho, pues, el ministro de todos nosotros los obreros que somos, el compañero Lucho Bascur, él, pues.

El pensamiento de don Marcos brinca hacia atrás; debe ser el mismo. Las cosas de la vida, en un tiempo amigo y protector, hoy adversario implacable, el gran carajo, insolente, ya reventarás en tu propia caldera; siéntate a la puerta de tu casa y verás pasar el cadáver de tu enemigo; diablos, lo mismo puede pensar él, nadie ha comprado la vida, nadie se muere dos veces, *marmarkanyeri*, como dijo el gitano que me robó la pistola, lo dicho, sería puta.

—El compañero Lucho les está dando consejos malos. Si te doy esa plata, de seguro que te la tomas.

—Bah, mi dedo no más me tomo.

—Si la ley me obliga, tendré que darte ese dinero. Pero pierdes tu puesto. Elige.

Una luz de alegre sorpresa se enciende en las pupilas de Plutarco.

—No elijo nada. No puede echarme, patrón. Soy el tesorero del sindicato que fundamos anoche.

("DE ENTRE el pedregal cuarzoso y azulenco que lastra los durmientes, cojo el trozo de hulla. La luz del sol cae oblicua sobre la piedra oscura y se rompe en los planos lustrosos, en los filos crueles, en los ángulos múltiples que deforman la obstinada simetría. "¿Qué porquería recogiste?", pregunta Rufino. "Nada", digo, y lanzo el pedrusco al centro de la charca que se apoza en la hondonada. El chapoteo quiebra la cachaza de los gansos. La gritería de las aves saca rostros por las ventanas. Reparo en mis ropas trasnochadas, en mis zapatos soñolientos, en las barbas crecidas de Rufino. Me palpo las mejillas, ásperas, punzantes. Tirito. Ahora subimos por una escalera labrada en el terreno arcilloso de la calle en cuesta. "Rufino, pasemos a buscar mi carpeta." "¿Dónde?" "Donde dormimos anoche, en casa de esa señora que llamas la *Giganta*, allí la olvidé." "No tengas cuidado, por ahí va nuestro camino."

Soy el único pasajero del autobús. El chofer, como aburrido, como enrabiado, maneja el volante con brusquedad. En cada bache del camino, un salto. Más allá de las ventanillas, la noche, unas tinieblas cada vez más espesas, apenas horadadas por los haces de los focos en cuyos chorros de luz dardean incansables los hilos de la lluvia. El vidrio del parabrisas es una escarpa por donde se desliza a torrentes el agua furibunda. El brazo articulado del limpiador va y viene sin descanso y despeja en abanico el re-

ducido campo visual. Por ahí miro hacia adelante, luchando contra el sueño, contra el frío, contra el tedio. A trechos, por ambos lados del camino, aparecen y desaparecen velozmente ciertas luces informes, trizadas. La silueta de las casas se ha perdido en la noche. Sólo el resplandor tras las ventanas es el signo de la vida en la tenebrosa soledad. El conductor frena de pronto en seco. La brusca detención me coge desprevenido. Al enderezarme veo un hombre en el camino, el brazo en alto, un campesino al parecer, de manta y sombrero de alas gachas. Lo baña la luz amarilla de los reflectores. El agua le escurre por el rostro, por los bigotes canos, por las ropas. El chofer acciona una palanca y la puerta del carro se pliega rechinando. Sube el hombre y sostiene breve conversación con el chofer. No oigo las palabras. Luego, baja el hombre y el chofer se acomoda en actitud de espera.

Vamos por calles apartadas, solitarias. Nos detenemos en algún lugar. "Espérame", dice Rufino. A poco, vuelve con mi carpeta. Su expresión es picaresca. "La *Giganta* duerme con un hombre al lado, borrachos los dos, ni siquiera despertaron, y cree en las promesas de las mujeres." "En esta facha, molido, arrugado, barbudo, no voy a casa de tu prima, me da vergüenza", digo. "No seas *chincho*, la casa es mía; en los altos vive mi prima, viuda, con una hija de quince años, una chiquilla preciosa, y, maldición, condenada a morir sin remedio..." Rufino larga un llanto sin lágrimas, de grandes sollozos entrecortados por el hipo. Me parece que exagera. No me impresiona ese dolor tan repentino. Debe ser el influjo alcohólico que madura tardíamente. Rufino para de golpe la aflicción. Recupera el desparpajo. "Entremos aquí", dice, y nos acomodamos en el mesón de un bar. Bebemos cerveza. El hilo no se corta. "En el primer piso vivo yo, yo solo; cuando me aburro en el fundo, bajo a la ciudad en busca de mujer y de trago; siempre los encuentro, no me fallan. Solterón, eso

es, un solterón, tengo más o menos tu edad, ¿cuarenta?, eso es, cuarenta. Ahora nos vamos al departamento, nos bañamos, nos afeitamos, nos arreglamos, descansamos y subimos a almorzar. ¿Sabes tú qué cosa es la leucemia?"

El aguacero no declina. La mujer, empujada con suavidad por el hombre, sube penosamente a la pisadera. Chorean la manta que la protege y la pañoleta que amarra sus cabellos. El rostro, de pómulos altos, bermejos, brilla barnizado por la lluvia. Sube detrás el hombre y ambos se acomodan en un asiento delantero, junto a la puerta. Arranca el autobús acelerado al máximo. Golpea la lluvia, ruge el viento haciendo polvo el agua del camino. Algo así como furiosos disparos de niebla cruzan por el trecho iluminado. El hombre aparece tranquilo, inmóvil. La mujer se agita. Retira la pañoleta, la estruja, se enjuga el rostro y los cabellos que caen sobre los hombros, unos cabellos de color de ceniza. Se alza de pronto como clavada por dolor aleroso, tambalea, el hombre la apuntala sin aspavientos, la sostiene mientras ella peina la cabellera a uno y otro lado, como delirante, a largos y acompasados braceos. Recoge después el pelo en grueso moño, en el cual ensarta una cantidad de horquillas. Se sienta, pero el desasosiego persiste. "Esta mujer anda borracha", pienso. El hombre continúa imperturbable. La mujer se alza otra vez, deshace el moño y vuelve a peinarse. Arma de nuevo el moño. Se sienta, se levanta, se peina. Cuento cinco moños: "No anda borracha, es loca", me digo. Y el hombre, impassible como un cántaro, la deja hacer. El conductor se agazapa en actitud avizora. Hunde la mirada en la noche mientras va frenando con cuidado extremo hasta que el vehículo se detiene por completo... "Ahí está la posta", dice, y esboza un gesto impreciso. No lejos del camino parpadea una luz roja. "¿Cuánto debo?", pregunta el hombre. "Nada, no se preocupe, buena suerte." Mientras la mujer desciende penosamente y el hombre espera abajo calado por la lluvia,

descubro la preñez inefable. Me invade cierto agudo, punzante arrepentimiento. "Un poco más y la criatura nace dentro del carro"; dice el chofer. Aprieta los pedales y nos hundimos zumbando en las tinieblas misteriosas.

Sé lo qué es la leucemia. En los quince años transcurridos en la biblioteca municipal aprendí toda clase de cosas, muchas de ellas inútiles. La inundación me dejó sin hogar y sin amigos, huérfano, desamparado. Un regidor se condolió y me dieron un humilde puesto de mozo. Barría, ordenaba, hacía encargos. Me cogió el contacto con los libros. En las horas sueltas, que eran muchas, leí vorazmente, sin disciplina ni sistema, aprendiendo más y más. Copiaba rostros, sin cansancio, descubriendo por intuición los secretos del claroscuro, la anatomía de la cabeza, el misterio de la perspectiva y del relieve. Nunca logré un ascenso. El jefe, burócrata ignorante y engreído, atajaba mi promoción, me ofendía y me humillaba con artimañas y maniobras toscas y ruines. Temía una posible competencia. Dejé el empleo. Hace diez años. He vivido del dibujo, en pensioncillas y hoteluchos deleznable. Una mujer hubiera cambiado mi destino. Iluso. ¿Cómo mantenerla si apenas ganas lo indispensable para no morirte de hambre? No he conocido el amor, un gran amor romántico. Sólo el sexo, la apetencia, el hartazgo, la soledad. ¿Dónde están mis recuerdos? ¿Cuáles recuerdos? Todo es oscuro y confuso, lejano, absurdo. Vamos con Andrés por esa calle de las Cervecerías, esa calle tenebrosa que bordea el cerro y lo detiene con un pretil de grandes piedras sillares. A trechos, recias compuertas. Por los resquicios de una de ellas escapan estrías de luz, rasgueos de guitarra, y ciertas palabras guturales a guisa de canto. Pegados a las rendijas observamos el interior, una caverna labrada en tierra viva, de paredes rezumantes, brillosas, como de gamuza mojada. No hay piso ni cielo. Una candela de sebo distribuye luces y sombras sobre trastos míseros. Una mujer ebria, despei-

nada, rasca torpemente las cuerdas del instrumento y canta con voz estropajosa: *"Aborrezco la vida y amo la muerte, sí ayayay/Para qué quiero la vida, sin tener suerte, sí ayayay"*. Una pareja baila o procura bailar cierta estrafalaria mezclanza de cueca y vals. El hombre, gigantesco, greñudo, en camiseta, parece triturar a la mujercilla enteca que aletea como pajarraco asustado entre las manazas brutales. *"Para qué quiero la vida, sin tener suerte, sí ayayay."* La mancornia de borrachos gira a lentos tambaleos, se estrella contra los muros de pringue, trastabilla, vacila, vasa al suelo, anda en ocho patas, se levanta, recomienza. *"...amo la muerte, sí ayayay."* El tipazo también canta, con voz bronca y furibunda, entrecortada por los trastabillones. Andrés me susurra en el oído: *"Lo conozco, es el Barrabás, un bruto temible, requetemalo. Trae a la mujer molida a golpes. Vende verduras. Hay que oírlo pregonar las hortalizas con su voz infernal; antes era dueño de un carretón, pero en un momento de ira mató el caballo a garrotazos, quedó de a pie, la mujer lo acompaña, cada uno con su canasto. Cierta vez el bribón se detiene en medio de la vía férrea, deja el canasto sobre los rieles; estoy cansado, dice a la mujer, grita tú ahora; no seas perro, Querubín, que no ves lo ronca que estoy; efectivamente estaba ronca; grita te digo; si no puedo, Queru... ¡toma!, la mujer para las patas, gatea, recoge los atados de perejil, los sacude para aventar la tierra y sale gritando con voz de flauta "verdura, verdura". Más fuerte, ruge el bellaco"*. Andrés olvida la cautela y lanza un grito agudo, como de gallo: *"¡La verdura!"* Pese a la beodez, las orejas montaraces de Barrabás, adiestradas acaso en infinitas correrías nocturnas, logran registrar lo que parece ser una provocación. Para de golpe el bailoteo y embiste hacia la compuerta como jabalí enloquecido. Arrancamos velozmente. Nos perdemos en las negruras de la noche empujados por una retahíla de procaçes insultos. *"Vamos al convento"*, dice Andrés. Pero no

es Andrés. Andrés ha desaparecido. Es Wladimir, el hijo de la *madama* del Alto. "Vamos", digo. Y trepamos por el sendero apenas insinuado en la escarpa. El sol reseca las murallas, las roe, las descascara. El tragaluz aparece obstruido por los cardos. Despachurramos a taconazos los jugosos tallos espinudos y penetramos a gatas en la nave solitaria y polvorienta. La luz penetra por altas y estrechas ventanas ojivales, pero la claridad se degrada hasta no ser sino penumbra al traspasar los cortinajes en jirones de las telarañas. Grandes fundas protegen las imágenes de los santos rígidos en los pedestales. Me colman de inquietud esos fantasmas inanimados, sin cuerpo ni rostro, con sus grises, cenicientas mortajas. Bajo el ruedo de una de ellas asoma un repulsivo pie de yeso, las uñas incrustadas, los tobillos porosos. Alzo ligeramente la tela. Una lagartija escapa despavorida y se pierde bajo los pliegues del sudario. Suena una campana. Wladimir me tranquiliza. "No te asustes, es el viento que mueve los badajos." Pero no es el viento. Bien lo sé.

"Se trata de una enfermedad mortal, un cáncer de la sangre", contesto. "Eso mismo", corrobora Rufino. Sus labios tiemblan. Después, horas más tarde, mientras Rufino duerme en una *bergère* el sopor del almuerzo y de la tranochada, y su prima, una señora enlutada y silenciosa, teje sin alzar los ojos, apenas logro dominar el temblor de mis manos. Pero los reflejos trabajan. Sobre la cartulina inmaculada surgen lentamente los rasgos angélicos, purísimos, de Rocío Dominique. La luz del sol filtrada por los estores de lino resbala en ese rostro translúcido, enciende unos faros muy lejanos en la profundidad de esas pupilas absortas, baña de claridad esos cabellos del color de la avena. *No te mueras, Rocío Dominique*. La niña no pronuncia palabra. Sólo mira. Con sus ojos de ausencia. A ratos sonríe. Una sonrisa como de niebla, como de nostalgia, como de lejanía. Una sonrisa como de luciérnaga que se agota dulce-

mente. La sangre parece no correr bajo esa frente mármorea tocada ya por el dedo de la muerte. Todo en ella es transparente, la piel, las uñas, el cabello. *No te mueras, Rocío Dominique.* Si pudiera salvarte... Si pudiera salvarte con mi amor, con este puro y grande amor de padre o de hermano primogénito. Si pudiera... Pero estás marcada. ¿Para qué romperse las manos golpeando el muro de hielo? Ya no existen las voces. Ni los ecos. Sólo esa campana misteriosa, esa campana que tañe en el vacío. Cómo quisiera ser un gran artista para salvarte siquiera del olvido, eternizar tu imagen de tórtola, de cirio en agonía. Con la yema de los dedos difumino el trazo de la sanguina. Poco a poco los rasgos se acentúan, adquieren vida y luz, profundidad y relieve. Pero algo se ha evadido, algo inatrapable y fugaz como fluir de aguas, como vuelo de pájaros nocturnos. Es la soledad que te envuelve, la última, la definitiva. La soledad. *No te mueras, Rocío Dominique.*")

NO EXISTEN sombras. La luz parece brotar desde todos los ángulos. Las lujosas lámparas de cristal chorrean resplandores. Los candelabros derraman claridad. La luz rebota en espejos y vitrales, multiplicándose, rompiéndose, evidenciando hasta la exasperación la manía coleccionística del dueño de casa. Máscaras y estatuillas, jarrones, pinturas, gobelinos, cachemiras, mantillas, abanicos, caracolas, alfanges, cimitarras, arcabuces. En una vitrina iluminada, la colección de figuras de jade dispara luces verdes. Los invitados, calvas relucientes, trajes oscuros, forman grupos en las esquinas del enorme hall, o pasean a lo largo de los muros observando al soslayo tanta maravilla. Casi todos ellos fuman. El humo de los tabacos excelentes asciende hacia el techo artesonado y gira en cendales de ópalo alrededor de las bombillas. Las damas también fuman, apoltronadas en las mullidas butacas de los salones que circundan el hall. Asoman rodillas y pantorrillas, y algo más, bajo las faldas estrechas. En los escotes audaces, en los antebrazos desnudos, en los lóbulos descubiertos, centellea el chisperío de los aros, de los brazaletes, de las placas constelados de diamantes. Los fulgores no logran ocultar, ni siquiera disimular, las patas de gallo, los surcos del pescuezo, las arrugas de la nuca, el pellejo mustio en el nacimiento de los pechos.

Los garzones van y vienen sirviendo volovanes y ape-

ritivos. Los caballeros beben, circunspectos y solemnes. Las damas beben y comen, gárrulas, voraces. "No me repares, preciosa, tengo montones de hambre." "¿Con ese cuerpo? ¡No te lo puedo creer!" "No seas hocicona, preciosa. Este Marcos es un amor de hombre, dicen que gana montones de plata. ¡Qué ricos los bocadillos." "¡Era que no! Aquí, para nos, después olvídate, me contaron que la Teresona, ¿sabías que su apellido es Soto?, entró de cocinera, muy jovencita, en la casa de estos rusos; al muchacho le entró la calentura y ahí la tienes convertida en princesa, mírale los tacos, jijiji... Tere, acércate, linda, muéstrale tu anillo a la Claudina, suertecita la tuya..." "Oh, qué amoroso." "Sí, no está mal, tengo otros mejores, ¿las atienden?, ¿sí?, ¡qué bueno!, me disculpan, hay tanto que hacer, atender a mis otras visitas, vigilar al chinerío de la cocina, no vaya a ser cosa que los pavos se achicharren y yo quede en vergüenza."

La mano del hombre deposita sobre la bandeja la copa vacía y coge otra de bordes untados con escarchilla.

—Me perdonas, Marcos, pero el *goteado* está de mascarlo. ¿*Johnnie Walker*?

—No, *Ballantine*. Sírvete no más, estimado Vuelapoco, hay algo más todavía. ¿Me recibes mañana? Tengo un montón de letras y necesito descontarlas.

—Por este trago doy el Banco de Francia. Llévalas no más, para algo están los amigos, hoy por ti y mañana lunes.

—Un millón de gracias, no esperaba menos. Diputado, qué gusto de verlo. Y tú, *Barracuda*, qué cuentas, cómo anda tu fábrica.

—Como la *mona*, Marquitos. Los obreros me jugaron por abajo. En mis propias narices, y no se puede decir que las tenga cortas, ¿eh?, me armaron el sindicato. Si en mi mano estuviera, fondearía a todos estos malditos agitadores.

—A mí me ocurrió lo mismo. Ofrecí un aumento general de salarios y los *verdejos* ensoberbecidos lo rechazaron. Estoy esperando de un momento a otro el pliego de peticiones con quizás qué exigencias, ya lo veo. Al parecer, sí, al parecer, hay un plan en marcha, una consigna metódica e implacable. Día llegará en que nuestras empresas tendrán otros dueños, o sea los obreros mismos, o sea el acabóse. Pobre país...

—Quién sabe. Por filosofía y doctrina, soy defensor empecinado de la propiedad privada. El Estado no puede eliminarla sin eliminar a la vez la razón fundamental de la existencia del hombre. Pero hay un pero. En mis campañas electorales he debido visitar poblaciones *callampas*. Allí la vida no tiene sentido, barro, piojos, harapos, niños hambrientos, mujeres tristes, viejas resignadas, perros, gatos, moscas. Esos hombres ganan muy poco, no les alcanza para nada.

—Mire, diputado, usted es un sentimental. Si el gobierno no ataja las alzas, ¿qué vamos a hacer nosotros? ¿Subir los salarios? ¿Y la capitalización? ¡Se va al demonio! Un país es próspero en la medida en que lo son las empresas particulares. Por otro lado, salarios muy altos favorecen la borrachera, el ausentismo, qué sé yo. Otra cosa, esos *verdejos*, estoy seguro, viven felices. No ponga esos ojos de plato, diputado. Me explico. Concedo que el *standard* de esa gente es *sub*. Pero están aclimatados a vivir con lo mínimo. ¿De dónde les viene esa, digamos, austeridad? Pues, del campo. La gran mayoría han sido campesinos. Y en el campo el pobre vive de milagro. Trabajando en la ciudad tienen, además de mayores entradas, acceso a la luz eléctrica, al cine, al fútbol...

—Y a la política, a la organización, a la huelga.

—A lo que usted quiera. Y usted, Filisteo, ¿qué opina?

—Oh, nada. Mí ser escandinavo, mí no entender ni psicología ni política sudamericanos. Mí ser especialista en

picture. Me han dicho un cosa muy gracioso, oh, *yes*, el *roto* ser como la uva, más estruje, más jugo..., je...je...

La risilla del vejete degenera en un acceso de asma. Lo observan con un algo de piedad y un mucho de sorna. Y cuando la tos se resuelve en grueso gargajo que el hombrecillo recoge delicadamente en el pañuelo:

—Je... je..., hum..., je... je... Mí estudiar todos sus cuadros, Marcos, haber sólo dos legítima, un Abarca, un Gordon, lo demás puro porquería, *falsification*.

—No diga, así es que me han estafado, no puede ser; bueno, bajemos la pena, a ver, niño, trae esos tragos. Caballeros, *sirvaos*, como decía una cabrona aplicada a la poesía y a la que llamaban por mal nombre *La Sietetetas*...

“Y qué es de tu chiquillo, María Fernanda, ¿sigue enamorado de esa *polilla*?” “¿No lo sabes? El problema se resolvió por su propio peso. Eneas se decidió y obligó al niño a vivir durante un año en los Estados Unidos. La *polilla* perdió las esperanzas y tragó veneno. Reventó la antipática. El niño nada sabe todavía, pero a rey muerto, rey puesto; no hallo las horas de verlo casado con la hija del *Cambucha* Pereira.” “¿Con esa tonta?” “Es hija única, y el *Cambucha* está podrido en plata.” “Prestamista, ¿no?” “Ay, mi hijita, la plata no tiene olor.” “A propósito de olor, hum, a qué horas servirán la comida.”

“Mira, mira, Joaquina, mira ese sinvergüenza de Vuelapoco. Vuelapoco. *Vuelamucho* debería llamarse. Es un aprovechador, en el Banco no ha dejado muchacha parada, más frescas las tipas...” “Qué es de tu marido, Marisol, no lo he visto ahora.” “Por ahí estará ese inútil, detrás de las chinas. Es como canasta sin poto, no sirve para nada.” “El trago me está agarrando, tengo un hambre...”

—Ah, sacó los pavos, Doralisa, qué bueno. Empiece a trinchar no más, la tajada grande y fina, nada de huesos, es de mal gusto, esta gente es fijada y reparona.

—Sí, señora Teresa.

—Ah, usted sabe. Darío, mi hijo, es un salvaje. Se encerró en el taller con unos amigotes tan salvajes como él, y de ahí no va a salir. Ve a cuántos son y les sirve, lléveles vino, pero ni una gota de *fuerte*, aunque le rueguen.

La cocinera ahoga una sonrisa de picardía. "Sí, señora, lo que usted mande."

"Tengan la bondad de pasar al comedor..., de pasar al comedor..., al comedor." El *sésamo ábrete* se difunde con velocidad telegráfica. "Al comedor, al comedor." Los muelles de las butacas se sueltan gimiendo. Hay breve revuelo de *écharpes*, de brazos desnudos, de aromas incitantes. Chispean las piedras preciosas, crujen las sedas. La dueña de casa, lista en mano, distribuye los asientos. "Aquí Vuelapoco, al lado de Marisol. Acá, en el mismo orden, fulano y fulana, zutano y zutana, perencejo y perenceja, *Barracuda*, diputado, Joaquina, Filisteo, tales, y tales, y tales. Perfecto, no me faltó nadie, sírvanse." Hay correr de sillas, risitas y cuchicheos, entrechocar de copas y cubiertos. Los garzones, impassibles, eficaces, sirven el vino blanco, helado.

—Qué corvina tan exquisita.

—Y qué me dice de la salsa de erizos, sírvase tostadas y no mire en menos los filetitos de anchoa, están deliciosos.

Por ahí, bajo la mesa, un zapato zalamero e insinuante toquetea cierto fino calzado de gamuza. La mujer se tuerce hacia el hombre en sigilosa complicidad.

—Marisol, estás encantadora, luminosa.

Y la mujer, halagada, tocada en lo vivo, gotas de oro brillando en las pupilas verdes, ancha sonrisa en el rostro que se defiende heroicamente de las huellas del tiempo:

—Cochino, anda a echarles piropos a tus indias. Vuelapoco. *Vuelamucho*. Puerco, me dejaste con los crespos hechos.

—Pero si no pude ir, preciosa. Tu marido me invitó a jugar golf, no podía negarme, mañana sí que te espero, a la hora de costumbre.

Un garzón se aproxima y llena otra vez las copas. El chorro de vino blanco es una cascada donde la luz se quiebra en resplandores de topacio. Cada cual habla con su vecino. En las intermitencias, las mandíbulas trabajan a *ritmo perfecto*.

—Bien buena la *pescadita*.

—Corvina, ignorante.

—Oh, mí comer en Suecia un pez ártico, nada igual en el mundo.

El señor Vuelapoco, manos de pianista, cabeza de zorra, apura de un sorbo el vino que le han puesto por delante. Golpea la copa con el canto del cuchillo. Cesa de inmediato el mosconeo de las conversaciones. El señor Vuelapoco se precia de elocuente.

—Amigos todos, deseo pedir un brindis sentido y sincero por los dueños de casa, por esta pareja ideal que ha logrado mantener incólume, eso es, incólume, a través de los años la dulce quimera del amor, este amor que recibe y entrega, amor de esposos, base muy sólida para la integridad de la familia y de la sociedad misma. Marcos y Tere, amigos nobles y dilectos, alzo mi copa y bebo por la ventura personal de ustedes y de cada uno de los que rodean esta mesa generosa y magnífica, salud.

Las palmas baten con entusiasmo. La dueña de casa, conmovida y feliz, no cabe en el pellejo. Resplandece. Se acerca uno de los garzones y algo le susurra en el oído. "Vuelvo en seguida." En el vestíbulo permanecen cuatro individuos, fúnebres, enlutados. A cada instante se contraen en rápidas muecas. Tres de ellos oprimen bajo el brazo ciertos raros estuches. "Los estaba esperando, maestro." Coge de la mano al llamado maestro y los otros le siguen, en fila, vacilantes, la palma en el hombro del que les precede, en una suerte de rito secreto. Se acomodan en un rincón del hall, junto al gran piano que estira la negra, lustrosa y gruesa cola de animal prehistórico. A poco, se escuchan suaves

preludios, leves notas ahogadas bajo el fragor que viene desde el banquete. Pero los ciegos conocen su oficio. Dejan las muecas, pónense tensos, y de pronto las cataratas del *Danubio Azul* brotando del piano y de los violines invaden recintos, suben por la escalera señorial, escapan hacia el parque, se pierden en la noche. Aparece una pareja. Es la espigada Marisol cogida del talle por el señor Vuelapoco. Giran, siguiendo los compases voluptuosos del vals. Otras parejas. Y otras. Cesa la música. Algunos aplauden. Todos regresan a la mesa del festín.

El muchacho tendido en la *chaise-longue* se levanta de un salto y apaga el receptor.

—¡Intolerable! —grita.

Desde detrás del caballete viene una voz admonitiva.

—¿Qué te ocurre, *Pistolete*? No vociferes, es de mal gusto.

—No prediques, *Artajerjes*.

—No me digas *Artajerjes*, bien lo sabes, mi nombre es Darío.

—Persa más, persa menos... Aun cuando dejé de ser reportero de los hechos de policía, no me disgusta que me llamen por el apodo. Mira, el nombre de pila es casi siempre arbitrario, sólo refleja el capricho de los padres o de los padrinos. En cambio, el sobrenombre... es como otra piel que te cae encima, y para toda la vida. Mira, con franqueza, no sé si estos atorrantes que juegan a las damas estarán de acuerdo; me siento mal en tu *atelier*, es muy elegante, muy *chic*, no parece el de artista sino el de un *snob*.

El taller es un pabelloncito confortable, de grandes ventanales, situado en el ángulo más lejano del parque. Todo es flamante, reciente, los divanes, los tableros, los caballetes, los libros, los anaqueles. Los tubos de acuarela, los de óleo, las paletas, se disponen en orden perfecto. No hay desaliño ni bohemia.

Tras leve toque de nudillos se abre la puerta y aparece una sirvienta, jovencita, tímida, ruborosa. Sobre un table-ro deposita en silencio las botellas de vino. Por encima del bastidor asoman la melena revuelta y las ralas barbas color de azafrán del llamado Darío.

—¿Y el coñac?

—Yo no sé, patrón Darío. La señora Doralisa me dijo que trajera esas botellas, eso dijo.

El pelirrojo estalla.

—¡Yegua infeliz, mándate a cambiar antes de que te patee!

La muchachuela huye dando un portazo. *Pistolete* no se inmuta. Se dirige a uno de los que juegan. El tono es de cólera burlona.

—Eh, Tallaví, qué te parece, quién no entiende con tan buenas palabras.

El aludido se tuerce aparatosamente.

—¿Eh? No jodas, *Pistolete*. Nosotros somos actores. Es otro nuestro mundo. Nada tenemos que ver con pintores y poetas.

Bebe un vaso de vino y vuelve a ensimismarse en el juego.

El colorín se acerca, agresivo. Pero lo paraliza una música repentina, estridente, que cruza el parque desde la mansión iluminada. Los jugadores también se sobresaltan. Todos escuchan atentamente, molestos, sorprendidos. El pelirrojo abre la puerta y la cierra enseguida, la expresión huraña, malhumorada, un algo rencorosa.

—Los conozco, ahí están, comiendo, bailando, bebiendo... No tengo la culpa... No tengo la culpa de pertenecer a esa clase de individuos enriquecidos en el comercio de la pacotilla, esos hombres astutos pero ignorantes, incultos, avaros, mezquinos. ¡No tengo la culpa!... ¿Entienden? Claro está que pertenezco a ese mundo, pero nada me liga a él. No te rías, *Pistolete*. Quiero algún día independizarme,

vivir de mi arte, no te rías, te digo, a ese mundo que defiende con todo tipo de artimañas sus posiciones, que ha hecho del dinero la divinidad protectora.

—Eso es requetearchisabido, y a ti, francamente, no te corresponde el papel de demagogo.

—¡Pero yo no lo sabía! Y eso me pone a cubierto de que se me considere un declamador hipócrita. ¿Quieres decirme, imbécil, de qué te ríes?

—Es que... me pican las pulgas.

—No me ofendas, aquí no hay, no puede haber pulgas. De esos mercaderes sin conciencia apenas si se salva mi *papy*. Es hombre generoso, sensible. Si no fuera por esa manía de coleccionar cachivaches... Y mi *mamy*, por supuesto. ¿Quién más? Ah, sí, un viejecillo ingenuo, inocente, don Filisteo Canuto, parece langosta por lo flaco y anguloso, es un hazmerreír; en sus mocedades no sé por qué circunstancias vivió un año en Suecia, desde entonces se considera escandinavo y habla a lo *gringo*. Es un *plato*.

El llamado Tallaví se endereza con dignidad sobresaliente.

—No tan *plato*, Darío, no tan *plato*. Conozco a ese caballero, se ha casado tres veces y ha tenido no menos de veinte pulmonías.

Pistolete coge con timidez un vaso, lo llena, bebe sin pausa.

El gesto del colorín se quebranta. Habla con amarga pesadumbre.

—Tengo una espina, un sentimiento agudo, no sé qué irá a ser de mí. El viejo no cree que tengo talento, me lo ha dicho varias veces, quiere que estudie leyes. Dime que no es cierto, *Pistolete*, dime que crees en mi destino de pintor. Mis amigos tienen la obligación de estimularme y defenderme...

Una arruga vertical, profunda, quiebra el ceño de *Pis-*

tolete. Por las pupilas acuosas pasan luces y sombras. Habla gravemente.

—No quiero lastimarte, Darío, pero deseo que aprecies mi sinceridad. Puedo estar equivocado. Busca otros juicios. Creo que tu padre tiene razón. Me parece que tu gran escollo es el problema de las formas. Observa sin pasión estos bocetos que has clavado en los muros, algo les falta, algo vital, un soplo humano, qué sé yo.

El pelirrojo se eriza.

—¿Crees entonces que no sé dibujar?

—En cierta medida, sí. No sabes dibujar.

—¿Y quién eres tú, piojoso, para juzgarme? ¿Te has olvidado de las veces que te sacaba de la cárcel cuando te agarraban por borracho?

El pelirrojo es menudo, movedizo, elástico. *Pistolete* lo supera en estatura, pero es enteco, lacio, de aspecto enfermizo.

—¡Fuera, antes de que te eche a patadas!

Los jugadores se alzan de los asientos y permanecen expectantes. *Pistolete* no pierde la calma. Tranquilamente coge una botella y la enarbola. Habla con voz amenazante, vagamente irónica.

—¡Conmigo no, ladillas! ¡Al primero que se acerque le saco la *crema* de un botellazo! Sí, soy un pobre diablo. Sí, te debo esos favores. Ahora te los pago. Con la verdad. Te han engañado, de buena o mala fe, tal vez de mala fe. Ojalá me equivoque, pero creo que nunca serás un verdadero artista. Te falta humildad. No tienes la culpa. Eres hijo único y todavía no abres la boca cuando te satisfacen deseos y caprichos. No creo que pertenezcas a una clase social definida. Perteneces a una casta. La juventud te ha hecho rebelde, pero tu rebeldía es estéril. Un día serás como ellos. O peor. Resulta grotesco que condenes y maldigas el ambiente en que vives y del cual profitas como un despreciable parásito. Eres un cuervo hipócrita, lo sabes bien, tie-

nes conciencia de tu inseguridad artística, por eso buscas apoyo en adulones astutos que se aprovechan y se ríen. Yo, un pobre diablo, te compadezco. No te guardo resentimiento por las injurias. Pero la forma en que trataste a tu empleadita no tiene explicación. Allá tú si no extraes alguna enseñanza. Un último favor, me llevo la botella, *good night*.

Abre la puerta y sale cerrando los batientes con suavidad. El pelirrojo, pálido, estupefacto, sólo atina a mirar por la ventana. Alcanza a divisar la silueta oscura de *Pistolete* hundiéndose en las sombras. El llamado Tallaví esboza un desagravio.

—Darío, no hagas caso. Es un poetastro mediocre y amargado. Tus amigos verdaderos...

Las palabras finales caen ahogadas en la marea de otros vals acuático y ramplón, *Sobre las olas*.

VOY CAMINANDO, hundido en la niebla. ¿Caminando? Sí, si así pudiera llamarse este desplazamiento lamentable, este andar de pajarraco aliquebrado, de oruga enferma. El médico es un cíclope. Mira por el centro del gran ojo de plata que dispara su rayo escrutador al fondo de mis pupilas. Golpea luego mis muñecas y mis rodillas con un martillito de goma. Después, trata de voltear mis brazos. Algo cruje, los músculos rígidos, siento grandes dolores. ¿Desde cuándo tiene ese temblor? Desde hace dos años. ¿Por qué no vino antes? No le daba importancia, doctor, hasta el día en que me fue imposible tirar una línea, el lápiz se me caía de las manos, tengo miedo. No tenga miedo, ¿en qué trabaja? Ahora en nada, era retratista. ¿Tiene familia? No, doctor, vivo en casa de la señora Rosa, mi antigua lavandera, ella me acogió en su vivienda humilde, le ayudo en lo que puedo, acarreo el agua, hago las compras, cuido el fuego. Le advierto que el tratamiento es largo, los medicamentos, muy caros, y el hospital no dispone de ellos; no se eche a morir, venga a verme una vez al mes para controlarlo y entregarle las muestras que pueda conseguirle, por ahora tome estos dos frascos, tres comprimidos al día, y gimnasia, así, sencilla, para reeducar los movimientos, ¿entendido?, ya, buena suerte.

Han pasado dos años. No he notado mejoría, pero el mal tampoco avanza. El ejercicio me ha sido saludable, puedo girar los brazos, caminar con más soltura, aleteando.

A veces el médico no logra conseguirme el remedio, pero me alienta. Los temblores me acosan entonces. Me siento morir. Es una lesión en el cerebro, un fino engranaje trabado, oxidado, en desuso. Ahora sé lo que es la resignación.

Camino, pues, perdido en la bruma. Busco un teléfono próximo, ese del paradero de los taxis al lado de la estación, para llamar una ambulancia. La señora Rosa se muere, de vieja, de pobre, sobre todo de pobre. Deben ser como las diez de la noche.

Hay olores en el aire, aromas imprecisos, errantes, de resinas, de algas, aromas nostálgicos, maternos. Se insinúa un matiz, crece, se desprende. Es la fragancia del saúco, ese aroma disuelto en los días de mi infancia. Logro advertirlo en su inefable intensidad. Vuelvo hacia el pasado, a los años felices caídos para siempre. Ciertos fantasmas, aquí, a mi lado, soplan retornos imposibles. "...con hambre y como de todo, la *romaza* es rica, con salcita, con vinagrillo... ¡vieja Chilca, vieja Chilca!" "Se los llevó el río"... "No te mueras, Rocío Dominique"... ¿He merecido mi destino? Yo mismo no lo sé. Quizás otras circunstancias hubieran conducido mi vida por caminos distintos, de alguna perfección en el arte, de una mayor integración humana. Siempre he sentido latentes en mi conciencia fuerzas de amor y de esperanza, aun cuando ahora, a los cincuenta años de edad, me sienta destruido. No volveré a ser. Mis medios eran débiles. Enfrenté solo, y ése fue el profundo error, las posiciones del egoísmo, de la intolerancia, de la indiferencia, de la vanidad y de la envidia, erigidas por una sociedad que principia y termina en sí misma, que no se proyecta, que refluye. Pero el hombre es inmortal. Volverán a caer los muros de Jericó, las puertas del odio. No veré ese día, Rocío Dominique. Sólo intuyo su advenimiento. Una existencia tan precaria como la que he vivido es naturalmente un bajo relieve de aconteceres mínimos y grises. Pero en ella engarzan a lo menos dos finas lágrimas de luz.

"...spierta, cabro, despierta te dicen, te puede caer encima un saco de trigo y te revienta, te arrancaste de la casa, ¿ah?, los padres brutos tienen la culpa, éste es Juan de Dios, yo soy Manuel Jesús, el *Gaviota* le dicen, y a mí el *Birraña*, tienes cara de hambre, toma estas castañitas, bájate del carro y nos avisas con un chiflido si viene algún guardia mientras sacamos los kilitos de trigo, después te vienes con nosotros a la orilla del río..." "No llore, patroncito, se ve que está enfermo, no se aflija, si no puede valerse véngase a mi casita, no le faltará el plato de comida ni un rinconcito en que dormir, así no tendrá que implorar la caridad..."

Angeles en harapos, raídos, y sin embargo alegres. Angeles tutelares que me enseñaron y me dieron la fe y el amor y los signos de la solidaridad. No estoy solo. Acaso la muerte sea la única soledad, el regreso al silencio.

Veo menos cada vez. La bruma se cierra delante de mis pasos. Aquí está el cruce. Reconozco el café de la otra esquina... Ay, me enceguece un cruel resplandor. Algo me golpea en el costado, una dura masa helada que me tiende en el pavimento lodoso. No siento dolor..., pero he perdido mis ojos, mis ojos, qué espanto, he perdido mis ojos... ¿Quién toca esa campana?... Ahora veo, un arco iris... El arco iris, madre mía...

LA LUZ de la linterna horada la bruma. Las finas partículas de agua se cargan de relumbre y el mástil luminoso sube y baja, gira en abanico, y señala el lugar preciso del estacionamiento. Conducido por ese índice obstinado el gran automóvil se coloca lentamente. Los focos se apagan, el motor se detiene, y el hombre desciende, como perplejo, como temeroso. El cuidador se aproxima.

—Présteme la linterna —dice el hombre.

E inicia una prolija inspección del tren delantero, especialmente de las gruesas barras del parachoques. Nada, ninguna abolladura, ninguna mancha sospechosa. Satisfecho al parecer, el hombre devuelve la linterna y se encamina a rápidos pasos hacia la escalinata iluminada del Club de Golf.

Al abrirse la mampara, el señor Vuelapoco, sentado en una de las mullidas butacas del vestíbulo, exclama con alegre sorpresa:

—Hombre, Marcos, creíamos que ya no vendrías. *Barracuda* pidió que lo disculparas. Como siempre, debe estar en la mesa de bacará del Centro Filipino.

—Perdona, me atrasé contra mi voluntad. ¿Y la demás gente?

—Todos en la cantina, *chupando*. Don Nazareno debe estar medio *cocido*... Te noto preocupado, ¿te ha ocurrido algo?

—Oh, nada. Me costó estacionar el coche, son muy anchos estos Oldsmobile, debí traer el Opel. Bien. Vamos a comer. Tengo un hambre de huérfano.

Quince individuos, oficinistas, vendedores, invitados, rodean la gran mesa. Comen con gula, beben a destajo, largan risotadas, pullas, garabatos. El vino desata lenguas, avienta inhibiciones, lleva a la superficie rencores soterrados.

—Yo no como ni a palos esta *buevada*. Dame vino.

—No seas malhablado. Más respeto con tus mayores.

—Andate a la... Dame vino, te digo. Te vi cuando escondías la botella bajo la mesa.

Don Marcos no habla. Permanece taciturno, pensativo. El señor Vuelapoco charla con el diputado y traga vino con entusiasmo. Los mozos llevan y traen platos y botellas. Mientras sirven el postre, un cuchillo golpea una copa. Cesa repentinamente el tumulto. El señor Vuelapoco se levanta con aire tribunicio.

—Distinguidos señores que me escucháis, nuestro común amigo don Marcos me ha encargado la honrosa tarea de ofrecer esta manifestación. Pese a mis pocas dotes oratorias, nada podía ser más halagador para el *infrascrito*. Porque se trata de premiar, señores, una vida entera de trabajo, una existencia rica en abnegación y en lealtad hacia una empresa y hacia un hombre de empresa como hay muy pocos, emprendedor, comprensivo, generoso, humano. Porque es sabido, señores, que el buen patrón hace el buen empleado. Abnegación y lealtad. Dos grandes virtudes muy escasas hoy en día en que abundan los apetitos y las ambiciones descontroladas e inaceptables. Se trata de premiar, en fin, al señor Nazareno Pérez, a sus cuarenta años de servicios, a su vida ejemplar y ejemplarizadora. Don Marcos le hará entrega personalmente, señor Pérez, de un hermoso recuerdo. He dicho.

No todos aplauden al orador. Algunos bostezan.

—Aplauda, jetón.

—No me da la gana. Esto es una farsa.

Don Marcos y don Nazareno se ponen de pie. Don Marcos cuelga una medalla de plata de la solapa del cajero. Y lo abraza ostentosamente. Don Nazareno tambalea. Ahora todos aplauden. El señor Vuelapoco golpea otra vez la copa.

—El festejado tiene la palabra.

Una suerte de estupor cae sobre los comensales. Se oyen cuchicheos.

—El viejo está loco. La va a embarrar. Míralo cómo anda de *cañoneado*.

—Y a ti qué te va y qué te viene, déjalo que se machaque.

—Tienes razón. Dame vino.

Don Nazareno se acomoda los anteojitos de aros de alambre. Frota la medalla como sacándole lustre. La contempla con cierta morosa curiosidad. Y habla parsimoniosamente, en tono de vaga y maliciosa melancolía que por momentos se trueca en enconada protesta, en orgullosas confidencias.

—Mis queridos señores, estoy emocionado, me resulta difícil sujetar la emoción, eso es, correcto, la emoción. Esta medalla con que nuestra firma ha querido premiar mis cuarenta años de servicios, este magnífico banquete, los manjares exquisitos, tan exquisitos, de un sabor que no conocía y que por lo mismo me pueden caer pesados al hígado, el rico vino embotellado, el cariño que me demuestran el señor gerente y mis buenos compañeros, sí, es demasiado, un gran honor que no merezco, ¿decía, señor gerente?, sí, señor gerente, salud... Sí, señores, cuarenta años de trabajo y tengo sesenta y dos, todavía soy joven y parezco un anciano, un viejo, un viejo pobre, un viejo empleado, un empleadillo..., jajajá... ¿Todavía soy joven? No, señores, soy lo que soy, un viejo, jijijí, quise decir que fui jo-

ven, como ustedes, como muchos de ustedes. Ah, los ojos buenos, las mujeres, la primavera, ahora casi no veo, he gastado los ojos en los números, mil novecientos, dos mil, dos mil quinientos, los confundo, el pulso me tiritita, mancho con tinta los folios del mayor, a veces el señor gerente me regaña, es justo. Pero a veces me ofende. Sí, señor, me ofende. Porque, ¿qué otra cosa significa que delante de mis compañeros me mande a comprarle cigarrillos? Yo no soy un niño, yo tengo también mi dignidad. No se moleste, señor gerente, yo sólo deseo trabajar, trabajar, hacer un buen trabajo, correcto, pero no puedo hacerlo mejor. Cuarenta años. Desde el puesto de mozo, el padre del señor gerente, a quien Dios tenga en su santa gloria, me ascendió por mi buena letra, perdón, señores, yo no soy vanidoso, me ascendió al puesto de cajero. Hace tanto tiempo. De ahí no he salido, me faltaron educación y ambiciones, nací para ser mandado. Pero que no me manden a comprar cigarrillos, no lo acepto; sin embargo, obedezco, pero no lo acepto, óiganme bien, no lo acepto. Cuarenta años. Mucha gente dirá, se preguntará, ¿qué ha hecho este individuo con el dinero, con la fortuna que habrá ganado? Sí, señores, he ganado una fortuna, u-na for-tu-na. ¡Miserables! Mi hijo, cinco años tuberculoso, se murió. Mi mujer, veinte años de muerte, desde la muerte del chiquillo, bah, se murió también. Y la vida cara, señores, el pancito, el vinito, los chicharrones, ¿qué puede hacer uno?, vivir endeudado hasta el cogote, deudas que no terminan nunca. Ah, pero debo confesarles un secreto, mi violín me apuntala, la gente me busca, me llama para alegrar casamientos, la gente pobre, los bautizos, los cumpleaños, qué sé yo, caen algunos pesos. He juntado platita con lo que me sobra del sueldecito y me he comprado una parcela en los arenales del bajo. Esa es mi for-tu-na. Arena. Señores, conozco la vida, sé lo que significa esta zarandaja que me han colgado del ojal. Ya no sirvo, mañana o pasado, ¡para la calle!, que venga otro, una carta de

recomendación del señor gerente, que el Divino Hacedor le conserve la vida por muchos años, una recomendación, sí, correcto, y "este chequecito como débil muestra de reconocimiento a sus largos y abnegados servicios", jajajá... Más de alguno podrá decir, pobre viejo, se morirá de hambre. No, señores, no me moriré de hambre. Plantaré manzanos en mi arena. Mientras crezcan tocaré mi violín o viviré de la jubilación que puedan darme. Y si no me la dan, no importa. Comeré raíces, tierra, hasta que florezcan mis árboles. Después, señores, me compraré un carrito y saldré por las calles gritando: ¡Manzanas! ¡Manzanas! ¡Manzanas!

LOS DOS hombres, estupefactos y perplejos, observan al atropellado que reptaba como un gusano trágico dejando en pos un rastro de fango sanguinolento. La mísera oruga se arrastra dos metros y se detiene. Alza la cabeza en actitud de escuchar algo tal vez sorprendente. Acaso el trino obstinado del teléfono. Quizás las campanadas del reloj que se difunden en ondas solemnes, en cierto vago tono funeral.

El desdichado abate de pronto la cabeza, y se inmobiliza.

Los dos hombres corren.

Como brotando de la bruma aparece en ese mismo instante un carabinero. El capote de goma, barnizado por fina cutícula de niebla, devuelve en reflejos sesgados lejanas vislumbres.

El carabinero alumbra al caído con su linterna. El haz de luz recorre las ropas densamente remendadas, los zapatos raídos, se fija con pertinacia en el rostro de ceniza. Los dos hombres observan como hipnotizados esos rasgos yertos por los que se difunde una suerte de misteriosa serenidad. El carabinero rebusca minuciosamente los bolsillos de la víctima. Nada. Ni un papel. Ni un botón.

—Es un mendigo —dice—, *lo que bota la ola*. Parece que ya murió. Mañana se investigará; sus nombres y domicilios, por favor, ya está. Por si acaso hay que llevarlo a la Asistencia. *Se han visto muertos cargando adobes...*

Va al teléfono de los taxis, llama, vuelve. Los tres hombres esperan inmóviles, esfumados en la bruma. A poco, se escucha la queja ululante de una sirena. Dos potentes focos taladran el aire cargado de agua. Aparece la ambulancia. Dos jóvenes vestidos de blanco saltan ágiles, depositan en una camilla el cuerpo inerte, lo suben. El carabinero se sienta al lado del chofer, el coche arranca, se lo traga la niebla.

Los dos hombres regresan al café, meditabundos. Están silenciosos. El de la barbita rubia se sobresalta de repente.

—Juraría que lo vi sonreír. La muerte no debe ser tan terrible.

Y el gordo canoso, como un eco:

—La muerte...

BIBLIOTECA DE NOVELISTAS

EL PARAISO DE LOS MALOS,
por Luis Vulliamy.

NUNCA COMO ANTES,
por Miguel Frank.

UN PERDIDO,
por Eduardo Barrios.

CONFESIONES IMPERDONABLES,
por Daniel de la Vega. (1.^a, 2.^a y 3.^a Serie.)

NOVELA DE NAVIDAD,
por Enrique Lafourcade.

MUY TEMPRANO PARA SANTIAGO,
por Juan-Agustín Palazuelos.

ENCUENTRO EN TANGER,
por Eugenio Matus.

CERO A LA IZQUIERDA,
por Poli Délano.

LOS TRASPLANTADOS,
por Alberto Blest Gana.

LA GENERACIÓN DE LAS HOJAS,
por Marta Blanco.

SEWELL,
por Baltazar Castro.

LA CONDENA DE TODOS,
por Jaime Valdivieso.

HISTORIA DE DOS CIUDADES,
por Charles Dickens.

UNA,
por Elisa Serrana.

Otras obras de
DANIEL BELMAR:

ROBLE HUACHO.
LOS TUNELES MORADOS.
COIRON.
SONATA.

FABRICACION CHILENA / PRINTED IN CHILE